Nonino

Arlette Geneve



Noniná

Arlette Geneve

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPITULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPITULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21

PRÓLOGO

Londres, Inglaterra

Rohan Carter llegaba tarde a la reunión más importante de su vida. El tráfico en Trafalgar Square era imposible de sortear. Miró el reloj: faltaban apenas veinte minutos para las cuatro de la tarde. El taxi estaba detenido frente a la iglesia de St. Martin, donde un grupo numeroso de turistas bloqueaba la circulación. El conductor se disculpó e intentó iniciar una conversación que Rohan no siguió. Estaba demasiado preocupado. Detestaba llegar tarde y esa iba a ser la primera vez.

Cogió la carpeta y repasó las hojas con los resultados del proyecto. Justo cuando el coche arrancaba de nuevo, la puerta se abrió de golpe. Una mujer se sentó a su lado y arrugó la mayoría de los papeles que había dejado en el asiento.

—¡Por favor, ayúdeme! —pidió ella con urgencia.

Rohan la miró, perplejo. ¡Era una novia!

—¿Disculpe? —preguntó él, todavía atónito.

El taxista giró la cabeza hacia ellos, igual de sorprendido por la aparición de una mujer vestida de blanco.

—¡Rápido! —Tengo que escapar —urgió ella.

Rohan estaba atónito, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo. Miró por el cristal y vio a varias personas que corrían hacia el taxi. El conductor, igual de desconcertado, no supo qué hacer.

—¿Huye de su propia boda? —preguntó Rohan, mientras observaba cómo ella se mordía ligeramente el labio inferior.

—No, no… —respondió la mujer en un susurro.

Su voz temblaba, pero sus grandes ojos oscuros, brillantes por el llanto contenido, no se apartaban de los de Rohan.

—¡Lléveme lejos de St. Martin, se lo suplico!

Un par de hombres comenzaron a golpear la ventanilla y a insistir para que saliera del taxi. Uno de ellos, un hombre mayor, alzó la voz:

—Vamos, Nevada, no seas tonta. No puedes hacernos esto.

La mujer se encogió en su asiento, aterrada. Sin pensarlo más, Rohan dio la orden:

—¡Arranque!

El conductor obedeció al instante. Nevada, mirando por la ventanilla trasera, soltó el aire como si por fin pudiera respirar. Cerró los ojos un momento, pero era consciente de que el hombre que estaba a su lado la observaba, intentando comprender por qué alguien huiría de su propia boda.

—¿Dónde quiere que la dejemos? —preguntó Rohan.

—No lo sé —murmuró ella, a punto de llorar—. No tengo dónde ir.

El semblante de Nevada mostraba una angustia inmensa. Sin embargo, Rohan habló con tranquilidad:

—Hizo lo correcto.

Ella lo miró, sorprendida por su afirmación.

—¿De verdad lo cree?

—Si no estaba segura, lo mejor era marcharse —respondió él.

Nevada sonrió por primera vez, aunque con tristeza.

—Nevada de la Vega —se presentó, extendiéndole la mano.

—Rohan Carter —respondió él, estrechándole la mano.

Ella lo miró con atención. Su traje oscuro y su corbata roja denotaban un hombre elegante y serio.

—Lamento haber irrumpido así, pero era la única forma de escapar.

—Puedo imaginar el caos que habrá dejado atrás —comentó él con un leve matiz irónico.

—Casi me ahogo en la iglesia —admitió ella bajando la voz—. La angustia y el nerviosismo no me dejaba respirar.

Rohan asintió, aunque su mirada era escrutadora.

—Debería haber suspendido la boda antes —dijo, serio—. Aunque, claro, si no estaba preparada, hizo bien en marcharse.

Nevada se sintió turbada por sus palabras, eran una mezcla de juicio y comprensión.

—Gracias —respondió con sinceridad—. ¿Puedo acompañarle?

Rohan arqueó una ceja.

—¿No tiene algún familiar o amigo que pueda ayudarla ahora?

Nevada lo observó con cautela. Por su forma de hablar, vestir y comportarse, Rohan parecía de confianza. De pronto, se dio cuenta de que estaba sentada sobre su carpeta.

—Lo siento —dijo, levantándose un poco para devolvérsela.

Cuando sus dedos se rozaron, ambos sintieron una descarga eléctrica que los dejó momentáneamente confusos.

Rohan carraspeó.

—Insisto, ¿dónde prefiere que la dejemos?

Nevada entendió que él trataba de despedirla con amabilidad.

—¿Hacia dónde se dirige usted?

—Cerca del hospital Saint Mary’s.

—Perfecto —respondió ella sin mirarlo.

El taxi se detuvo frente al Hotel Mercure London Paddington. Rohan pagó al conductor con un billete de cincuenta libras y le indicó que la llevara hasta la estación del metro.

—Muchas gracias —dijo Nevada, sonriendo con calidez—. Nunca olvidaré su ayuda.

—Espero que no vuelva a fugarse —bromeó él, estrechando su pequeña mano entre las suyas.

Rohan la observó mientras el taxi se alejaba. Seguía pensando en aquella novia fugitiva, Nevada. Su encuentro había sido insólito y extravagante, dejando un eco persistente en su mente.

Sacudiendo la cabeza para apartar el recuerdo, ajustó su corbata y entró en el hotel. Al llegar al salón de la reunión, un cliente le recriminó:

—Llega tarde, señor Carter.

Rohan miró su reloj: apenas pasaban las cuatro. Con una leve disculpa, tomó asiento y colocó su carpeta sobre la mesa.

—¿Podemos empezar? —preguntó su jefe, encendiendo el proyector.

A pesar de sus esfuerzos, Nevada seguía rondando por su mente.

CAPÍTULO 1

Nevada de la Vega leyó los apuntes de la encuesta con lupa. Pasaba hoja tras hoja sin perder de vista el punto de apoyo de su cadera en la mesa. Su secretaria no dejaba de mirar la impecable blusa de seda azul que llevaba puesta. Nevada ocupaba un puesto directivo en el CISBI (Centro de Investigación Sociológica Británico), una entidad dedicada a estudiar los fenómenos colectivos producidos por la actividad social de las personas.

—Dom dice que el estudio no es concluyente y que el cliente no está satisfecho con los resultados.

—No puedo estar más en desacuerdo —replicó Nevada, dejando las hojas en la mesa con firmeza—. Este estudio se ha realizado con la mayor rigurosidad y seriedad posibles.

—Dom dice... —intentó insistir la secretaria, pero Nevada la interrumpió.

—Yo misma participé en la realización de las encuestas.

—Pero no son concluyentes —protestó la secretaria, aunque su tono no sonaba demasiado seguro.

Antes de que Nevada pudiera responder, entró en el despacho y sin anunciarse Dominic Cole, su jefe.

—Tráeme un café, Mercedes —ordenó con soltura.

La secretaria asintió y salió apresurada de la oficina. Dom se sentó frente a ella, estudiándola con una media sonrisa que ella detestaba.

—Tienes que hacer diez pruebas más —soltó él sin rodeos.

Nevada dejó de leer y levantó la mirada, parpadeando como si no hubiera entendido bien.

—¿Perdón? Hemos realizado un total de dos mil pruebas en diversos puntos del planeta —contestó con seriedad—. Las conclusiones son muy acertadas.

—Hay que hacer diez pruebas más aquí, en Londres —repitió él, cruzando una pierna sobre la otra con toda tranquilidad.

Ella dejó escapar un suspiro profundo.

—Dom, este proyecto ya está cerrado. No puedo volver a contratar a los encuestadores.

—¿Por qué no?

—Porque la mayoría está trabajando en otro encargo importante.

—Entonces, suspende los encargos —insistió, como si la solución fuera evidente.

Nevada lo miró con los ojos entrecerrados, notando cómo se le agotaba la paciencia.

—Ese encargo viene de Zatha Corporation, una de nuestras empresas más potentes.

Dom, que ya lo sabía, no parecía dar importancia al dato.

—El estudio que tienes en las manos es para la Asociación Scott, y su presidenta no cree que esté completo.

Nevada sintió una mezcla de incredulidad y rabia. ¿Cómo podía su jefe doblegarse así ante una organización que, aunque importante, no tenía el peso de Zatha Corporation? La Asociación Scott, dedicada a ayudar a mujeres maltratadas, esperaba que los resultados del estudio respaldaran su solicitud de una subvención millonaria. Sin embargo, Nevada estaba convencida de que habían hecho un trabajo impecable y de que las conclusiones eran absolutamente válidas.

—Si retrasamos el encargo de Zatha Corporation, perderemos dinero y posiblemente la relación con ellos —protestó Nevada con firmeza.

—Scott quiere asegurarse de que las conclusiones respalden su caso.

—El trabajo es excelente, Dom. Yo misma realicé parte de las encuestas.

—Solo son diez encuestas más —repitió implacable.

Nevada apretó los labios, tratando de contener su enfado.

—No dispongo de personal disponible para llevarlas a cabo.

—Entonces tendrás que hacerlas tú misma.

Nevada lo miró con una mezcla de incredulidad y frustración.

—Eso me apartará de decisiones importantes para la dirección del CISBI... —intentó protestar, pero Dom la interrumpió con un gesto de impaciencia.

—No puedes negarte. Tengo un compromiso muy serio con Scott y esta es la solución.

Nevada lo fulminó con la mirada, pero sabía que había perdido la batalla. Por un instante, se sintió atrapada entre dos mundos: uno donde se ponía en duda su profesionalidad y otro donde debía ceder a presiones externas. Sin embargo, como siempre, mantuvo el rostro sereno.

—Está bien, lo haré —dijo finalmente con un tono gélido que reflejaba su disgusto.

Dom sonrió complacido, como si hubiera ganado algo más que un simple acuerdo.

—Sabía que podía contar contigo.

En ese momento, entró Mercedes con el café, pero Nevada ya había vuelto a concentrarse en los apuntes de la encuesta, intentando ignorar la amarga sensación que le había quedado tras la conversación.

***

De todos los trabajos que había realizado a lo largo de su carrera, este último le parecía el menos interesante a Nevada. La Asociación Scott aspiraba a obtener un resultado concreto: demostrar que las mujeres podían recibir ayuda de absolutos desconocidos en situaciones excepcionales. Si los resultados respaldaban esa premisa, podrían justificar la creación de una asociación internacional dedicada a tal fin.

Sin embargo, Nevada sentía que la investigación carecía de profundidad. Aunque comprendía la importancia de los proyectos que apoyaban a mujeres vulnerables, este estudio parecía más un ejercicio para cumplir con una narrativa específica que una exploración científica seria. Habían analizado más de dos mil casos en contextos sociales y culturales muy diversos, pero la presidenta de la asociación aún no estaba satisfecha.

Mientras organizaba los materiales para las nuevas encuestas en Londres, Nevada reflexionó sobre su trayectoria profesional. Era licenciada en Sociología, con un máster en Psicología, y había trabajado durante años en proyectos complejos y multidimensionales. Aun así, la empresa inglesa para la que trabajaba, el CISBI, a menudo parecía subestimar sus capacidades. No era que se lo dijeran directamente, sino que lo notaba en cada decisión, en cada instrucción que ignoraba su experiencia y su criterio profesional.

En ocasiones, le parecía que su carrera había quedado atrapada en un limbo burocrático, entre el idealismo de los estudios sociológicos y los intereses económicos o políticos de los clientes. Había ingresado en el CISBI llena de entusiasmo, con la ilusión de que sus investigaciones podrían contribuir a cambiar vidas, pero ahora se preguntaba si no estaba perdiendo el rumbo con este trabajo.

Con un suspiro, metió en el bolso los formularios que utilizaría para las encuestas. A pesar de su desencanto, se obligó a mantener la profesionalidad que siempre la había caracterizado. Era parte de su carácter: no dejar nada a medias, incluso si el proyecto le resultaba tedioso.

Esa noche, mientras caminaba hacia su apartamento en el corazón de Londres, pensó en cómo había llegado hasta allí. Su infancia en Granada (España) había sido feliz, pero también llena de desafíos, rodeada por una familia que siempre había valorado el esfuerzo y la educación. Cuando decidió mudarse al Reino Unido para alcanzar sus metas, sabía que no sería fácil. Pero lo había logrado: era joven, tenía prestigio en su campo y había construido una vida independiente.

Sin embargo, ahora, con cada nuevo encargo que parecía anteponer la complacencia al rigor, se preguntaba cuánto más podía seguir ignorando esa voz interna que le pedía algo más. Quizá un cambio. Quizá algo diferente.

Dejó las preguntas para otro momento. Esa noche tenía trabajo pendiente y una cita ineludible con su ordenador. Las respuestas, como siempre, tendrían que esperar.

CAPÍTULO 2

Después de un día en el que tuvo que hacer malabares entre datos estadísticos y los caprichos de su jefe, Nevada salió de la oficina con una única misión: llegar a casa y desconectar. Cogió un taxi, algo que solía hacer solo en situaciones de emergencia o cuando el cansancio la superaba, como era el caso. Londres, con su tráfico impredecible y sus conductores de doble personalidad —parte maestros del volante, parte filósofos frustrados—, no siempre era el lugar ideal para este medio de transporte, pero a Nevada no le importaba. Se acomodó en el asiento trasero y dio la dirección: «22b Lancaster Crescent, Notting Hill».

Sí, vivía en Notting Hill, pero antes de que alguien pensara en casas victorianas de tres pisos con puertas de colores y vecinos que desayunan croissants importados de París, había que aclarar un detalle crucial: su apartamento estaba en el sótano. Y no uno cualquiera, sino uno de esos que se accede a través de una escalerita empinada desde la fachada. Un pequeño jardín delantero —más decorativo que práctico, todo sea dicho— separaba la entrada del bullicio de la calle. Para muchos, era un espacio limitado. Para Nevada, era un refugio perfecto.

Al llegar, pagó al taxista, bajó las escaleras y abrió la pesada puerta negra que daba paso a su hogar. Nada más entrar, Nevada olió una mezcla cálida de canela, lavanda y café recién hecho, porque su casera, la señora Gladys Harcourt, siempre estaba en plena ebullición con alguna actividad que involucraba tazas humeantes y charlas interminables.

El apartamento de Nevada era tan peculiar como ella. Aunque apenas tenía 50 metros cuadrados, había conseguido decorarlo con un estilo que gritaba «¡España!» desde cada rincón. La sala principal, que hacía las veces de salón, comedor y estudio, estaba iluminada con lámparas que ella misma había elegido en un mercado vintage. Los cojines del sofá eran de colores vivos —rojos, amarillos y verdes—, y había colgado un par de abanicos sevillanos en las paredes para recordar su querida Granada. En una esquina destacaba una mesa de madera oscura con un cuenco de cerámica pintada que había heredado de su abuela y un pequeño cactus que se empeñaba en sobrevivir contra todo pronóstico.

La cocina, que más bien parecía un rincón con aspiraciones, estaba equipada con lo justo: una tostadora, una cafetera y una colección de especias que no sabía exactamente cómo usar, pero que le daban un aire sofisticado. Sobre el mostrador, una bandeja de cerámica azul albergaba una selección de frutas que, en su mayoría, solo estaban ahí para decorar.

Y luego estaba Gladys. Viuda desde hacía años y sin hijos, Gladys Harcourt era la casera más entrañable y también la más parlanchina que Nevada había conocido. Apenas oyó el sonido de la puerta, la mujer apareció en la entrada de la cocina como por arte de magia.

—¡Querida, ya estás en casa! —dijo con una sonrisa radiante y una taza de té en la mano. Siempre llevaba una taza de té en la mano, como si fuera una extensión de su brazo.

—¿Qué tal tu día? ¿Todavía lidiando con esos tipos que piensan que saben más que tú?

—Como siempre, Gladys —respondió Nevada mientras dejaba el bolso sobre la mesa—. Pero ya estoy en mi paraíso particular.

—¡Ah, me encanta cómo llamas a este lugar! «Paraíso», dices —sonrió la casera, moviendo la cabeza con afecto—. Y eso que la humedad de Londres no es precisamente celestial, pero bueno, tienes buen gusto, querida.

Nevada sonrió mientras se quitaba el abrigo. Era imposible no querer a Gladys, incluso cuando la mujer se quedaba charlando en la puerta mucho más tiempo del que Nevada tenía

planeado dedicar a la conversación.

—Por cierto, hoy he hecho scones. Están todavía calentitos. Te he dejado unos en la cocina.

—Eres un ángel, Gladys. Prometo traerte unas tapas de verdad algún día.

—¡Ay, querida! Si algún día abres un restaurante español, prometo ser tu clienta número uno. Aunque no sé si me gustaría pagar por algo que aquí me ofreces gratis... —bromeó Gladys con un guiño.

Después de un rato, la casera finalmente la dejó sola con sus pensamientos, aunque no sin antes recordarle que, si necesitaba compañía para cenar o simplemente charlar, siempre tenía la puerta abierta.

Nevada se sentó en su sofá con un suspiro de alivio. Afuera, Londres seguía con su bullicio incesante, pero aquí, en este pequeño sótano lleno de color y recuerdos, el mundo parecía un poco más cálido y humano.

Por un momento, pensó en la lista de encuestas que tendría que hacer al día siguiente. Pero luego, al morder uno de los scones de Gladys, decidió que esos problemas podían esperar. Después de todo, no todos los días una mujer española en Londres podía disfrutar de la vida con un toque tan dulce.

***

Nevada estaba colocando unas cuantas aceitunas y unas lonchas de jamón serrano (traído directamente desde su última visita a España, porque el jamón york, según ella, no tenía alma) en un platito cuando sonó el timbre de la puerta. Sabía quiénes eran antes de abrir: Clare y Andrew siempre tenían esa energía vibrante que se filtraba incluso a través de las paredes de ladrillo.

Al abrir la puerta, allí estaban, con sus grandes sonrisas, una botella de vino bajo el brazo y el aire de quien trae buenas noticias. Clare llevaba un vestido floral y unas botas rojas imposibles, mientras que Andrew, con su eterna chaqueta de pana marrón y un sombrero que probablemente había rescatado de alguna tienda vintage, sostenía una caja misteriosa.

—¡Surprise! —dijo Clare, levantando los brazos como si acabara de llegar a un concurso de televisión.

—Por favor, decidme que la sorpresa no es otra botella de ese vino francés horrendo que intentáis venderme cada vez que venís —bromeó Nevada apartándose para dejarlos pasar.

—¡Eh! ¡Es un Bordeaux! Respeto, señorita sibarita del Rioja —replicó Andrew entrando en el salón y dejando la caja sobre la mesa.

Clare ya estaba abrazando a Nevada con tanta efusividad que casi la hizo tambalearse.

—¡Tenemos noticias! ¡No te lo vas a creer!

Nevada alzó una ceja mientras cerraba la puerta.

—¿Habéis ganado el premio al café más caro de Londres?

—¡No! —respondieron al unísono.

Clare agarró la mano de Andrew y, emocionada, levantó la suya para mostrar un anillo que relucía con un brillo desproporcionado en comparación con la tenue luz del salón.

—¡Nos casamos!

Nevada dio un grito de alegría que resonó en la pequeña sala.

—¡Pero qué maravilla! ¡Mi Clare se casa! Andrew, ¿estás seguro de lo que haces? Aún estás a tiempo de salir corriendo.

—Me lo planteé un par de veces, pero ya me resigné —dijo él con una sonrisa cómplice, recibiendo un leve golpe de Clare en el brazo.

—¡Eso! Y ahora, danos vino y jamón, que vamos a celebrarlo contigo como se debe.

Mientras descorchaban la botella y Andrew servía el vino con una técnica que parecía sacada de un tutorial, Nevada no pudo evitar sonreír con nostalgia al recordar cómo los había conocido.

Habían pasado seis años, pero todavía lo recordaba como si fuera ayer. Era una de esas soleadas mañanas en Londres, tan raras como un unicornio, y Nevada, nueva en la ciudad, había decidido aprovechar el día para ser turista en su propia vida. Había ido al Palacio de Buckingham para ver el famoso cambio de guardia.

La multitud estaba apretujada contra la verja, tratando de conseguir la mejor vista de los hombres con sus enormes sombreros negros, cuando de repente alguien la empujó. Clare, intentando sacar una foto, había perdido el equilibrio y estaba a punto de caerse al suelo. Sin pensarlo, Nevada la agarró del brazo y la sostuvo justo a tiempo para evitar que se diera de bruces contra un grupo de turistas japoneses con las cámaras listas para capturar el momento.

—¡Oh, Dios mío! ¡Gracias, gracias, gracias! —le había dicho Clare mientras se enderezaba, con las mejillas tan rojas como su pelo.

—No te preocupes, pero tal vez quieras mantener los dos pies en el suelo mientras haces fotos —había respondido Nevada con una sonrisa.

Andrew, que estaba justo detrás de Clare con una mochila gigante llena de bocadillos por si la ceremonia se alargaba (había traído un termo con café para agradecerlo), le había ofrecido un café. Y así, entre risas y anécdotas tontas sobre los sombreros de los guardias reales, nació una amistad que había sobrevivido al paso del tiempo, al clima londinense y a las veces que Clare y Nevada discutían sobre la proporción adecuada de leche para un flat white.

Volviendo al presente, Nevada los miró mientras reían y brindaban. Clare tenía un brillo especial en los ojos y Andrew, siempre relajado, parecía genuinamente feliz.

—¿Y ya tenéis fecha? ¿Lugar? ¿O vais a casaros frente a Buckingham para que todo el mundo os aplauda? —preguntó Nevada mientras ponía más aceitunas en la mesa.

—Estamos pensando en algo pequeño e íntimo... —empezó Clare.

—Traducción: Clare quiere algo pequeño, yo quiero invitar a medio Londres —interrumpió Andrew con una sonrisa.

—¡No es verdad! —se defendió Clare dándole un codazo.

Nevada se rio mientras tomaba un sorbo de vino.

—Bueno, sea como sea, me aseguraré de que vuestro día sea perfecto. Ya sabéis que soy la reina de la organización y una experta en fiestas españolas. Podríamos incluir algo de flamenco, ¿qué os parece?

—¡Solo si tú bailas! —dijo Clare riéndose.

Y así, entre risas, planes de boda y recuerdos compartidos, la velada se alargó hasta que las luces de la calle comenzaron a reflejarse en las ventanas del sótano, llenando la habitación con un calor humano que solo los buenos amigos podían traer.

CAPÍTULO 3

Nevada estaba en su despacho, rodeada de papeles, gráficos y anotaciones, como si el caos tuviera su propia coreografía. Su ceño fruncido mientras analizaba los datos era tan marcado que podría haber asustado a cualquiera. Pero no a Mercedes, su secretaria, quien apareció por la puerta con su acostumbrada mezcla de inocencia y fatalismo.

—Nevada, tenemos un problema. Susan no puede participar en el experimento.

Nevada levantó la mirada con expresión de incredulidad.

—¿Cómo que no puede? ¿Se ha roto una pierna? ¿Se ha perdido en el Amazonas? ¿Qué excusa ridícula tiene esta vez?

Mercedes suspiró, como si decirlo le doliera.

—Se ha comprometido a grabar un anuncio de perfume para la semana que viene. Es algo exclusivo. No puede rechazarlo.

—¿Perfume? —Nevada dejó caer la pluma sobre el escritorio con un golpe seco—. Por supuesto, un Chanel N.º 5 es más importante que resolver el comportamiento humano.

Antes de que Mercedes pudiera contestar, la puerta del despacho se abrió de golpe y entró Dom Cole con su característica sonrisa sarcástica, que parecía decir: «Ya sabes que odio todo, y me divierte arruinarte el día».

Dom era el típico inglés por excelencia, al menos en su versión más pesimista: alto, delgado, con un traje impecable que parecía llevar puesto como si lo odiara. Su corbata siempre estaba un poco torcida, como si llevarla recta fuera una derrota personal, y su tono de voz siempre tenía un matiz de sarcasmo que podía taladrarte los nervios.

—Buenos días, Nevada. Veo que sigues en tu cruzada por salvar al mundo, o al menos intentarlo. ¿Qué tal va esa lucha contra la humanidad imperfecta?

Nevada cruzó los brazos, intuyendo problemas.

—¿Qué quieres, Dom?

Él se dejó caer en la silla frente al escritorio de Nevada como si fuera el dueño de toda la oficina.

—Quiero que hagas los arreglos necesarios para llevar a cabo el experimento en Oxford.

Nevada parpadeó, tratando de asimilar lo que acababa de oír.

—¿Oxford? ¿Por qué Oxford?

—Porque a nuestra querida Asociación Scott le parece un lugar «más apropiado» para obtener datos significativos. Y porque, al parecer, Londres no es lo suficientemente pintoresca para sus estándares.

Nevada respiró hondo, intentando mantener la calma.

—¿Y qué hacemos con Susan? Era esencial para el experimento. Ya sabes, la actriz que finge ser la novia en fuga que busca ayuda de completos desconocidos.

Dom alzó una ceja con una mezcla de burla y desafío.

—Pues, querida Nevada, hazlo tú misma.

El silencio que siguió fue tan intenso que Mercedes, que aún estaba en la puerta, pareció congelarse como un personaje secundario en pausa.

—¿Perdona? —Nevada arqueó las cejas, su tono era gélido como el invierno británico.

—Lo que oíste. Ya lo hiciste una vez en St. Martin y fue todo un éxito, ¿no es así? La gente creyó tu actuación, los datos fueron excelentes y todo el mundo quedó satisfecho.

Nevada se levantó y dejó las manos apoyadas en el escritorio.

—Aquello fue una emergencia, ¡no teníamos a nadie más disponible! Pero yo soy la directora del proyecto, Dom, no una actriz aficionada corriendo por ahí con un vestido de novia.

Dom no se inmutó y mantuvo la sonrisa burlona en su rostro.

—Exacto, eres la directora. Y como directora, haces lo que sea necesario para que esto funcione.

—No hay tiempo para preparar esto adecuadamente, ¿te das cuenta? Cambiar el lugar, conseguir el vestuario, entrenar al equipo de observadores... ¡Esto no es un juego, Dom!

—No, no lo es. Pero tampoco es tan complicado como lo haces sonar. Ponte el vestido, corre por las calles de Oxford y grita ayuda. No es Shakespeare.

Nevada abrió la boca para replicar, pero Dom se levantó con calma, alisando su corbata torcida como si eso hubiera cerrado la conversación.

—Ah, y no te preocupes, me encargaré de enviar el vestido a tu apartamento. Dime si necesitas algo más.

Y, con su eterna sonrisa sarcástica, salió del despacho dejando a Nevada sin saber qué decir.

Mercedes, que hasta ese momento había permanecido en silencio, carraspeó tímidamente.

—¿Debería buscar un vestido o...?

Nevada soltó un largo suspiro y dejó caer la cabeza en las manos.

—Mercedes, tráeme café. Mucho café. Y tal vez una espada para lidiar con ese tirano disfrazado de jefe.

***

Nevada estaba atrincherada en su despacho, rodeada de una montaña de papeles y notas adhesivas pegadas en cada superficie visible, con el sonido constante de los mensajes entrando en su ordenador de fondo. Almorzar había pasado de ser una posibilidad a un sueño inalcanzable. Cada segundo parecía surgir una nueva tarea como por arte de magia: ajustar presupuestos, coordinar al equipo técnico y localizar el dichoso vestido de novia que, al parecer, había desaparecido en algún limbo londinense.

«Me estoy convirtiendo en un hámster en una rueda», pensó mientras sorbía un café ya frío.

Cuando estaba concentrada tachando la octava cosa de su interminable lista, el teléfono de su escritorio comenzó a vibrar con insistencia. No era un número del trabajo. Reconoció el prefijo español y, al deslizar el dedo por la pantalla, una voz cálida y familiar llenó la línea.

—¡Hola, hija! ¿Qué tal está mi sociología favorita lidiando con la pérfida Albión?

Nevada dejó caer la cabeza hacia atrás y, por primera vez en días, soltó una breve pero sincera carcajada.

—Mamá, ¿de dónde sacas esas expresiones?

—De los libros. Que no te engañe tu percepción, sigo siendo una mujer culta, aunque ahora mi vida consista en supervisar que las plantas del patio no se mueran.

—Me cuesta imaginarte quieta, mamá —respondió Nevada, sonriendo.

—Pues hablando de estar quieta, necesito que me ayudes a entender qué le pasa por la cabeza a tu hermana.

Nevada se enderezó en la silla, alerta.

—¿Qué ha hecho?

—Ha dejado la universidad.

El bolígrafo que Nevada tenía en la mano cayó sobre el escritorio con un golpe seco.

—¿Qué? ¡Eso no puede ser! ¡Si solo le faltaban dos años para acabar Derecho!

—Pues resulta que ahora quiere irse a África con una ONG. ¿Te lo puedes creer? A África. Yo todavía no he salido de Andalucía, pero tu hermana, con su gran experiencia de vida, ha decidido que puede salvar el mundo.

Nevada se masajeó el puente de la nariz y susurró:

—Es una broma, ¿verdad?

—No lo es. Como no me fío ni un pelo, he decidido acompañarla.

—¿Tú? ¡Mamá! —Nevada no sabía si reír o llorar.

—Claro. Alguien tiene que asegurarse de que no la cambien por una cabra o de que no se pierda en medio de la selva. Solo serán dos semanas, lo justo para echar un vistazo y asegurarme de que no va a meterse en problemas mayores.

Nevada apoyó la frente contra la mesa y cerró los ojos.

—Mamá, tú y tu instinto sobreprotector sois un caso perdido.

—Ah, claro, porque no piensas llamarla esta noche para decirle que es una idiota y ponerla firme, ¿verdad?

Nevada levantó la cabeza y sonrió con resignación. Su madre la conocía muy bien y sabía lo que iba a hacer antes incluso de pensarlo.

—Obviamente. Pero primero necesito que sobreviva a las llamadas de mi jefe Dom y a las pruebas en Oxford.

—¿Y cuándo vas a escapar de ese agujero frío y lluvioso para volver a Granada? Que te

echamos mucho de menos.

—Cuando termine el proyecto, mamá. Prometo tomarme unas pequeñas vacaciones.

—Eso me dices siempre. A ver si esta vez es verdad.

Nevada sonrió mientras imaginaba a su madre con el delantal puesto, probablemente moviendo una olla de puchero y sosteniendo el teléfono con la otra mano.

—No te preocupes, mamá. En cuanto termine, estaré allí antes de que te des cuenta.

—Vale, hija. Y recuerda, no te agobies tanto con los ingleses. Si pudiste con tu padre, puedes con cualquier cosa.

Nevada sonrió de nuevo, sintiéndose un poco más aliviada en medio del caos. Su madre siempre tenía la habilidad especial de convertir un día desastroso en algo más ligero, aunque fuera con un comentario absurdo.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, mi niña. Ahora a trabajar, que hay que alimentar a la pérfida Albión.

La línea se cortó, y Nevada dejó el teléfono sobre la mesa, sintiéndose un poco menos atrapada en su propio despacho. Quizás, con un poco de suerte, sobreviviría al día sin perder la cabeza.

CAPÍTULO 4

Rohan Carter había decidido regresar a Oxford para asistir a un entierro, algo que, aunque triste, le ofrecía la excusa perfecta para disfrutar de su ciudad natal durante unos días. Oxford, con sus antiguas calles empedradas, majestuosas torres góticas y un aire académico presente en cada rincón, siempre le hacía sentir bien.

La familia Carter tenía una elegante casa en Northmoor Road, un barrio conocido por sus residencias de estilo eduardiano, amplios jardines y su tranquilidad, ajena al resto del mundo. La casa, un ejemplo impecable de la arquitectura local, estaba llena de recuerdos. Aunque hacía años que Rohan no vivía allí, cada vez que cruzaba la puerta sentía como si nunca se hubiera marchado.

Sin embargo, ahora su vida estaba en Londres. Trabajaba como ingeniero en nanotecnología para una empresa pionera, Nanotech Solutions, donde lideraba un equipo encargado de desarrollar materiales inteligentes con aplicaciones revolucionarias en medicina y tecnología. Amaba su trabajo, la emoción de estar siempre al borde del futuro, aunque a veces echaba de menos la serenidad de Oxford, donde el tiempo parecía transcurrir más lentamente.

Ese fin de semana, sin embargo, no estaba reservado para la nostalgia, sino para un compromiso que no podía eludir: el entierro de Peter Collins, un viejo amigo de su padre al que conocía desde niño. La ceremonia tendría lugar en la emblemática Iglesia de Santa María la Virgen, un lugar tan solemne como impresionante situado en pleno corazón de la ciudad.

Decidió llegar temprano para tomarse un café antes del oficio. El destino era The Vaults & Garden Café, un encantador local ubicado en la esquina de la iglesia, con vistas al Radcliffe Camera. El café, con sus muros de piedra y su ambiente acogedor, era un lugar al que siempre recurría cuando necesitaba un momento de calma en Oxford. El propietario, David Sullivan, era un viejo amigo de la infancia al que no veía desde hacía meses, así que Rohan aprovechaba cualquier ocasión para ponerse al día con él.

El taxi se detuvo suavemente frente al café, pero justo cuando Rohan iba a pagar y bajarse, ocurrió algo completamente inesperado. La puerta del taxi se abrió de golpe y, antes de que pudiera reaccionar, una mujer vestida de novia se coló en el coche con una urgencia palpable.

—¡Por favor, arranque! —le suplicó al conductor, sin siquiera mirar a Rohan.

Rohan, boquiabierto, la miró fijamente. No podía creer lo que veía. Era Nevada de la Vega, la mujer que había huido de su propia boda tiempo atrás. Reconocerla no fue difícil, aunque el vestido de novia le añadía un toque de surrealismo casi cómico. ¿Qué estaba pasando?

Nevada no parecía darse cuenta de quién era su improvisado compañero de viaje. Estaba demasiado ocupada tratando de no perder los estribos, con las manos apretadas en el ramo que llevaba.

Al ver el estado de la joven y suponiendo que estaba en apuros, el conductor arrancó el coche sin esperar más explicaciones.

—No se preocupe, señorita. La llevaremos lejos de aquí, donde no la encuentren —dijo con un tono heroico que habría sido gracioso en cualquier otra situación.

Si la situación se hubiera dado en Londres, el conductor del taxi no habría reaccionado, pero en Oxford todo era distinto.

Rohan, aún impactado, decidió no interrumpir por ahora. Quería entender qué demonios estaba ocurriendo antes de decir algo, aunque en su expresión empezaban a asomar el

desconcierto y la diversión.

Nevada lo miró de reojo y entonces pareció reparar en su presencia. Su mandíbula se aflojó ligeramente cuando lo reconoció.

—¿Rohan?

Él arqueó una ceja, en el tono de su voz se mezclaba la incredulidad y humor.

—¿Nevada?

Un silencio incómodo y cargado de preguntas quedó flotando en el aire mientras el taxi avanzaba por las estrechas calles de Oxford.

***

Nevada no podía creérselo: ¿qué clase de probabilidad matemática absurda podría explicar que se encontrara con el mismo hombre que había estado en el taxi en Londres y ahora en Oxford? Si esto no era una desafección directa a la estadística, entonces las leyes del universo debían estar jugando una broma pesada.

Rohan, por su parte, la observaba con una mezcla de desconcierto y fascinación. Su mirada azul turquesa recorrió cada detalle de la escena, analizándola como si tratara de resolver una ecuación compleja. Nevada era una mujer guapa, eso lo sabía desde que la había conocido huyendo de su propia boda, pero ahora parecía aún más impresionante. Su cabello castaño, recogido en un moño que se escoraba ligeramente hacia la derecha, dejaba escapar algunos mechones que caían con elegancia natural. Sus ojos, brillantes y castaños, chispeaban con una energía que él solo podía describir como contagiosa.

El vestido que llevaba esta vez era distinto al que había usado en Londres: más sencillo, sin tanto encaje ni dramatismo. Un diseño ajustado que resaltaba su figura de forma discreta pero elegante. Sin embargo, no pudo evitar fijarse en un detalle que le arrancó una pequeña sonrisa: los zapatos: los mismos tacones rosa que había llevado la primera vez que la vio.

Nevada, tratando de recomponerse, hizo lo propio y lo miró detenidamente. Era alto, con hombros anchos y una complexión musculosa que sugería que no pasaba demasiado tiempo detrás de un escritorio. Su rostro, de rasgos marcadamente varoniles, transmitía una serenidad intrigante, y su cabello rubio oscuro y ligeramente ondulado se movía con la brisa que entraba por la ventanilla. Pero lo que más le llamó la atención fueron sus ojos, ese azul turquesa que parecía capaz de ver más allá de la superficie. Era imposible no fijarse en él, aunque prefería no admitirlo en voz alta. ¿Cómo no se había fijado la primera vez que lo vio?

Para romper el hielo, Nevada alargó la mano con una sonrisa que trataba de parecer profesional, aunque no podía ocultar cierta incomodidad.

—Nevada de la Vega… otra vez —dijo, intentando que su tono sonara neutro, como si se estuviera presentando en una reunión de trabajo y no dentro de un taxi, donde vestía como una novia que se daba a la fuga por segunda vez.

Tras un momento de vacilación que parecía más por diversión que por otra cosa, Rohan aceptó el saludo. Su mano era cálida y firme, y durante un segundo ella se preguntó si era consciente de lo seguro que parecía.

—Rohan Carter… de nuevo —respondió finalmente, con voz grave y calmada.

Nevada soltó su mano con rapidez, como si prolongar el contacto pudiera complicar aún más la situación.

—Verás... esto tiene una explicación lógica —dijo, gesticulando con animación—. Es por motivos de trabajo. Estoy haciendo un estudio para mi empresa, nada de drama real. No tiene nada que ver con lo del otro día. Lo siento si te he dado otra impresión equivocada.

Rohan asintió lentamente, sin dejar de observarla, como si estuviera evaluando cada una de sus palabras.

—¿Un estudio? ¿Un experimento social? —preguntó con una ceja arqueada, su tono denotando incredulidad.

—Sí, exacto. Y, bueno, parece que estás destinado a formar parte de él —bromeó, aunque en realidad no encontraba otra forma de suavizar el surrealismo del momento.

Nevada se giró entonces hacia el taxista, cuya expresión de orgullo y determinación seguía intacta.

—Señor, ya que ha acudido en mi auxilio como un verdadero héroe, ¿le importaría responder a unas preguntas? Es para un estudio.

El conductor asintió de inmediato, hinchando el pecho como si acabara de recibir una medalla.

—Claro, señorita, pregunte lo que necesite.

Mientras Nevada comenzaba a anotar sus respuestas en un pequeño cuaderno que llevaba consigo y que él no había visto en un principio. ¿Qué había sucedido con su ramo de novia? En esta segunda ocasión no lo llevaba. Rohan la observaba divertido. La novia fugitiva era una explosión de energía. Era intrigante, impredecible y completamente cautivadora.

Cuando terminó la pequeña entrevista, se volvió hacia Rohan con una sonrisa que ahora parecía un poco más relajada.

—Gracias por no salir corriendo —dijo con un toque de humor y ese acento tan particular del sur de Europa—. Parece que tengo un talento especial para complicarle la vida a la gente.

Rohan se recostó ligeramente en el asiento, y sus ojos brillaban con una mezcla de diversión y desafío.

—Bueno, creo que después de haberte ayudado dos veces, me debes una explicación.

Nevada lo miró con sospecha, con los labios apretados como si estuviera evaluando sus intenciones.

—¿Una explicación? La verdad es que sí.

—También aceptaría una invitación a tomar algo.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Ahora?

—Más tarde —aclaró Rohan, inclinándose ligeramente hacia ella, manteniendo su tono calmado pero seguro—. Digamos a las siete. ¿Te parece bien en The Eagle and Child?

Nevada dudó por un instante. Las probabilidades de volver a encontrarse con él eran ridículas y, sin embargo, algo en su interior le decía que quizás debería dejar que ese taxi fuera la última coincidencia. Pero otra parte, más curiosa e impulsiva, decidió aceptar.

—Está bien. Pero no te prometo que la explicación que te dé sea lo que esperas — respondió con una sonrisa a medio camino entre el desafío y la diversión.

Rohan asintió, satisfecho.

—Perfecto. —Entonces, nos vemos allí.

Y, por primera vez en todo el día, Nevada sintió que estaba a punto de vivir algo completamente fuera de su control. Y, para su sorpresa, eso no le importaba tanto.

CAPÍTULO 5

El ambiente en The Eagle and Child era bullicioso, con risas y conversaciones que flotaban en el aire, típicas de un local frecuentado por universitarios en una ciudad tan académica como Oxford. Nevada llegó puntual, algo que no solía hacer a menudo, y no tardó en localizar a Rohan entre la multitud. Para su sorpresa, él había se cambiado el traje negro que llevaba en el taxi por un atuendo más relajado: una camisa azul claro arremangada hasta los codos y unos pantalones de corte informal. Se veía cómodo y, por qué no decirlo, atractivo.

Ella también se había tomado su tiempo para cambiarse. Ahora llevaba un vestido primaveral con estampado floral, una chaqueta vaquera corta y unas botas camperas que combinaban perfectamente con su estilo desenfadado. Había recogido su cabello en una simple cola de caballo y no llevaba maquillaje, algo que la diferenciaba del resto de las mujeres del local, todas impecablemente arregladas, con peinados pulidos y labios perfectamente delineados. Rohan no pudo evitar notarlo y, aunque no lo dijo en voz alta, le pareció de lo más refrescante ese toque natural.

Cuando llegó el camarero, Rohan pidió un dry martini con la tranquilidad de alguien que ya había decidido qué quería tomar. Nevada, por otro lado, pensó un momento y, con su mejor sonrisa, pidió una copa de vino de La Rioja.

El camarero alzó una ceja y, con una mezcla de asombro y disculpa, respondió:

—No tenemos Rioja, señorita —respondió Nevada con un gesto despreocupado.

Nevada hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Pues póngame lo que tenga, da igual de dónde sea, pero que sea vino.

El camarero esbozó una sonrisa casi pícara, mirándola con interés profesional y se marchó. Rohan, que había seguido toda la escena, no pudo contener una carcajada.

—¿Vino sin preguntar de dónde es? Eso es casi un sacrilegio, ¿no crees?

Nevada lo miró con una mezcla de ofensa y humor.

—¿Qué pasa? Si tiene cuerpo y no sabe a vinagre, ¿qué más da de dónde venga? Además, el tiempo que llevo aquí, ya me he acostumbrado a vuestra falta de paladar.

Él no se enfadó por esa afirmación contundente.

—Eres del norte de España —dijo tratando de recordar. El acento de ella parecía del sur, pero no estaba seguro.

—Soy de Andalucía, de Granada —respondió ella sosteniéndole la mirada—. Apuesto un brindis a que no sabes ubicar mi ciudad en el mapa europeo —apostilló con humor.

—Creo que me has confundido con un estadounidense que no saben distinguir ni sus estados propios —bromeó él.

—¡Ah! Un hombre con sentido del humor —sonrió ella.

—Eso es algo que diría un inglés, no una española. ¿Estás segura de que eres de Granada? Y por cierto, sé ubicarla perfectamente en el mapa.

Nevada puso los ojos en blanco, pero una sonrisa se coló en sus labios.

—Me disculpo por mi presunción errónea.

—Acepto la disculpa —dijo él y para continuar con lo conversación, decidió seguir hablando sobre vinos—. Hay vinos riojas muy buenos.

—Para serte sincera, prefiero mil veces un Montilla-Moriles antes que cualquier otro vino, pues tiene carácter, y te hace pensar después de cada trago. Pero a ver dónde encuentras un vino

de esas características en este frío humedal.

Rohan se apoyó en la mesa, cruzando los brazos, mientras disfrutaba de la conversación.

—Así que te gusta el vino que te desafía. Suena... Muy en tu estilo.

Nevada se echó a reír y se inclinó hacia él apoyando los codos en la mesa.

—¿Y tú qué? ¿Un dry martini? ¿Es para parecer sofisticado o realmente lo disfrutas? —le preguntó ella entrecerrando los ojos—. Igual eres un agente del MI6…

Rohan negó con la cabeza.

—Jamás revelaría mi verdadera identidad pues hay que mantener la reputación. —Rohan sonrió de forma tan despreocupada que ella tuvo que admitir que era encantador, aunque jamás lo diría en voz alta.

Cuando llegó el vino —uno de origen francés que el camarero aseguró que era «decentito»—, Nevada lo probó, hizo una ligera mueca y luego asintió.

—Bueno, no está mal. Pero definitivamente no es Montilla-Moriles.

—Tomaré nota para la próxima vez —respondió Rohan, con un tono que parecía indicar que realmente lo decía en serio.

La conversación fluyó con naturalidad. Nevada le explicó en qué consistía su trabajo, mencionando brevemente el CISBI y su último proyecto, que requería peculiares escenas de mueres que se daban a la fuga vestidas de novia.

—Así que eres una novia fugitiva profesional —bromeó él, con la mirada brillando de diversión.

—Algo así, pero no me llames así en público. Podrían empezar a circular rumores —contestó Nevada entre risas.

Rohan no pudo resistirse y, apoyándose ligeramente hacia adelante, comentó:

—A este ritmo, parece que el destino está tratando de decirnos algo.

Nevada sonrió automáticamente, pero a los pocos segundos, cuando procesó sus palabras, se quedó completamente muda. Lo miró con los ojos entrecerrados, analizando si hablaba en serio, pero la sonrisa de él le dio su respuesta. Aquella curva casi imperceptible de sus labios le provocó un pequeño escalofrío.

Para salir del incómodo momento, Nevada cambió de tema rápidamente.

—¿Y tú? ¿Qué haces en Oxford?

—Vengo a un entierro —respondió él, volviendo su tono más sobrio.

Nevada inclinó la cabeza, mostrando un interés genuino.

—¿De alguien cercano?

—Era un amigo de mi padre. Lo conozco desde niño, así que no podía faltar. —Rohan se tomó un momento antes de añadir—. De hecho, crecí aquí. Vivo en Londres por trabajo, pero Oxford siempre será mi casa.

La conversación continuó un rato más, hablando de temas más ligeros. Finalmente, cuando parecía que la reunión llegaba a su fin, Rohan sacó su teléfono del bolsillo y, con naturalidad, preguntó:

—¿Me darías tu número? Por si alguna vez te apetece quedar en Londres, o si necesitas huir de nuevo.

Nevada sonrió, pero negó con la cabeza.

—Ha sido muy agradable charlar contigo, Rohan, pero no suelo dar mi número a extraños.

—¿A pesar de habernos encontrado dos veces en un taxi y de haber ayudado a fugarte? —replicó él, intentando mantener un tono despreocupado, aunque no podía ocultar del todo la decepción.

—Especialmente por eso. —Nevada se levantó, le dedicó una sonrisa que mezclaba calidez y determinación y se despidió—. Gracias por el vino. Y mucho ánimo con el entierro.

Rohan la vio marcharse, seguro de que no sería la última vez que se cruzarían. Algo le decía que esa española de botas camperas y mirada chispeante aún tenía mucho que enseñarle sobre desafíos y probabilidades imposibles.

***

Nevada caminaba por las estrechas calles de Oxford, sumergida en el ambiente universitario de la ciudad. La conversación con Rohan Carter aún rondaba en su cabeza, no por lo que habían dicho, sino por lo que había sentido. Algo en él le había inquietado. No era común que un hombre, y mucho menos un desconocido, lograra descolocarla así.

Lo supo en el momento en que entró por segunda vez al taxi. Aquella mirada azul turquesa, intensa y directa, parecía atravesarla, como si pudiera leer más allá de sus palabras. Rohan Carter no era un hombre cualquiera. Y precisamente ese era el problema.

Nevada no podía permitirse distracciones y él era uno de los candidatos con más posibilidades. Su ambición era lo que la había llevado hasta ahí, a mudarse de país para trabajar en una de las empresas más prestigiosas de análisis social. Había dejado atrás Granada, su familia, su cultura e incluso un amor que en su momento creyó eterno, todo por perseguir su objetivo: ganar experiencia, prestigio y, eventualmente, dar el salto a Estados Unidos.

Miró su reflejo en el escaparate de una antigua librería y sonrió con ironía. Había logrado mucho en sus veintiocho años: un puesto importante en el CISBI, proyectos que lideraba con confianza y un futuro prometedor. Pero no había logrado algo que no pensaba permitir, dejarse marcar por alguien, por más encantador que fuera.

Y Rohan Carter era exactamente del tipo de hombres que dejan huella.

Lo había visto en sus gestos, en la manera segura y natural con la que se desenvolvía y en esa sonrisa que parecía esconder una verdad que solo él conocía. No era simplemente atractivo, eso habría sido demasiado fácil. Era algo más: una presencia que exigía atención, que reclamaba espacio en tu mente, aunque no quisieras dárselo.

Mientras seguía caminando, Nevada sacudió la cabeza. Ella no había llegado tan lejos para dejarse envolver por el hechizo de un inglés serio y seductor. Su propósito en Inglaterra estaba claro: trabajar duro, hacerse un nombre, acumular logros. No estaba ahí para romances fugaces ni para historias que pudieran desviar su atención.

«Además —pensó en voz alta—, los hombres como él siempre terminan complicando las cosas».

Al llegar a la esquina de la calle, sacó el teléfono del bolsillo y lo sostuvo un momento, debatiéndose consigo misma. Había algo en Rohan que la había desarmado, pero también sabía que ceder sería como darle un poder que no estaba dispuesta a conceder. Cerró los ojos, respiró hondo y lo volvió a guardar en su bolso.

Nevada era muchas cosas: inteligente, ambiciosa, perseverante... Pero no era ingenua. Había llegado demasiado lejos como para permitir que alguien como Rohan Carter la apartara de lo que realmente importaba: su futuro.

CAPÍTULO 6

La oficina del CISBI estaba más animada que nunca. Nevada observaba a sus compañeros mientras brindaban con copas de champán, todos sonrientes y satisfechos por el buen resultado del trabajo. La Asociación Scott finalmente había dado su visto bueno a las encuestas y los resultados eran exactamente los esperados. Nevada sentía que por fin podía respirar después de semanas de presión, plazos imposibles y, para colmo, bodas falsas y taxis apresurados.

Incluso Dom Cole, siempre gruñón y con su humor inglés seco como una tostada quemada, se mostraba inusualmente cálido. Bueno, para Dom, cálido significaba un asentimiento de cabeza y un lacónico: «Buen trabajo, Nevada».

—Buen trabajo, Nevada —le dijo en voz alta, y sonrió porque había pensado esas mismas palabras.

Para ella, eso era prácticamente un aplauso con ovación incluida.

Lo que no esperaba, sin embargo, era lo que sucedió unos minutos después. Justo cuando levantaba su copa para brindar con Mercedes y Claire, un mensajero apareció en la puerta de la oficina con un enorme ramo de flores. No era un ramo cualquiera. Era un espectáculo de rosas, lirios y tulipanes que parecía salido de un catálogo de lujo. Todos los ojos se volvieron hacia él y después hacia Nevada.

—¿Señorita Nevada de la Vega? —preguntó el mensajero con una sonrisa, como si ya intuyera que se trataba de algo importante.

—Eh... sí, soy yo —respondió ella, confusa.

El mensajero le entregó las flores junto con una pequeña tarjeta, y Nevada sintió que la curiosidad de sus compañeros se clavaba en ella como agujas. Sostuvo el ramo, que era tan grande que apenas podía ver la tarjeta, y leyó en silencio el mensaje:

«Gracias por la invitación que me debías y que terminé pangando yo. Rohan».

El aire pareció desaparecer de la habitación. Mercedes fue la primera en romper el silencio.

—¿Quién es Rohan? —exclamó, con los ojos brillantes de curiosidad.

—Oh, por favor, Nevada, no nos dejes en suspenso —añadió Claire, que ya estaba dejando su copa de champán para acercarse a ver las flores de cerca.

Nevada intentó mantener la compostura, pero notaba que el rubor en sus mejillas la delataba.

—Es alguien a quien conocí en Oxford. No es nadie... —dijo, intentando sonar casual, aunque su tono no convenció a nadie.

—Nadie, claro —respondió Mercedes con una sonrisa entre sarcástica y curiosa—. Por eso te manda flores más caras que nuestro presupuesto para material de oficina.

Nevada no pudo evitar reírse. Mientras todos seguían lanzando comentarios y bromas, Mercedes le hizo señas para decirle que tenía una llamada en la línea. Nevada, distraída, cogió el teléfono sin pensarlo demasiado.

—¿Diga?

—Gracias otra vez. ¿Te gustaron las flores? —dijo una voz inconfundible al otro lado de la línea.

Nevada se quedó helada. Era Rohan. Por supuesto que era él.

—Ah… sí, gracias. Son preciosas, pero ¿cómo conseguiste la dirección de mi oficina?

—Tengo mis recursos —respondió él con un tono despreocupado que le hizo sonreír a pesar de sí misma—. Quería que supieras que me alegro de tu éxito.

Nevada no sabía qué decir. Esa era la primera vez en mucho tiempo que alguien hacía algo tan personal por ella. ¿Cómo sabía que había terminado el proyecto de forma exitosa?

—Gracias, de verdad. No era necesario, pero gracias.

—Bueno, en ese caso, espero que no te importe que también te invite a cenar esta noche. Es mi manera de celebrarlo contigo.

Nevada se quedó callada por un momento: ¿cenar con Rohan? Sabía que no debía, que no quería complicaciones. Pero estaba tan contenta con el éxito del proyecto que algo en su tono, en su insistencia tranquila, la hizo dudar.

—Está bien, acepto —respondió finalmente, sorprendida incluso consigo misma.

—Perfecto. Paso a recogerte a las ocho, ¿te parece bien?

—Está bien —repitió, sintiendo una mezcla de emoción y nervios.

Cuando colgó, Mercedes y Claire la miraban fijamente, esperando detalles.

—¿Era él? —preguntó Mercedes con un brillo travieso en los ojos.

Nevada se encogió de hombros, intentando restarle importancia.

—Sí, era él. Me ha invitado a cenar para celebrar algo.

—¡Y has dicho que sí! —gritó Claire, chocando su copa con la de Mercedes.

Nevada dejó escapar una risa nerviosa. No podía creer que hubiera aceptado, pero algo le decía que esa noche sería diferente. ¿Estaría cometiendo un error? Tal vez. ¿Una aventura? Probablemente. ¿Algo que cambiaría su rutina perfectamente controlada? Seguro.

Y, aunque no lo admitiría en voz alta, una pequeña parte de ella estaba ansiosa por ver qué más tenía preparado Rohan Carter.

***

El restaurante, Le Manoir aux Quat'Saisons, estaba situado en South Kensington, un pintoresco barrio al sur de Londres, conocido por su elegancia y exclusividad. Al llegar, Nevada se sintió un poco decepcionada. Había investigado sobre el lugar antes de recibir la dirección de Rohan, pero nada la había preparado para el espectáculo de velas, jardines perfectamente cuidados y camareros impecablemente vestidos que la recibieron.

Ella, en cambio, llevaba un atuendo sencillo: pantalones negros, blusa blanca, chaqueta de punto y botas negras de piel sin tacón. Su cabello suelto caía sobre sus hombros y llevaba un pequeño bolso colgado de la muñeca. Aunque sabía que no era el estilo de este tipo de lugares, Nevada era auténtica y nunca pretendía ser lo que no era.

Rohan, por otro lado, parecía salido de una revista. Llevaba un traje azul marino perfectamente cortado, una camisa blanca inmaculada y una corbata gris perla. Parecía listo para asistir a una boda o para tomar té con la reina de Inglaterra. Al verla llegar, le dedicó una sonrisa que hizo que cualquier incomodidad que ella pudiera sentir se suavizara.

—Estás perfecta —dijo él mientras le apartaba la silla para que se sentara.

El menú era un desfile de platos exquisitos, pero Nevada no pudo evitar sentirse fuera de lugar al ver nombres que apenas reconocía. Decidió dejarse llevar por las sugerencias de Rohan. Él pidió para ambos una ensalada de cangrejo al estilo inglés como entrante y un solomillo de ternera con puré de patatas trufado como plato principal.

Cuando llegó el vino, Rohan se encargó de servirlo con tanta elegancia que ella se sonrió. Nevada tomó un sorbo, pero apenas el líquido tocó su paladar, tosió y escupió casi todo el vino.

—¿Estás bien? —preguntó Rohan, preocupado, aunque con una sonrisa divertida en los labios.

—No puede ser... ¿Es Montilla Moriles? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

—Lo es. —Él sonrió con orgullo—. Me costó mucho encontrarlo. Tuve que recurrir al mercado negro.

Ella sabía que bromeaba, pero se conmovió por su esfuerzo.

—No me lo puedo creer... ¡Gracias! Aunque tengo que decirte que este vino no es para una cena elegante.

—¿No? —Rohan levantó una ceja, genuinamente curioso:

—¿Qué quieres decir?

—Es más bien un vino de aperitivo. —Nevada tomó otro sorbo, saboreándolo con una expresión de pura dicha—. Se toma antes de la comida, con algo salado, para abrir el apetito.

—Ah, eso explica muchas cosas. —Él tomó un pequeño sorbo y no pudo evitar fruncir el ceño—. Es... interesante.

—No es para todos los paladares, pero para mí es como un pedacito de Andalucía en una copa.

La conversación fluyó de forma natural durante la cena. Nevada le contó anécdotas de su trabajo, historias de su familia en Granada y curiosidades sobre su llegada a Inglaterra. Rohan hablaba poco, pero no porque no tuviera nada que decir, sino porque disfrutaba escuchándola. Su espontaneidad y energía eran un soplo de aire fresco en su vida, que estaba cuidadosamente estructurada.

Después de cenar, Rohan sugirió dar un paseo Hyde Park, un lugar mágico por la noche. Los árboles formaban arcos sobre los senderos y las luces de la ciudad lejana se reflejaban en el río Támesis. La brisa fresca de la noche los envolvía mientras caminaban despacio.

—Este lugar es precioso —dijo Nevada, deteniéndose un momento para mirar las estrellas.

—Lo es —respondió Rohan, aunque no apartaba la vista de ella.

La conversación continuó, ligera y animada, hasta que finalmente tomaron un taxi que los llevó de regreso a casa de Nevada. Cuando llegaron, él salió del coche para abrirle la puerta, algo que a ella le pareció un gesto innecesario, pero encantador.

—Gracias por esta noche tan encantadora que he pasado —dijo Nevada, con una sonrisa sincera.

—No será la última —respondió Rohan, con esa sonrisa tan particular que la hacía sentir inquieta.

Nevada lo miró por un momento, pensativa. No estaba segura de lo que el destino tenía preparado, pero había algo en él que no podía ignorar.

Cuando cerró la puerta de su apartamento tras de sí, aún podía sentir la calidez de su sonrisa y el aroma de las flores que había dejado en su mesa.

CAPÍTULO 7

Nevada estaba sentada en el salón de Clare, rodeada de revistas de bodas, telas de distintos tonos pastel y un tablero lleno de ideas para decorar el restaurante donde se celebraría la recepción. Clare, con su típica energía nerviosa, sostenía una libreta llena de notas y listas interminables.

—El restaurante está casi decidido —dijo Clare, hojeando las páginas de una revista—, pero todavía no sé qué hacer con el vestido. Quiero algo especial, pero sin que cueste el sueldo de un año.

Nevada, que siempre tenía una solución para todo, le dedicó una sonrisa confiada.

—Clare, no te preocupes. Tengo una buena relación con una tienda de novias muy elitista en Londres. Me han dejado vestidos para algunos de mis proyectos y puedo conseguirte un descuento.

Clare la miró con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? ¿Hablas de una de esas casas donde las novias parecen princesas?

—Exactamente. —Nevada asintió—. Te prometo que encontrarás algo precioso a un precio razonable.

Clare dejó la libreta en la mesa y la abrazó con entusiasmo.

—¡Eres la mejor!

Después de concretar algunos detalles más, decidieron salir a comer algo. Optaron por un restaurante cercano que Clare recomendó, conocido por estar lleno de ejecutivos a mediodía.

El lugar estaba abarrotado y el murmullo de las conversaciones, mezclado con el sonido de cubiertos y copas, resonaba por toda la sala. Encontraron una mesa junto a una ventana y se sentaron, listas para disfrutar de un merecido descanso. Nevada, con su energía habitual, comenzó a hablar sobre los colores que creía que le irían mejor a Clare para la decoración de la boda, mientras esta asentía y tomaba notas.

Lo que Nevada no sabía era que, al otro lado del restaurante, Rohan estaba sentado con un grupo de compañeros de trabajo. Acababan de salir de una reunión y habían decidido hacer una pausa para comer algo. Él estaba inmerso en una conversación sobre un nuevo proyecto cuando, al levantar la vista, la vio.

Nevada.

Ella no se había dado cuenta de su presencia, pero él no podía dejar de mirarla. Su risa llenaba el espacio y su rostro, iluminado por la luz natural que entraba por la ventana, irradiaba una felicidad genuina.

Rohan apenas podía concentrarse en lo que sus compañeros decían. Esa mujer lo desarmaba por completo. Él provenía de un entorno donde la discreción y el control eran fundamentales, donde raramente se mostraban las emociones. Y, sin embargo, allí estaba ella, tan auténtica y llena de vida, como un fuego que atrae a la polilla que él sentía ser en ese momento.

Mientras la observaba, se le ocurrió una idea con una claridad que lo sorprendió.

«Tengo que encontrar la manera de pasar más tiempo con ella», pensó.

Nevada seguía charlando con Clare, ajena a la atención que había captado. Pero, para Rohan, en ese momento, nada más importaba en el restaurante.

Mientras Nevada hablaba con Clare sobre flores, menús y listas de canciones para la boda, Rohan se encontró buscando una excusa para acercarse. Pero rápidamente desechó la idea. No

era el lugar ni el momento adecuados. Además, no quería dar la impresión de ser demasiado insistente, sobre todo después de la última conversación, en la que ella se había mostrado muy reacia a darle su número de teléfono.

Aun así, no podía dejar de observarla. Clare dijo algo que hizo que Nevada se riera a carcajadas, inclinándose ligeramente hacia adelante mientras sus ojos brillaban de alegría. Rohan apretó los labios, una mezcla de frustración y admiración le recorrió la espina dorsal. ¿Cómo era posible que alguien tuviera ese efecto sobre él? Había conocido a mujeres hermosas, inteligentes y carismáticas, pero ninguna se parecía a ella.

—Rohan, ¿todo bien? —preguntó uno de sus compañeros de trabajo, un ingeniero llamado Henry, al notar que estaba distraído.

—Sí, claro —respondió, recomponiéndose rápidamente—. Estaba pensando en el nuevo presupuesto.

Pero Henry no parecía convencido y lo miró con una media sonrisa.

—¿Seguro que no estabas mirando a alguien en concreto?

Rohan lo fulminó con la mirada, aunque no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Deja de decir tonterías.

—Como quieras —replicó Henry, encogiéndose de hombros—, pero si necesitas un consejo, yo soy un experto en eso de invitar a una mujer a salir.

Rohan negó con la cabeza, divertido y algo avergonzado, pero no respondió. Sus compañeros reanudaron la conversación y él intentó concentrarse en el tema, aunque una parte de su mente seguía fija en Nevada.

En la mesa de Nevada y Clare, el ambiente era mucho más relajado. Clare había pedido un plato ligero, mientras Nevada, hambrienta después de una mañana ajetreada, no escatimó en elegir algo contundente.

—¿Estás segura de que no quieres postre? —preguntó Clare, sorprendida al ver la energía con la que Nevada terminaba su plato.

—No, gracias. Con esto me siento perfecta. Además, si quiero entrar en mi vestido de invitada para tu boda, mejor me controlo.

—Por favor, si tienes un cuerpo de escándalo —replicó Clare con una sonrisa—. A veces me pregunto si no eres demasiado perfecta.

Nevada soltó una carcajada.

—Créeme, no lo soy. Pero gracias por el cumplido.

Clare se inclinó un poco hacia adelante, como si fuera a confesar un secreto.

—Y hablando de perfección... ¿Tienes a alguien en mente para acompañarte en mi boda?

Nevada levantó una ceja, sorprendida.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Oh, vamos. Eres guapa, inteligente y divertida. Debes de tener a más de un hombre detrás de ti.

Nevada negó con la cabeza y tomó un sorbo de agua.

—No tengo tiempo para esas cosas. Mi prioridad es mi trabajo.

Clare suspiró.

—Siempre tan práctica. Pero espero que alguien te haga cambiar de opinión pronto.

Nevada no respondió, pero, contra su voluntad, su mente evocó la imagen de Rohan. Sacudió la cabeza ligeramente para apartar esos pensamientos. No era el momento ni el lugar para complicarse la vida con ideas románticas.

Mientras tanto, Rohan terminó su almuerzo y se despidió de sus compañeros. Antes de

salir, echó un último vistazo hacia Nevada. Ella todavía estaba inmersa en su conversación con Clare y su risa llenaba el aire.

Al cruzar la puerta del local, tomó una decisión. Si el destino había cruzado sus caminos tantas veces, quizá era hora de tomar la iniciativa.

***

Nevada regresó temprano del trabajo aquel día y, apenas había cruzado la puerta cuando escuchó los sollozos de Gladys, su casera, provenientes de la cocina. Gladys, una mujer entrada en años, pero con la energía de alguien mucho más joven, estaba rodeada de papeles, con un pañuelo en la mano y una taza de té intacta sobre la mesa.

—¿Gladys? ¿Va todo bien? —preguntó Nevada, preocupada.

Gladys levantó la vista con los ojos húmedos, tenía la voz entrecortada.

—Es... es mi pobre Marmalade... Se ha ido. ¡Mi pequeño Marmalade!

Nevada parpadeó, confusa por un segundo, hasta que recordó al excéntrico gato anaranjado de Gladys, que tenía la mala costumbre de meterse en los lugares más insospechados.

—¿Se ha perdido?

Gladys asintió dramáticamente y se llevó el pañuelo al pecho.

—Salió por la ventana esta mañana y no ha regresado. Siempre regresa a la hora del almuerzo. ¡Algo terrible debe haberle pasado!

Nevada intentó tranquilizarla, pero Gladys estaba demasiado angustiada.

—Está bien, Gladys. Lo buscaré. Te lo prometo, lo encontraré.

—Oh, querida, ¿harías eso por mí? ¡Eres un ángel!

Nevada suspiró mientras se ponía una chaqueta ligera y cogía el bolso. Tal vez era un ángel, pero no sabía por dónde empezar.

Horas después, Nevada estaba exhausta. Había recorrido prácticamente todo el vecindario, preguntando a los vecinos y llamando a «Marmalade» en cada rincón oscuro y escondido. Finalmente, cuando estaba a punto de rendirse, escuchó un débil maullido. Miró hacia arriba y ahí estaba: Marmalade, encaramado a la rama de un árbol, mirándola con ojos redondos y asustados.

—¡Por fin! —exclamó Nevada, aliviada. Pero el alivio fue breve, ¿cómo demonios iba a bajar al gato?

Tras varios intentos de persuadir al felino con palabras dulces, Nevada decidió que no le quedaba más remedio que intentar subir. Se quitó se arremangó y empezó a trepar, aunque no era precisamente su especialidad. Marmalade, lejos de cooperar, se encaramó aún más alto y maulló indignado. Pero se resbalaba hacia abajo y apenas podía subir.

—¡Eres un desagradecido! —le gruñó Nevada, mientras le hacía gestos al gato para que se lanzara a sus brazos.

Finalmente, cuando estaba a punto de darse por vencida, escuchó el sonido de un motor. Al girar la cabeza, vio un coche de policía que se detenía junto al árbol.

—¿Necesita ayuda, señorita? —preguntó uno de los agentes al bajar del coche, intentando contener la sonrisa.

Nevada suspiró, derrotada.

—Es el gato de mi casera. No quiere bajar.

Minutos después, llegó una dotación de bomberos con una escalera extensible. Nevada observó con los brazos cruzados mientras un bombero subía para rescatar a Marmalade, que finalmente fue bajado ileso.

Cuando todo parecía haber terminado, uno de los policías le entregó una hoja con la factura del rescate. Nevada la miró con incredulidad.

—¿Me está tomando el pelo?

—No, señorita. Es el protocolo.

—¡Protocolo! ¿Por un gato? Esto es ridículo.

—Podemos añadirle una multa si lo prefiere —respondió el policía mayor con una sonrisa sardónica.

Nevada se mordió la lengua para no decir nada que empeorara la situación. El otro policía, mucho más joven, le guiñó un ojo y dijo:

—Trataré de que la multa no sea tan elevada. Pero tendrá que invitarme a un café.

Nevada lo miró boquiabierta.

—¿Un café?

—Sí, un café. No es mucho pedir, ¿no cree?

Nevada cerró los ojos, todavía molesta. ¿Por qué parecía que todos los hombres ingleses estaban coqueteando con ella últimamente? ¿Acaso llevaba un cartel en la frente que ponía «estoy disponible»?

Con Marmalade finalmente a salvo en sus brazos, Nevada regresó a casa furiosa con la policía, los bomberos y, sobre todo, con el gato. Cuando se lo entregó a Gladys, la mujer lloró de alegría y lo abrazó como si fuera un niño perdido.

—¡Eres una heroína, Nevada! —exclamó Gladys—. ¿Qué haría yo sin ti?

Nevada intentó sonreír, pero lo único que quería en ese momento era una copa de Montilla-Moriles y un baño caliente. Marmalade, por su parte, la miró con la indiferencia propia de quien no se había dado cuenta del caos que había causado.

CAPÍTULO 8

Nevada entró en la oficina con su habitual energía matutina, dispuesta a enfrentarse al día, pero se detuvo en seco al ver su escritorio. No uno, ni dos, sino tres ramos de flores ocupaban gran parte del espacio. Cada uno más extravagante que el anterior.

Mercedes, con una sonrisa traviesa, estaba apoyada en la puerta de su despacho, claramente disfrutando del espectáculo.

—¿Quién diría que eres tan popular, Nevada?

Nevada dejó su bolso en la silla y se acercó a inspeccionar los ramos, todavía incrédula.

El primero era un elegante ramo de rosas blancas y lirios, con hojas de eucalipto que desprendían un fresco aroma. Junto a él, una pequeña tarjeta con una caligrafía impecable:

«Espero que tengas un día tan especial como tú. Rohan».

Nevada suspiró, ya acostumbrada al estilo refinado del inglés.

El segundo ramo era mucho más sencillo, pero igual de encantador: margaritas de colores combinadas con ramas de lavanda que parecían haber sido escogidas con más entusiasmo que experiencia floral. La nota adjunta la hizo reír:

«Espero que Marmalade no te haya dado más problemas. ¿Quedamos para tomar un café? Mark». Era el policía.

El tercer ramo era, por así decirlo, peculiar. Flores exóticas de colores intensos, como si hubieran sido seleccionadas en un mercado de Mumbai: hibiscos, orquídeas y algo que ella no podía identificar, todo envuelto en papel brillante con detalles dorados. La tarjeta era más directa:

«Gracias por las invitaciones al festival de Bollywood en Leicester Square. Raj». Era el taxista.

Nevada no pudo evitar reírse al recordar al taxista parlanchín de Oxford. Después de la entrevista improvisada que le hizo en el taxi, le había enviado un par de invitaciones a un festival de cine de Bollywood, pensando que sería un buen detalle por su ayuda en el proyecto. Al parecer, Raj lo había tomado como un gesto muy importante.

Mercedes dio un paso adelante, se cruzó de brazos y la miró con picardía.

—Tres hombres detrás de ti y ni siquiera te has dado cuenta. A ver, cuéntame: ¿qué hiciste en Oxford?

Nevada negó con la cabeza y sonrió a medias.

—Nada fuera de lo común. ¿A una mujer no se le permite tener una vida tranquila sin que todo se vuelva tan... complicado?

Mercedes arqueó una ceja, divertida.

—¿Tranquila? Cariño, esto no tiene nada de tranquilo. Tienes a un inglés refinado, un policía encantador y ahora un taxista indio que parece salido de una película de Bollywood.

Nevada se quedó extrañada, ¿cómo conocía todo eso Mercedes?

Las risas se extendieron pronto por la oficina. Los compañeros se acercaron para ver los ramos y lanzaron bromas y comentarios que Nevada soportó con su característica sonrisa estoica.

—¿Qué pasa, Nevada? ¿Abriste una agencia de citas y no nos lo contaste? —bromeó uno de los asistentes.

—¡Oye, comparte! Que yo también quiero flores —añadió otra entre risas.

Nevada se apoyó en su escritorio, rodeada de flores y comentarios burlones.

—Si alguien quiere flores, puede llevarse un ramo. Ya tengo suficientes problemas con Marmalade como para añadir más emociones a mi vida.

Todos rieron, pero Nevada, aunque intentaba aparentar calma, no podía evitar preguntarse qué haría con aquellos tres pretendientes inesperados. Y, sobre todo, cómo iba a sobrevivir al resto del día sin que se convirtiera en un espectáculo.

***

Nevada había preparado todo con esmero, como siempre hacía cuando quería que todo saliera perfecto. Había invitado a varias personas de su entorno y se sentía contenta de tener a todos en su casa, aunque la razón de las invitaciones era bastante práctica: un número impar de personas en su mesa la descolocaba. Por eso, además de sus amigos, había invitado a Gladys, su casera, para completar el grupo y asegurarse de que el número fuera perfecto: ocho.

La casa de Nevada estaba llena de risas y aromas deliciosos. El aperitivo, una selección de embutidos que su madre le enviaba cada dos meses en un paquete, estaba perfectamente dispuesto en la mesa. A Nevada le encantaban esos embutidos, sobre todo porque le traían recuerdos de su tierra. También había preparado un delicioso cordero asado con patatas, cebolla, ajos, tomate y piñones, y el aroma del plato llenaba la casa y se escapaba por las ventanas, inundando el barrio con su fragancia irresistible. Gladys se había encargado del postre y Andrew y Clare habían traído una botella de buen vino de Rioja, lo que prometía una velada excelente, y no se equivocó pues transcurrió entre bromas, risas y charlas animadas. El ambiente era cálido y relajado, y todos disfrutaban de la comida. Nevada no pudo evitar sonreír al ver a todos sus amigos tan felices, sobre todo cuando Gladys, con su tono habitual, hacía comentarios sobre lo «bien que se asaba el cordero en España» y lo bien que le había salido la receta.

Cuando ya se preparaban para el postre, de repente, sonó el timbre de la puerta. Gladys, siempre la más dispuesta a atender, se levantó y fue a abrir, y lo que encontró al otro lado la dejó sin palabras.

Rohan estaba allí, con una botella de Montilla Moriles bajo el brazo. A pesar de no estar invitado, su presencia parecía natural, como si hubiera formado parte del plan todo el tiempo.

Nevada se quedó paralizada, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Todo le pareció surrealista, como si fuera una escena sacada de una película. En ese instante, Clare y Mercedes se adelantaron, mostraron una cordialidad impecable y lo invitaron a quedarse. Rohan aceptó sin dudarlo, sonriendo con esa mirada enigmática que solo él sabía transmitir, como si fuera lo más natural del mundo.

—Claro, quédate a compartir el postre —le dijo Clare con una sonrisa amigable.

—Sí, no te preocupes, hay suficiente para todos —añadió Mercedes mientras señalaba la mesa.

Nevada, todavía en estado de shock, observó cómo Rohan se unía a la mesa sin perderle de vista. Ella no podía evitar sentirse intrigada y desconcertada a la vez: ¿por qué había aparecido aquí? ¿Qué significaba realmente todo esto?

La velada continuó con conversaciones amenas y pronto llegó el momento de despedirse. Andrew, Clare, Mercedes y Mark se levantaron para marcharse, Peter y Andrew lo habían hecho en primer lugar. Rohan, con su elegancia habitual, también se preparaba para irse. Pero, justo cuando todos se disponían a salir, él se quedó un momento más mirando a Nevada.

—¿Podemos hablar un momento? —le preguntó, con una sonrisa suave.

Nevada asintió, aunque no sabía qué decir. Gladys, que había estado observando la escena con la mirada atenta de una madre protectora, se acercó a la puerta y, antes de irse, le dirigió una mirada fulgurante a Rohan.

—Recuerda, joven, estaré vigilante —le dijo con tono serio y una sonrisa maliciosa.

Rohan la observó mientras Gladys salía por la puerta con su acostumbrada firmeza.

Nevada se quedó allí, mirando a Rohan, preguntándose qué quería realmente.

CAPÍTULO 9

El apartamento de Nevada tenía un ambiente cálido, acogedor y lleno de vida. Rohan, mientras observaba el entorno, notaba la gran diferencia con su propio hogar, situado en una de las zonas más exclusivas de Londres. Su apartamento era elegante, frío y minimalista, todo en tonos neutros, con un estilo impecable, pero sin vida. El de Nevada, en cambio, estaba lleno de colores, detalles y pequeños toques personales que lo convertían en un verdadero hogar. Era como si cada rincón tuviera una historia que contar.

Sin embargo, Nevada no parecía tan impresionada por la decoración. Mientras servía un generoso vaso de Pedro Ximénez, le lanzó una mirada franca a Rohan.

—Mira, Rohan, te lo diré claro: no me gustan las sorpresas ni los invitados gorrones. —dijo ella, mirando fijamente su copa.

Rohan frunció el ceño, sin comprender de inmediato.

—¿Gorrones? —repitió, tratando de entender el significado de la palabra.

Nevada soltó una pequeña risa, sin querer ser grosera, pero con un toque de picardía.

—Es una palabra que utilizamos los españoles para definir a las personas a las que les gusta autoinvitarse.

—Yo no soy un gorrón, no me autoinvito.

—Noniná —contestó con un deje de humor.

Rohan la repitió en voz baja, intrigado.

—Noniná... ¿Y eso qué significa?

Nevada no respondió, pero el hecho de que él repitiera la palabra hizo que ella sonriera levemente, disfrutando de la curiosidad de Rohan. La conversación pasó rápidamente a otro tema cuando él, con la mirada fija y sincera, le confesó algo que llevaba tiempo queriendo decirle.

—Nevada, me siento atraído por ti. —dijo, directo, sin rodeos—. Es algo que no puedo evitar.

Ella se quedó en silencio, sin saber qué responder. La intensidad de sus palabras la dejó momentáneamente descolocada, pero también le produjo curiosidad. No le gustaba sentirse vulnerable, pero había algo en él que la hacía dudar. Sin embargo, permaneció en silencio, sin dar señales claras de lo que pensaba.

Rohan cambió de tema para conocerla mejor al ver su silencio.

—¿Por qué te llamas Nevada? —le preguntó—. ¿Qué significa?

Nevada lo miró, como si la pregunta la sacudiera un poco, y luego, con una sonrisa suave, comenzó a explicarle el origen de su nombre.

—Mi madre me puso ese nombre por una montaña de Granada (España). Se llama Sierra Nevada. Mi madre se puso de parto en Pradollano, en medio de la nieve, y decidió que mi nombre tenía que estar relacionado con ese momento. Y así fue como me pusieron el nombre.

Rohan escuchó atento, sin interrumpirla. Tras un momento, ella le devolvió la pregunta.

—¿Y qué significa Rohan? —preguntó, curiosa por saber el origen de su nombre.

Rohan sonrió ligeramente antes de responder, consciente de que su historia probablemente sería tan peculiar como la suya.

—Rohan es el nombre de un reino del mundo fantástico de El Señor de los Anillos, de J.R.R. Tolkien. Mi madre es una gran fanática de esos libros y, cuando nací, decidió que sería un nombre perfecto para su hijo. —confesó sin ningún tipo de vergüenza—. Pero no, no tengo

hermanos que se llamen Frodo o Gandalf —añadió con una risa.

Nevada no pudo evitar sonreír al ver esa imagen. Luego, su curiosidad la llevó a preguntar.

—Entonces, ¿eres hijo único?

Rohan asintió con un gesto serio.

—Sí, soy hijo único. Mi madre no pudo tener más hijos —dijo con un tono que denotaba cierta nostalgia, aunque no profundizó más en el tema.

Nevada lo observó con atención antes de que él le hiciera la pregunta.

—No, no soy hija única. Tengo una hermana pequeña. Se llama Rosa.

Rohan asintió, notando que cada palabra que ella decía parecía desvelar una nueva capa de su vida. Era evidente que, aunque su conversación era ligera, estaban tratando temas personales que a veces resultaban difíciles de compartir.

Tras un rato, terminaron las bebidas y Rohan, rompiendo el silencio, le lanzó una pregunta.

—¿Me invitarás a quedarme un rato más? —Su tono no era exigente, sino una especie de sugerencia juguetona.

Nevada no lo pensó demasiado y respondió sin rodeos.

—No —fue la única palabra que salió de su boca, clara y tajante.

Rohan la miró, aunque no parecía molesto. Sonrió, como si ya estuviera acostumbrado a sus respuestas directas.

—Lo seguiré intentando —le dijo con un aire desafiante, como si aceptara el reto sin cuestionarlo.

Nevada lo miró y sintió que algo en su interior se agitaba. Aunque no lo admitiera, había algo en él que no podía ignorar. Pero, por el momento, prefería mantenerse firme.

***

Nevada estaba en la cama, con el pijama cómodo y el pelo aun ligeramente húmedo, pero no podía apartar los pensamientos de Rohan. La noche había transcurrido de una manera inesperada, más allá de lo que había planeado. Había algo en su mirada y en la manera en que la había tratado que la había desconcertado. No se trataba solo de su atractivo físico, sino de algo más profundo que parecía estar relacionado con un misterio del que aún no lograba comprender todos los detalles.

Se preguntaba qué era lo que Rohan había visto en ella, ¿qué le atraía de una mujer tan diferente a él? La distancia entre ellos era evidente: sus orígenes, sus mundos, incluso sus gustos. Él provenía de un entorno conservador y elegante, y ella... ella era una mujer vibrante y llena de energía que había luchado por estar donde estaba. ¿Qué los unía? Era un enigma para ella, algo que no podía comprender del todo.

Sin embargo, sentía un tirón en su interior. Algo que le hacía latir el corazón más rápido cuando pensaba en cómo la miraba, en cómo le hablaba, en la sinceridad que parecía emanar de cada una de sus palabras. —No puede ser —pensó. No podía ser que, a pesar de sus años de lucha y sacrificio, y de tener muy claro lo que quería de la vida, algo tan insignificante como la mirada de un hombre fuera a hacerla tambalearse.

Porque había sido muy clara consigo misma durante todos estos años. Desde que llegó a Inglaterra, su objetivo había sido claro: adquirir experiencia, ganar dinero y, lo más importante, marcharse a Estados Unidos. Los sentimientos, las relaciones... todo eso estaba fuera de su alcance, o al menos eso pensaba. No podía arriesgarse a perder de vista sus objetivos. No podía permitir que un romance o un sentimiento complicara lo que había trabajado tanto para construir.

Sin embargo, ahora que pensaba en Rohan, se daba cuenta de que sentía algo más. Y lo peor de todo era que no lo había planeado, no quería sentir eso. Pero estaba ahí, invadiendo sus pensamientos de una manera que no podía controlar. Le gustaba, sí. Le gustaba de verdad. Y, por primera vez en mucho tiempo, se daba cuenta de que sus emociones le estaban jugando una mala pasada.

Nevada se dio la vuelta en la cama, abrazándose a la almohada, pero su mente no paraba de dar vueltas, repasando cada detalle de la noche: su sonrisa, su voz, esa manera tan especial que tenía de mirarla. Era como si no pudiera dejar de pensar en él, como si su presencia la hubiera marcado de una forma que no comprendía.

«¿Qué hago ahora?» se preguntó. Pensó en los últimos seis años de su vida, los que había pasado en Inglaterra, sin dejarse llevar por nada ni por nadie, manteniendo siempre los pies en el suelo. Había sido suficiente para lograr lo que quería, pero ahora... ahora sentía que todo eso podía estar en peligro.

Nevada suspiró profundamente y cerró los ojos, tratando de silenciar los pensamientos que la atormentaban. «No puedo dejar que esto me afecte», pensó, aunque en el fondo sabía que era más fácil decirlo que hacerlo. «Tengo que mantenerme firme», se repitió, aunque no estaba segura de si su propia voz la convencería.

A medida que la oscuridad de la noche la envolvía, Nevada se dio cuenta de que la lucha que mantenía en su interior no solo tenía que ver con sus objetivos, sino también con quién estaba dispuesta a ser. ¿Seguiría siendo la mujer enfocada en su carrera, sin espacio para el amor? ¿O se permitiría, por primera vez, sentir algo por alguien que parecía tener todo lo que ella siempre había evitado? La respuesta no estaba clara, pero, por primera vez, ella misma no estaba tan segura de lo que quería.

CAPITULO 10

Los días en la oficina se le hicieron monótonos a Nevada. Nunca antes había experimentado esta sensación, pero ahora, por primera vez, notaba que las tareas diarias carecían de interés. No era el trabajo en sí lo que la aburría, sino que su mente parecía estar atrapada en otro lugar, constantemente pensando en un nombre: Rohan. Durante el día, entre reuniones y proyectos, su mente se escapaba a esos momentos que había compartido con él, a esa mirada que lo decía todo sin necesidad de palabras, a la forma en que su presencia la había cautivado.

Nevada lo sabía. Ese distanciamiento de su objetivo, esa falta de atención a sus metas, era consecuencia de él. Tenía que hacer algo al respecto. Había sido lo suficientemente fuerte para mantener el enfoque en sus planes durante años y no iba a permitir que un hombre pusiera en peligro todo lo que había construido. Pero, al mismo tiempo, no podía negar lo que sentía. Rohan no solo la había atraído, sino que también le había hecho cuestionar todo lo que había dado por sentado.

Una tarde, cuando la monotonía del trabajo se hizo aún más evidente, Nevada abrió el cajón de su escritorio y sacó la tarjeta de Rohan que venía con el primer ramo de flores que él le había enviado. Estaba allí, como un recordatorio constante de la batalla interna que estaba librando. Miró el número impreso y, sin pensarlo más, marcó el teléfono. El tono de la llamada se alargó durante unos segundos antes de que la voz de él llegara al otro lado de la línea.

—Hola, Nevada —dijo Rohan con esa calma que siempre la desarmaba, su voz profunda y segura—. Me sorprende tu llamada.

¿Cómo sabía que era ella si no había dicho nada? Nevada no sabía bien qué decir, pero finalmente se decidió.

—Quiero verte —dijo, sin rodeos.

Hubo una pequeña pausa al otro lado de la línea y, luego, él respondió con una sonrisa perceptible en la voz.

—Perfecto. Nos vemos a las ocho en The Velvet Room. Es un lugar tranquilo, perfecto para hablar sin interrupciones.

Nevada asintió, aunque él no pudiera verla. La cita estaba cerrada.

—Nos vemos entonces —respondió ella, intentando parecer lo más indiferente posible.

Colgó el teléfono, sintiendo una extraña mezcla de nerviosismo y determinación. Sabía que no podía dejarse llevar por esa sensación, pero también entendía que no podía ignorar la atracción que sentía. Algo dentro de ella la impulsaba a ver hasta dónde podría llegar. Ya había tomado una decisión y ahora debía enfrentarse a las consecuencias.

Mercedes, que la había estado observando con su típica sonrisa traviesa, se acercó a ella en cuanto terminó la llamada.

—¿Qué has hecho? —preguntó con picardía, sabiendo de sobra lo que acababa de suceder.

Nevada, sin inmutarse, la miró y encogió los hombros.

—Nada —dijo con una sonrisa inocente.

Mercedes la miró fijamente, pero Nevada sabía que no conseguiría nada. Tenía que ser discreta, no quería que nadie supiera demasiado sobre sus pensamientos o sus decisiones. Aunque en el fondo sabía que Mercedes no dejaría de indagar hasta descubrir todos los detalles.

—Está bien, lo descubriré de todas formas —añadió Mercedes, antes de alejarse con una sonrisa cómplice.

Nevada suspiró, mirando nuevamente su teléfono, y pensó que tal vez en ese momento no importaba tanto mantener su vida bajo control. Lo que realmente importaba era descubrir qué significaba Rohan para ella.

***

La noche había caído sobre Londres con suavidad y Nevada estaba nerviosa sin querer. Había aceptado la invitación, pero no podía dejar de pensar en la excusa de «un simple encuentro» y en el ardor de la atracción que sentía por él. Rohan la esperaba en una mesa apartada, con la vista del restaurante perfectamente iluminada por los reflejos de las luces de la ciudad en los cristales.

Él la saludó con una sonrisa segura y se levantó a recibirla como un caballero. Todo en él era impecable: el gesto, el porte... Nevada trató de mantener la compostura, pero su manera de mirarla la desarmaba por completo. Era como si estuviera tratando de leerla, de desnudarla sin tocarla.

—Qué alegría verte —dijo él, mientras tomaba su abrigo y lo dejaba en la silla.

Ella se sentó.

—Lo mismo digo —respondió ella, sintiendo una pequeña corriente eléctrica al estar tan cerca de él—. Veo que te gusta el champán —le dijo al ver la copa de él medio llena.

Rohan sonrió de nuevo, con un brillo travieso en los ojos.

—Sí, pero si no te gusta, elegiré para ti lo que desees —respondió él con un tono bajo y deliberadamente sugerente.

Nevada se acomodó en la silla, agradecida por el gesto, pero tratando de no dejarse llevar por las tensiones que parecían acumularse entre ellos.

—Me gusta el champán, y no me importa si es de importación o si lo traen desde una bodega en la campiña inglesa —comentó ella, juguetona, mientras miraba el vino que le traían —. Lo que importa es que esté fresco, y me lo tomaré con gusto.

—Ah, querida Nevada, no te engañes —dijo él, acercándole una copa que el camarero ya había llenado con discreción—. Este champán tiene mucha más historia y carácter.

Nevada levantó su copa y lo miró directamente a los ojos, disfrutando de la chispa de la conversación.

—Carácter, dices —dijo ella con una sonrisa traviesa—. Si el champán tiene carácter, me pregunto qué tendrá el hombre que lo eligió.

Rohan sonrió suavemente, apreciando el juego de palabras que ella proponía.

—Tengo que confesar que no soy tan fácil de descifrar como el champán —contestó con voz grave y ligeramente provocativa.

Ella arqueó una ceja, disfrutando del desafío que le planteaba.

—Oh, lo sé, no eres fácil. Pero eso es parte de tu encanto, ¿verdad? El misterio. Ese misterio que nunca me deja saber si realmente te intereso o si solo estás jugando —dijo ella, dejando la última palabra en el aire, como una invitación a continuar.

—Jugar... —murmuró él, acercándose un poco más—. No, no estoy jugando. Pero a veces me gusta ver cómo te enredas en tu propio encanto.

Nevada lo miró fijamente, desafiándolo con la mirada, pero algo dentro de ella le decía que tal vez tenía razón. Siempre había sido buena manteniendo las distancias, pero con él, la frontera entre una simple conversación y algo mucho más complicado parecía difuminarse.

—¿Tú crees que estoy enredada? —le preguntó, bajando un poco la mirada hacia su copa antes de darle un pequeño sorbo.

—Te adivino, Nevada —respondió él, siempre calmado, pero con un leve toque de picardía—. Y creo que este juego no te molesta.

Ella sonrió, algo más relajada, mientras acariciaba el borde de su copa con las manos.

—Es un buen juego —reconoció—. Pero, como todo juego, llega un momento en que tiene que terminar.

La conversación continuó durante un rato, siendo ligera, chispeante y divertida. Ambos disfrutaron de la velada, pero eran conscientes de que, si bien la compañía era un factor importante, lo que realmente los mantenía juntos en ese momento era la atracción latente que se estaba gestando entre ellos, cada vez más intensa.

Después de cenar, él se ofreció a acompañarla. Ninguno de los dos quería que la noche terminara así, y poco tiempo después estaban en el taxi de camino al apartamento de Nevada. La tensión entre ellos había aumentado y, mientras avanzaba el taxi, las palabras parecían innecesarias.

Cuando llegaron a su puerta, Nevada se detuvo por un segundo, mirando a Rohan, como si la decisión de invitarlo a entrar fuese un paso irreversible.

—¿Quieres pasar? —preguntó ella, su voz estaba suavemente cargada de algo más que cortesía.

Rohan, con su seguridad habitual, asintió sin decir una palabra. Solo dio un gesto con la mano y esbozó una sonrisa.

Una vez dentro, el ambiente cambió al instante. La puerta se cerró suavemente y el sonido de la ciudad se desvaneció como un eco lejano. En su lugar, un silencio denso y eléctrico los envolvió. El aire, ligeramente impregnado del suave perfume de Nevada, parecía temblar entre ellos, y por un momento ninguno de los dos habló.

El contacto fue inevitable, como si todo hubiera llevado a ese momento. Él avanzó hacia ella sin prisa, pero con una determinación silenciosa. Sus dedos rozaron la mano de ella al pasar, un toque ligero, pero lo suficientemente intenso como para hacerla estremecerse. Ella, incapaz de resistirse, levantó la vista y se encontró con los de Rohan. En sus pupilas brillaba una mezcla de deseo y admiración, como si estuviera descifrándola en ese preciso momento, como si cada centímetro de su ser desease conocerla más a fondo, más íntimamente.

Sin mediar palabra, Rohan se acercó más y tocó su rostro primero con suavidad y luego con más firmeza, como si quisiera asegurarse de que no se desvaneciera. Los dedos de ella temblaron ligeramente cuando su piel entró en contacto con la de él. Ella cerró los ojos por un segundo, dándose el lujo de sentir el calor de su presencia. Cuando los abrió nuevamente, la mirada de él era intensa, como si estuviera buscando algo en su interior.

De repente, como si ya no pudieran soportar la tensión que los rodeaba, se acercaron aún más. Rohan la tomó suavemente de la cintura y, con un movimiento fluido, sus cuerpos se unieron, cediendo a una atracción que ya no podían ignorar. La suavidad de sus caricias contrastaba con la firmeza de sus manos, y en ese contraste, en esa danza silenciosa, comenzaron a moverse como si hubieran estado esperando ese momento toda la noche.

Él la rodeó con sus brazos, tirando suavemente de ella hacia sí, como si fuera natural, como si no existiera nada más en el mundo que el deseo de estar cerca. Nevada respondió de inmediato, sin dudar, presionando su cuerpo contra el de él en busca de una cercanía que iba más allá de la simple necesidad física. Su respiración se entrelazó con la suya, más rápida y profunda, mientras la tensión crecía entre ellos. Cada roce, cada toque, parecía hablar más que las palabras que nunca se dijeron.

Rohan era un caballero en cada gesto. Su forma de tocarla, de guiarla hacia él, de mantener la calma mientras la deseaba, mostraba el respeto que aún sentía hacia ella, a pesar de lo evidente de su deseo. No la apresuró ni la presionó, simplemente se dejó llevar por la corriente de su conexión, sabiendo que, por una vez, no necesitaban apresurarse. En cambio, ella, más

impetuosa, respondió con la pasión que hasta entonces había mantenido cuidadosamente guardada. Cada beso, cada toque, era más intenso, más ardiente. Se entregó a él sin reservas ni miedo, como si finalmente estuviera dejando ir una parte de sí misma que había estado reprimida durante mucho tiempo.

La habitación se llenó de un calor palpable. Las manos de Rohan exploraban su piel con la suavidad de quien aprecia cada rincón y cada detalle. Ella, por su parte, lo tocaba con una necesidad visceral, como si quisiera sentirlo en su totalidad. Los gestos de ambos fluían con una sincronización natural, como si no hubiera barreras entre ellos. Cada beso era un lenguaje sin palabras, cada caricia una promesa compartida.

En medio de la pasión, Nevada pudo sentir la delicadeza con la que él trataba cada parte de su cuerpo, un contraste cautivador con el deseo ardiente que la inundaba. Él, consciente de cada movimiento de ella, se adaptaba a su ritmo, respetando sus reacciones y, al mismo tiempo, guiándola hacia un lugar más profundo e intenso. La suavidad de sus caricias y la firmeza de su abrazo se entrelazaban, creando una combinación única de ternura y pasión.

Y, mientras todo eso sucedía, la sensación de que algo había cambiado entre ellos se hizo aún más intensa. Aquella tensión contenida, aquella fuerza invisible que los había mantenido separados durante tanto tiempo, finalmente se liberó, dando paso a algo nuevo, algo más complejo que el simple deseo. Era una conexión que trascendía lo físico, una sensación de pertenencia compartida.

Cuando finalmente se separaron, el silencio en la habitación era denso, pero agradable. Ambos respiraban con pesadez, como si hubieran estado conteniendo todo lo que sentían hasta ese momento, igual que el aire. Rohan la miró a los ojos con una ligera sonrisa, buscando algo más en su rostro.

—¿Qué tal? —preguntó él con suavidad, sin presionar, simplemente buscando la respuesta que ya sabía que estaba allí, en su mirada.

Nevada, con una sonrisa genuina, se acercó un poco más a él. No necesitaba decir nada, porque sus ojos lo expresaban todo. Pero, en lugar de palabras, su respuesta fue un simple suspiro, una risa suave que salió de su garganta antes de que pudiera detenerla. Una risa que expresaba alivio, satisfacción y, sobre todo, la sorpresa de haberse entregado de esa manera.

Así, en silencio, disfrutaron de ese momento, relajados, sintiendo crecer la conexión entre ellos. Sin embargo, mientras la paz se asentaba en el aire, Rohan rompió la quietud con su tono más tranquilo y cálido.

Cuando finalmente se recostaron, agotados pero satisfechos, el aire entre ellos aún vibraba con una intensidad palpable. Rohan, recostado a su lado, rompió el silencio.

—¿Te gustaría viajar conmigo? —preguntó él, con la voz grave y tranquila—. A Suiza, el próximo fin de semana. Hay un lugar que quiero que veas.

Nevada lo miró, sorprendida por la propuesta. Sabía que algo así no podía ser tan simple como un viaje, pero aún tenía en mente sus propios objetivos.

—No puedo —respondió con sinceridad—. Estoy en medio de un proyecto importante.

Él asintió, como si ya lo supiera, pero no disminuyó la intensidad de su mirada.

—Entonces, ¿te gustaría seguir viéndome? —preguntó él, suavemente, sin insistir.

Nevada sonrió, un tanto melancólica, y asintió.

—Sí, pero tendrás que tener paciencia. No puedo permitir que todo se descontrole.

Rohan la miró, una chispa de entendimiento y deseo en sus ojos. Luego, sonrió. Sabía que este era solo el comienzo de algo más, algo que, de alguna forma, cambiaría todo lo que ella había planeado.

—La tendré —dijo, y con esa promesa, el capítulo de esa noche llegó a su fin.

CAPÍTULO 11

Nevada estaba en su escritorio, absorta en el informe que estaba preparando para una reunión, cuando sonó el teléfono. Al ver el identificador de llamada, sonrió de inmediato: era su madre.

—Hola, mamá, ¿qué tal? —respondió, dispuesta a escuchar las novedades de su familia.

La voz de su madre sonó algo preocupada, lo que hizo levantar la ceja a Nevada.

—Nevada, cariño, te llamo porque tengo un par de cosas que contarte. La primera es que tu hermana Rosa ha decidido dejar la ONG. No le gusta lo que está pasando allí, así que ha decidido tomarse un tiempo. Se va de viaje por Europa para «encontrarse a sí misma» —dijo su madre, aunque parecía que no estaba muy convencida de la decisión—. Dice que necesita hacer un alto en el camino.

Nevada se quedó en silencio por un momento, sorprendida, pero también resignada. Rosa siempre había sido algo impulsiva, así que no le extrañaba su decisión, aunque le preocupaba un poco.

—¿Europa? —repitió, intentando no mostrarse demasiado sorprendida esta vez—. ¿Para encontrarse a sí misma? Bueno, supongo que es su forma de hacer frente a las cosas.

—Sí, es lo que ha decidido. En fin, lo que más me preocupa es que... —La voz de su madre se volvió más suave—. Tu tío Antonio, el hermano de tu padre, va a venir de Argentina para Navidad. Estará en Granada para entonces, aunque aún faltan dos meses. Quiero que hagas lo posible para que tus vacaciones coincidan con su llegada. Es importante, Nevada, quiero que lo pases con tu familia.

Nevada asintió, aunque en su mente ya estaban surgiendo las complicaciones que supondría organizar el viaje, tanto a nivel profesional como personal.

—Claro, mamá. Haré lo posible para estar allí para Navidad, no te preocupes. Lo tendré en cuenta.

La conversación continuó con algunos detalles familiares más, pero la última parte le quedó dando vueltas en la cabeza. Se acercaba la Navidad y, entre su vida profesional y las exigencias de la familia, tenía que empezar a planificar.

A media tarde, cuando Nevada estaba a punto de salir de la oficina para asistir a una reunión rápida, su jefe apareció en su despacho sin previo aviso. No solía hacer visitas inesperadas, así que ella supo al instante que algo iba a cambiar.

—Nevada, tengo buenas noticias —dijo él, entrando con su habitual tono de seriedad.

Nevada levantó la mirada y sonrió cautelosamente.

—¿Más proyectos? ¿Algo que me mantendrá ocupada durante semanas? —bromeó, consciente de que su jefe siempre tenía algún gran proyecto entre manos.

—Exactamente. Hay un nuevo proyecto en Cornualles —dijo, satisfecho—. Será bastante grande y, con suerte, te mandaré allí para supervisarlo. Probablemente necesites estar unas semanas, así que no quiero que te sorprenda cuando te llame para confirmarlo.

Nevada ya se estaba preparando mentalmente para la carga que esto implicaría, pero no pudo evitar soltar una pequeña risa irónica.

—Ah, ¿más Cornualles? —dijo con una sonrisa astuta—. Ya sabía que no iba a ser la última vez que me enviaras allí. De todas formas, estaré lista. Pero antes, como bien sabrás, necesito hacer una parada obligatoria en España para unas vacaciones familiares. Las mujeres de la

familia no se ven todos los días.

El jefe la miró con una expresión algo desconcertada, como si no terminara de entender el sarcasmo, pero también con la conocida amabilidad con la que aprecia a su equipo.

—Ah, sí, claro, unas vacaciones. Haremos lo que sea necesario. Solo no te olvides de que el proyecto es lo primero —respondió con una sonrisa que rozaba lo amable, aunque se notaba que ya estaba planeando la forma de hacerle la vida imposible durante su estancia en Cornualles.

Nevada asintió y sonrió, consciente de que su jefe siempre había sido un tanto irónico, pero también un gran amante de los plazos ajustados y las tareas por hacer.

—No te preocupes, ya me las apañaré. Te prometo que volveré a tiempo para todo lo importante. Aunque no sé si sobreviviré al «encanto» de las costas de Cornualles...», dijo con tono juguetón mientras lo veía salir por la puerta, dejando atrás la sombra de una nueva carga de trabajo.

El resto de la tarde la pasó con llamadas de teléfono. Exigencias de algunos trabajos ya acabados, y la cena con Gladys, su gato, y su interminable cháchara que le hacía olvidar los problemas de la oficina.

***

El día comenzó como cualquier otro, pero Nevada pronto se dio cuenta de que las cosas no serían normales. Al llegar a la oficina, recibió una llamada de Gladys, su casera, que sonaba un poco apagada y preocupada.

—Nevada, cariño, no me siento bien... Creo que tengo catarro. No sé si podré levantarme de la cama hoy.

Nevada se quedó un tanto extrañada porque habían cenado juntas la noche anterior. Inmediatamente preocupada, decidió pedir el día libre para poder cuidar de Gladys. La idea de que la mujer que la había acogido en Londres, a quien consideraba una tía cariñosa, estuviera sola y enferma la inquietaba profundamente.

Con un par de excusas bien argumentadas a su jefe, Nevada se apresuró a ir a casa de Gladys. Cuando llegó, la encontró acurrucada en su sillón favorito, con una manta de lana sobre los hombros, bebiendo un té con leche tibio, casi frío. Su rostro, normalmente lleno de vitalidad, ahora mostraba señales de cansancio y dolor.

—¿Cómo te encuentras, Gladys? —preguntó Nevada, arrodillándose junto a ella y acariciando su brazo con suavidad.

—Oh, Nevada... No muy bien —respondió Gladys con una pequeña sonrisa, aunque su voz no tenía la energía de siempre—. Creía que estaba un poco cansada, pero no, ya sabes.

Nevada se sentó a su lado y Gladys tomó un sorbo de su té, mirando al frente con aire pensativo.

—¿Sabías que...? —empezó a decir, y luego se detuvo como si estuviera recopilando sus pensamientos—. Mi marido, Peter, murió durante la Segunda Guerra Mundial. Luchaba en Bastoña. Fue un invierno muy duro y yo, que era joven y recién casada, tuve que quedarme sola.

Nevada la miró sorprendida, aunque sabía que Gladys había pasado muchos momentos de soledad.

—Siempre he lamentado no haber tenido hijos. Peter y yo éramos hijos únicos y nuestra familia nunca creció. Es extraño vivir así, tan sola. Pero tú llegaste a mi vida y la llenaste de luz y alegría. Estoy muy agradecida de tenerte aquí.

Nevada no pudo evitar que se le hiciera un nudo en el pecho al escuchar esas palabras. Sabía que Gladys había sido una mujer muy fuerte, pero también muy vulnerable, y todo eso la conmovió profundamente.

Sin pensarlo, se acercó a ella, la abrazó con ternura y susurró:

—Me encanta cuidarte, Gladys. Me haces sentir como si estuviera en casa. Me recuerdas mucho a mi tía de Juviles.

Gladys, con una cálida y nostálgica sonrisa, le acarició el cabello y se acomodó mejor en el sillón, como si la cercanía de Nevada le trajera consuelo.

—¿Juviles? —preguntó Gladys, riendo suavemente—. Qué nombre más encantador. ¿Es otro de esos pueblos de los que hablas tanto?

Nevada sonrió al escucharla. La manera en que Gladys le hablaba de esos pequeños detalles le hacía sentir una especie de conexión especial con su propia tierra, con sus raíces.

—Sí, es un pequeño pueblo en la Alpujarra, cerca de Granada. Tiene apenas 134 habitantes, pero es un lugar lleno de encanto. Hay dos bares que dan vida a las calles, especialmente en invierno, cuando el aire frío llega de las montañas. La gente se reúne allí para contar historias y compartir risas y café. Es una de esas comunidades donde todos se conocen, como una gran familia.

Gladys la miró con ojos brillantes y la curiosidad pintada en el rostro.

—Debería ir allí algún día, ¿sabes? —dijo Gladys con un brillo en la mirada, como si en ese momento se pudiera ver en su mente el paisaje nevado de la Alpujarra—. Me gustaría ver esos lugares de los que siempre me hablas, porque percibo el cariño que desprenden tus palabras. Me gustaría saber cómo se siente uno en un lugar así.

Nevada se quedó en silencio por un momento, pensando en lo que acababa de decir. Los pequeños pueblos, las calles tranquilas y la gente que siempre te saludaba con una sonrisa, habían sido su refugio.

—Un día te llevaré, Gladys. Te prometo que conocerás Juviles y todos esos rincones que me gustan tanto. Tal vez encontremos una buena taberna donde sentarnos a tomar un café mientras te cuento más historias de esos pueblos que para mí son tan especiales.

Gladys asintió lentamente y, por fin, mostró un rostro más relajado, como si el dolor y la preocupación que sentía se disiparan con las palabras de Nevada.

—Me encantaría, querida. Te lo agradezco mucho. Mientras tanto, me basta con saber que, aunque esté lejos de mi familia, tengo a alguien tan especial a mi lado.

Nevada sonrió y asintió, apretando suavemente la mano de Gladys, consciente de que, aunque sus vidas fueran muy distintas, había algo en esa conexión que hacía que todo pareciera más fácil. Cuando la vio dormitar, se levantó para prepararle un buen caldo de pollo. Ella siempre tenía cascarones de pollo en el congelador. Junto con el caldo, también le prepararía esas croquetas de jamón que tanto le gustaban. Se puso manos a la obra con tatareando una canción.

CAPÍTULO 12

Los encuentros entre Rohan y Nevada se habían vuelto casi una rutina, pero no una rutina aburrida. Cada uno de ellos era diferente y especial, y cada vez la dejaba más enganchada. Aunque había intentado mantener sus sentimientos a raya, la conexión entre ellos era innegable. Había algo en su forma de mirarla, en su comportamiento, que la hacía sentirse viva de una manera que no había experimentado antes. Todo aquello que había sido solo un juego de palabras y caricias ahora parecía estar evolucionando, pero Nevada intentaba no dejarse atrapar demasiado. Sabía que no debía permitir que nada ni nadie se interpusiera en sus planes.

Pero la vida, como siempre, tenía otros planes.

El día comenzó como cualquier otro, pero la llamada de su jefe a media mañana dejó claro que algo iba a cambiar. Nevada estaba sentada en su escritorio, con una taza de café medio vacía a un lado, cuando su teléfono vibró. Era su jefe. No era una llamada de cortesía, sino la llamada de alguien que tenía algo importante (y probablemente desagradable) que decir.

—Nevada, ¿puedes venir a mi oficina? —la voz de Dom sonaba más autoritaria de lo normal, como si estuviera a punto de pedirle algo que no le gustaría.

Nevada suspiró, se levantó sin dejar de mirar el informe en su pantalla y se dirigió a la oficina de Cole con pasos tranquilos pero decididos. Entró y cerró la puerta con suavidad, sabiendo que no sería una conversación fácil.

—Sí, Dom —dijo, apoyándose ligeramente contra la mesa de su jefe, con esa actitud de quien ya sabe lo que va a pasar, pero quiere escuchar de todos modos.

Cole la miró desde su escritorio, con la misma expresión fría de siempre, y le lanzó la bomba.

—Necesito que aceptes el encargo de la campaña de marketing de una empresa con la que no quiero tener nada que ver. —Ella lo miró con una ceja alzada—. Es Whippersnapper Corporatión.

El rostro de Nevada mostró lo que esa información le parecía.

—¿Te refieres a esa empresa de jóvenes sin experiencia que son demasiado confiados y quizás un poco impertinentes?

—Sí —respondió directo, y como ella iba a decir algo, él la interrumpió—. Pero, como ya sabes, esto es parte del trabajo.

—Esa empresa es perfecta en egocéntricos malcriados que no dejan de interferir y de corregir a los verdaderos profesionales.

—Es una campaña difícil, lo sé.

—No nos interesa en absoluto —afirmó Nevada—. Sobre todo teniendo a Jeff Morrison como director —continuó ella.

—Si alguien puede controlar a Jeff Morrison eres tú —le dijo el jefe.

—¡No dejaré que un cantamañanas que cree saberlo todo, me diga lo que tengo que hacer! Mi respuesta es no.

—Soy consciente de que no nos interesa, pero necesito que lo hagas. De lo contrario... —se encogió de hombros, como si ya tuviera la respuesta.

Nevada lo miró, sabiendo que no iba a dejar pasar fácilmente esta conversación. Le encantaba su trabajo, pero su jefe tenía una forma de manipular que realmente la sacaba de quicio.

—¿Me estás dando una orden o es una sugerencia disfrazada de amenaza? —dijo con una sonrisa ladeada, cruzando los brazos sobre el pecho.

Cole levantó una ceja, claramente sorprendido por esa respuesta tan directa.

—No sé a qué te refieres, Nevada —respondió, aunque su tono ya denotaba que sabía exactamente de qué hablaba.

—Oh, vamos —contestó ella, acercándose un paso—. Sabes perfectamente que, si no acepto, lo siguiente será amenazarme con el despido, ¿verdad? Pero también sabes que no voy a permitir que me hagas sentir culpable por no querer trabajar en una empresa que no cumple nuestros estándares. —Le mostró una sonrisa que denotaba su confianza—. Te conozco, Dom. Sé cómo juegas tus cartas.

Cole vaciló por un momento, pero luego enderezó su espalda y recuperó su tono de mando.

—No me hagas perder el tiempo, Nevada. Este encargo es importante y sabes que en este negocio no hay cabida para caprichos. —Hizo una pausa, evaluándola—. Así que o lo aceptas, o me veré obligado a ofrecerte otro tipo de negociació.

Nevada se cruzó de brazos con más firmeza, desafiándolo.

—Ah, claro, porque no hay nada como intimidar a tus empleados para que trabajen en proyectos que ni siquiera te gustan o son interesantes para la compañía. —Su voz denotaba sarcasmo—. ¿Sabes qué? Voy a aceptar el encargo, pero si me vas a despedir por no querer involucrarme en algo que no me interesa, no olvides que tengo suficientes bazas como para que no sea un simple despido. Y no quiero que lleguemos a eso, Dom, de verdad que no.

Dom Cole la observó durante unos segundos y, por un momento, pareció que la situación iba a empeorar. Pero, al final, como siempre, fue él quien cedió.

—De acuerdo, de acuerdo. Aceptas el encargo, pero si sale mal, será mi responsabilidad y solo mía.

Nevada sonrió con suficiencia, casi desbordando ironía.

—Perfecto, Dom. Te aseguro que no saldrá mal. El único problema es que tú y yo estamos en campos opuestos, y tú ya lo sabes.

Con esa aceptación de su jefe, Nevada dio media vuelta y salió de la oficina, dejando atrás a un Cole que, por primera vez en mucho tiempo, no sabía si había ganado o perdido la batalla.

Nevada se sintió liberada al salir de la sala, como si hubiese logrado una pequeña victoria personal. Aunque el encargo fuera un reto, no podía permitir que su jefe la presionara de esa manera. Y, aunque todo parecía estar a punto de complicarse, sabía que era la persona más indicada para resolverlo.

Lo que no esperaba era cómo, con cada día que pasaba, la tensión con Rohan iba ganando terreno en su mente. ¿Podría equilibrar todo esto y mantener intacta su independencia emocional?

***

La boda de Clare y Andrew fue un evento elegante y encantador. El sol de la tarde se filtraba a través de las grandes ventanas de la iglesia, creando un juego de luces doradas que iluminaban el interior suavemente. Nevada, que había sido la organizadora de todo, se sintió algo nerviosa al principio, pero la presencia de Rohan a su lado la tranquilizó. Le sorprendió lo mucho que él disfrutaba de los eventos sociales, algo que, en su opinión, habían reservado solo para aquellos con una vida más tradicional. Pero ahí estaba él, charlando con la gente, riendo y bromeando con los amigos más cercanos de Clare.

La iglesia, decorada con flores blancas y rosas pálidas, irradiaba romanticismo. El aroma a flores frescas llenaba el aire, mientras los invitados se acomodaban en los bancos: algunos con la mirada fija en la pareja que se estaba uniendo en matrimonio y otros simplemente disfrutando del ambiente. Clare estaba deslumbrante, con un vestido de encaje que le caía suavemente sobre los hombros, mientras Andrew, con un impecable traje, la miraba con una sonrisa tan grande que parecía imposible que alguien pudiera ser más feliz en ese momento.

Nevada observó la ceremonia con una ligera sonrisa en los labios, pero su mente seguía dividida entre la celebración y los pensamientos sobre Rohan, quien parecía disfrutar de todo a su alrededor. De alguna manera, verlo tan integrado en el ambiente la hizo sentirse más tranquila. Y, para su sorpresa, él parecía genuinamente interesado en sus amigos, preguntando por sus vidas, sus intereses y, en ocasiones, haciendo preguntas tan curiosas que provocaban risas entre el grupo. La forma en que se relacionaba con ellos, sin presiones ni actitudes pretenciosas, le daba una imagen aún más atractiva.

Después de la ceremonia, el convite se celebró en un hermoso salón de banquetes, adornado con detalles sencillos pero elegantes: mesas redondas cubiertas con manteles de lino blanco, candelabros altos y un largo arreglo floral que adornaba la mesa principal. Los platos eran una delicadeza tras otra, cada uno más exquisito que el anterior. Los camareros servían champán mientras los invitados charlaban y disfrutaban de la buena comida, la música suave y las risas.

Nevada no pudo evitar sentirse como una observadora desde su mesa. Mientras las conversaciones fluían a su alrededor, ella intercambiaba miradas con Rohan, que parecía estar en su elemento: riendo y bromeando con personas que no conocía, pero a quienes parecía encantarles. Él había dejado de ser el hombre misterioso para convertirse en un miembro más de ese círculo tan cercano a ella. Y eso la desconcertaba aún más, porque ella nunca había permitido que algo tan casual como una boda se convirtiera en un evento en el que realmente se involucrara emocionalmente.

El momento más divertido llegó cuando Clare, con una sonrisa radiante, comenzó a lanzar el ramo de novia. Como tradición, todas las mujeres solteras se agruparon con entusiasmo detrás de ella, esperando que lanzara el ramo. La música cambió de tono y la sala se llenó de risas nerviosas, mientras todas las mujeres se posicionaban para intentar atraparlo.

Clare sonrió y, con un giro elegante, lanzó el ramo de flores hacia el aire. El ramo voló, suspendido en el aire durante unos segundos que parecieron eternos, hasta que finalmente cayó... y se posó delicadamente en las manos de Nevada, que, sorprendida por la suerte, lo sostuvo sin saber qué hacer.

Por un instante, todos la miraron esperando una reacción. En lugar de sonreír y quedar complacida con la situación, Nevada levantó las manos de manera espontánea y lanzó el ramo hacia el grupo de mujeres más cercanas, un gesto tan veloz y decidido que nadie tuvo tiempo de

detenerla. El ramo voló hacia las manos de otra invitada, que lo atrapó con una risa sorprendida. La sala estalló en risas y aplausos, mientras Clare, desde su lugar, lanzaba una mirada reprobadora hacia Nevada.

Rohan, que había estado observando la escena, soltó una risa baja.

—¿No querías ser la siguiente novia? —preguntó, con una sonrisa encantadora.

Nevada lo miró sin perder el ritmo de la diversión y le respondió en tono burlón:

—No tengo ganas ni energía para salir huyendo de otra boda: la mía.

—Tenía la idea de que eres una mujer tradicional.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Lo dices porque soy española, Andaluza? —le preguntó con un tono desconfiado—. No soy una mujer de tradiciones. Yo, cuando me lanzo, lo hago de forma definitiva.

Rohan se echó a reír, disfrutando del momento, mientras la atmósfera se relajaba y el resto de la boda continuaba con más baile, más risas y un ambiente de celebración que parecía no querer terminar nunca. A pesar de la emoción del evento y las bromas, algo había cambiado en la forma en que Nevada veía a Rohan, un cambio que ella misma no estaba dispuesta a admitir del todo, pero que comenzaba a calarle hondo.

La noche continuó con bailes, charlas animadas y la sensación de que todo lo que pasaba tenía un toque de ligereza, como si las tensiones de la vida diaria pudieran olvidarse por un momento. Nevada se dio cuenta de que, aunque todo parecía un juego, lo que sentía por él ya no era tan fácil de ignorar.

CAPÍTULO 13

Nevada comenzó a sentir un peso creciente sobre sus hombros que no lograba despejar. Durante las últimas semanas, todo parecía girar en torno a ella sin que pudiera controlarlo. Rohan estaba cada vez más presente en sus pensamientos, era un susurro constante en su mente, pero había algo que la inquietaba. No podía evitar pensar que algo no encajaba del todo en su relación con él. Ella misma se temía que estaba empezando a enamorarse de él, pero la realidad era que, por mucho que compartieran momentos intensos y divertidos, había algo que no lograba descifrar: la falta de apertura hacia su mundo y su vida fuera de esos encuentros clandestinos.

Nadie de su entorno la conocía. Nadie sabía nada de su vida, de su familia, de su historia. Todo lo que ella sabía sobre él lo había aprendido en fragmentos, en momentos aislados que él compartía con sutileza. Parecía que no quería permitirle entrar en su vida más allá de lo estrictamente necesario, como si guardara su mundo solo para él, un mundo herméticamente cerrado. Eso la desconcertaba, porque mientras él parecía abrirle su corazón en cada encuentro, ella sentía que él la mantenía a una distancia segura. No había sido así con otras personas de su vida, pero con él todo era diferente. Y no estaba segura de si esa distancia le agradaba o si se estaba convirtiendo en una barrera que no podía ignorar.

Al mismo tiempo, su jefe se mostraba cada vez más insistente y persistente. Las horas en la oficina se alargaban cada vez más, los proyectos se multiplicaban y el ambiente se volvía más tenso. Una mañana, cuando pensaba que todo había vuelto a la normalidad, el suelo se abrió bajo sus pies.

El director general le informó con una frialdad casi calculada que había vendido la empresa a una multinacional rusa. Nevada no se lo podía creer. El esfuerzo, los sacrificios y las interminables horas que había invertido en construir esa empresa se desvanecían como azúcar en el agua. Se sintió traicionada, como si todo su esfuerzo no hubiera servido de nada. A lo largo de los seis años que llevaba ahí, había trabajado incansablemente, había liderado equipos y había ganado el respeto de su personal, pero todo eso ahora parecía irse por el desagüe en una decisión tomada por el dueño, y por una suma de dinero desorbitada.

La noticia la golpeó como un martillo. Ni siquiera se molestó en disimular su enfado cuando se dirigió a la oficina del director general. La confrontación fue inevitable. No podía creer lo que estaba sucediendo. ¿Cómo habían podido tomar esa decisión sin consultarle? ¿Y qué significaba para su futuro en la empresa saber que la mitad de su vida profesional se había construido sobre una mentira?

—¿Mr Lancaster no había pensado en vender hasta que le ofrecieron una suma desorbitada de libras? —le preguntó con la voz temblando de indignación—. ¿Y qué pasa con el personal? ¿Qué será de ellos?

El director le dio una respuesta que aumentó aún más su frustración.

—La multinacional rusa desea que te quedes en la empresa. No te preocupes por el personal —le dijo con una calma irritante.

Nevada dejó escapar una risa amarga. No era solo el dinero lo que le preocupaba. Había formado un equipo con el que sentía un vínculo cercano, como si fueran una segunda familia. Cada miembro, desde el más joven hasta el más experimentado, confiaba en ella. Habían trabajado juntos para crear algo sólido, algo que representaba su esfuerzo y sus principios. Y ahora, al parecer, todo eso no valía nada frente a la oferta de una multinacional que solo veía

números.

—No quiero quedarme. Quiero saber qué pasará con el equipo que tanto nos ha costado formar —respondió, tratando de mantener la compostura, aunque su voz traicionaba la ira contenida.

El director no respondió de inmediato. La miró fijamente, como si ya hubiera decidido que su opinión no importaba.

—Eso está fuera de mi control —le dijo muy serio—. Los rusos desean mantenerte en el puesto, tú lo deseas también, ¿verdad? —le preguntó con tono casi despectivo.

Nevada lo miró fijamente. Sabía que no tenía mucho poder para cambiar la situación, pero al menos no iba a permitir que la trataran como si fuera una pieza más en un tablero de ajedrez. Estaba harta de que minimizaran su esfuerzo por el capricho de unos pocos.

—Eso no es todo lo que quiero. Quiero saber qué va a pasar con mi equipo y con las personas a las que he aprendido a querer y que están a mi cargo. Y, si eso no es importante, quizá deba buscar nuevas oportunidades.

Dom la miró durante unos segundos que parecieron eternos. Por fin, habló de nuevo, esta vez con un tono más bajo y menos desafiante.

—Lo único que puedo decirte es que sigas trabajando, Nevada. Haré todo lo que esté en mi mano para que conserves a tu equipo, pero el acuerdo está cerrado.

Con esas palabras terminó la conversación, pero Nevada sabía que no se quedaría de brazos cruzados. Estaba dispuesta a luchar por lo que había construido y por lo que había formado con su equipo. No sería fácil y no sabía cómo lo iba a hacer, pero no permitiría que todo se desmoronara tan fácilmente. Ahora, más que nunca, necesitaba recuperar el control de su vida.

Al salir de la oficina, aún con el sabor amargo de la discusión, vio que su móvil vibraba. Era un mensaje de Rohan. No sabía si debía contestar, si debía permitir que su mente se distrajera con algo tan frágil y desconocido. Pero, en ese momento, el caos de su vida profesional necesitaba un respiro. Quizás, aunque solo fuera por un rato, podría encontrar la paz en sus brazos.

Y aunque en su interior se estaba tambaleando, se dio cuenta de que también quería verlo y de que su vida personal comenzaba a ser tan importante como su carrera.

***

Las semanas posteriores a la venta de la empresa fueron un torbellino de decisiones y emociones encontradas. Nevada no pudo evitar sentir que todo su esfuerzo y todo lo que había construido se desmoronaba de la noche a la mañana. Su mundo profesional, que antes parecía tan sólido, ahora parecía de papel. Mientras luchaba con la nueva realidad que la rodeaba, recibió una oferta que parecía sacada de un sueño: un trabajo en Estados Unidos, la oportunidad que había anhelado durante años.

Era el tipo de oferta que muchas personas matarían por recibir, el tipo de trabajo que podía cambiarle la vida. La empresa que la había contactado era una de las más prestigiosas del sector y el puesto era exactamente lo que había estado buscando durante tanto tiempo. Sin embargo, había un problema: El puesto solo era para ella. No deseaban contratar a su equipo, a la gente con la que había trabajado codo con codo durante seis años. Sus colaboradores, su equipo, las personas que la habían apoyado en cada paso, quedaban fuera de la ecuación.

Nevada se debatió internamente durante días. ¿Qué debía hacer? ¿Aceptar el trabajo de sus sueños y dejar atrás a las personas que habían sido su familia en la oficina? ¿O rechazar la oferta y seguir luchando por algo que parecía desmoronarse con cada día que pasaba? Sabía que podría conseguir nuevas oportunidades y que el futuro aún tenía puertas que abrir, pero también sabía que la lealtad hacia su equipo y sus principios pesaban mucho más que cualquier título o salario. No podía dejarlos atrás. No de esa manera.

Finalmente, después de pensarlo mucho, decidió rechazar la oferta. No podía poner en peligro lo que para ella representaba la verdadera valía. Su éxito no podía conseguirse a costa de las personas que la habían acompañado hasta ese momento. El dolor que le produjo tomar esa decisión la dejó emocionalmente exhausta, y una tristeza profunda la envolvió como una manta pesada. No podía disimularlo. Su ánimo estaba decaído y, por más que intentaba ocultarlo, algo en su interior se había roto.

Rohan, por su parte, comenzó a notar el cambio. Durante los últimos días, había notado la distancia emocional de Nevada, algo que no podía explicarse fácilmente. Ella estaba callada, más pensativa de lo habitual, y a veces incluso se le escapaba un suspiro profundo que no hacía más que aumentar su preocupación. Nunca la había visto tan vulnerable ni tan perdida en sus propios pensamientos. Lo que más le preocupaba era que no hablaba con él de lo que la afectaba.

Una noche, después de una de sus cenas en su apartamento, la situación llegó a su punto álgido. Rohan no pudo más y le preguntó directamente.

—Nevada, ¿qué te pasa? —dijo con la voz suavizada por la preocupación y la frustración —. Te noto distante. No eres la misma desde hace un tiempo.

Nevada intentó evitar la pregunta, sonriendo de forma forzada, pero él no lo permitió.

—No me hagas esto, Nevada —insistió—. ¿Qué está pasando? Si hay algo que te preocupa, quiero saberlo.

Ella lo miró y, por un momento, le faltaron las palabras. La tristeza que sentía la embargaba y no sabía cómo explicárselo. Finalmente, se rindió, con un suspiro largo.

—Recibí una oferta de trabajo para ir a Estados Unidos. Era todo lo que siempre había querido... Pero hay un problema. No quieren contratar a mi equipo. —Las palabras salieron como un torrente. Sus ojos brillaban con frustración contenida—. ¿Cómo podría aceptarlo? Después de todo lo que hemos construido, ¿dejar atrás a la gente que he formado? No puedo hacerlo.

Rohan frunció el ceño, tomó una respiración profunda y respondió: Su tono era suave, pero

también denotaba exasperación.

—Entiendo que te preocupes por tu equipo. Es admirable lo leal que eres, pero ¿qué hay de tus sueños, de lo que quieres para ti? —dijo, acercándose un poco más y tratando de que lo mirara a los ojos—. No todo en la vida son sacrificios. Si aceptas este trabajo es por ti. Porque lo has trabajado y porque te lo mereces.

Nevada le lanzó una mirada cargada de tristeza.

—Pero es que no se trata solo de mí, Rohan —dijo, con la voz entrecortada—. No es un sacrificio, es una cuestión de principios. No puedo dejar a las personas a las que he dedicado tanto esfuerzo para conseguir algo mejor en sus vidas. Han confiado en mí. No puedo abandonarlos.

Rohan la miró con los ojos llenos de comprensión, pero también de frustración. Estaba claro que las dos partes se sentían incompletas, que había algo que no encajaba.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Dejarlo todo atrás porque no puedes elegir entre lo que te dicen que debes hacer y lo que sientes que es lo correcto? —preguntó, su tono ahora era más firme, aunque sin perder la delicadeza.

Nevada se apartó, incapaz de soportar la presión de esa conversación. La tristeza que la había invadido se convirtió en algo más profundo, una melancolía que no lograba superar.

—No sé, Rohan. No sé qué hacer. Estoy... perdida. —respondió, y su voz sonó como una confesión que había guardado demasiado tiempo.

El silencio entre ellos se hizo más intenso y, aunque Rohan quería abrazarla y consolarla, se dio cuenta de que ella necesitaba algo más. No solo un abrazo. Necesitaba claridad, necesitaba tiempo para encontrar su propio camino. El aire de la habitación estaba cargado de una tensión palpable y, aunque su relación había sido todo lo que ambos habían deseado, ahora se enfrentaban a una prueba. Una prueba que, quizás, no podían superar inmediatamente.

—Tómate tu tiempo, Nevada —dijo él por fin en un susurro. Su tono era suave, casi como una concesión.

Ella lo miró, agradecida, pero con el corazón todavía dividido. Rohan la había escuchado, había estado allí para ella, pero algo no terminaba de encajar. Y, aunque su amor por él seguía siendo fuerte, también sabía que el mayor desafío de todos, el que se había estado evitando, estaba aún por llegar.

CAPÍTULO 14

Nevada estaba frente al espejo de su dormitorio, mirando con frustración su reflejo. Había estado durante horas probándose ropa, pasando de un conjunto a otro, sin saber qué ponerse. Había querido ignorar la insistencia de Rohan en presentarla a su familia, pero finalmente había dado frutos. Él quería que ella estuviera allí y, ahora, Nevada tenía que decidir qué imagen quería proyectar frente a ellos. No era una cita formal, pero la idea de estar frente a los seres más cercanos de Rohan le provocaba nerviosismo e incluso una ligera sensación de incomodidad. No quería que pensaran que no era suficiente para él, pero al mismo tiempo, no podía evitar sentirse como una extraña en ese mundo.

Al principio, pensó en elegir algo sencillo y cómodo, pero nada le parecía adecuado. La presión de la situación la hacía sentir como si estuviera ante una misión imposible. Había probado tantos conjuntos que ya estaba a punto de tirar la toalla, cuando, de repente, la puerta de su dormitorio se abrió suavemente.

Gladys apareció en el umbral con su cálido y maternal porte, sosteniendo un vestido en las manos. A pesar de sus años, Gladys seguía irradiando una energía reconfortante que siempre había logrado calmar a Nevada en los momentos de inseguridad.

—¿Tienes problemas para decidir qué ponerte, querida? —preguntó con voz suave y llena de cariño, como si entendiera a la perfección lo que Nevada estaba pensando.

Nevada suspiró profundamente y asintió, mirando con desdén su ropa.

—No sé qué hacer, Gladys. No quiero parecer fuera de lugar.

Gladys sonrió y se acercó con el vestido en la mano.

—Tengo algo que creo que te quedará perfecto —dijo con un brillo en la mirada que dejaba claro que ya había tomado una decisión.

Nevada frunció el ceño, pero la curiosidad pudo más. Cuando Gladys desplegó el vestido, Nevada se quedó sin aliento. El vestido era una prenda de una época pasada, quizás de los años cuarenta o cincuenta. El diseño era elegante y delicado, con un tono azul profundo que parecía atrapar la luz. El cuerpo del vestido se ajustaba en la parte superior con un delicado corsé que marcaba la figura, mientras que la falda caía suavemente en ondas hasta las rodillas. Los detalles en la tela, con finas aplicaciones de encaje en las mangas y el escote, le conferían un aire sofisticado y atemporal, mientras que el ribete de seda en la parte inferior del vestido le daba el toque final de elegancia.

Nevada lo miró con una mezcla de asombro y admiración. Era como si hubiera sido hecho a medida para ella. Al principio se sintió algo desconcertada, pero pronto se dio cuenta de lo perfecto que era para la ocasión. A medida que Gladys le ayudaba a ponérselo, Nevada comenzó a ver cómo le caía el vestido con una gracia que no esperaba. Para su sorpresa, le quedaba mejor de lo que había imaginado. La tela caía suavemente sobre su figura y, aunque Gladys no era delgada como antes, había algo en su mirada y en sus gestos que transmitía un cariño profundo. El vestido no solo le quedaba bien, sino que parecía contar la historia de un amor perdido, un amor que Gladys había guardado para alguien especial, alguien que nunca llegó a usarlo.

Nevada la miró a los ojos, con un nudo en la garganta, sabiendo que había algo profundo que las unía a pesar de las diferencias generacionales.

—Gladys... —murmuró con la voz entrecortada—, no sé qué decir. Esto... Esto es maravilloso.

Gladys sonrió, sus ojos brillaban con una mezcla de ternura y cariño.

—Lo guardaba para Peter, para cuando regresara de la guerra —dijo suavemente—. Pero nunca tuve la oportunidad de estrenarlo. Ahora me alegra saber que lo llevarás tú. Quiero que te sientas tan especial como te mereces.

Nevada la abrazó con fuerza, sintiendo una conexión que iba más allá de las palabras. No solo estaba agradecida por el gesto, sino también por la generosidad de esa mujer y por su amor incondicional. En ese abrazo, Nevada entendió que Gladys no solo la apreciaba, sino que la veía como una hija, algo que siempre había deseado y que ahora encontraba en ella.

—Gracias, Gladys. —Nevada la miró con los ojos brillantes—. Te prometo que algún día te llevaré a España. Va a encantarte conocer a mi madre. Os vais a llevar muy bien. Y, por supuesto, me encargaré de que disfrutes de unas vacaciones maravillosas.

Gladys le acarició la mejilla con una sonrisa, y aunque no dijo nada, su mirada reflejaba todo lo que sentía: gratitud, amor y esperanza. Sabía que Nevada la llevaría a conocer su tierra y que ese viaje, al igual que el vestido, sería una oportunidad para crear nuevos recuerdos y momentos que compartir.

Nevada, por su parte, se miró en el espejo y vio a la mujer que llevaba el vestido con una renovada sensación de confianza. No solo estaba lista para conocer a la familia de Rohan, sino que, por primera vez, tenía la sensación de que su vida estaba tomando forma. Un nuevo capítulo estaba a punto de comenzar y, con la ayuda de Gladys, sentía que estaba preparada para afrontarlo con todas sus fuerzas.

***

El taxi se detuvo frente a una puerta imponente rodeada de altos árboles que parecían querer esconder la mansión. Nevada miró el edificio con una mezcla de asombro y nerviosismo. La casa de los padres de Rohan era aún más grandiosa de lo que había imaginado; un clásico ejemplo de la arquitectura inglesa que aparecía en las películas románticas de antaño. Tenía grandes ventanales, paredes de ladrillo rojo y una entrada con columnas que daban una sensación de solemnidad. El tipo de lugar donde la gente esperaba encontrar arte y cultura, y... un frío helador en las relaciones.

Rohan, al notar el nerviosismo de Nevada, le dedicó una sonrisa tierna. Él parecía tranquilo, casi como si hubiera recorrido ese camino cientos de veces. Le dio un ligero apretón de manos antes de abrir la puerta del taxi.

—No te preocupes —le dijo con voz suave, tratando de tranquilizarla—, son solo mis padres, no hay de qué temer. Solo... respira hondo. No muerden.

Nevada asintió con una sonrisa forzada, agradeciendo sus palabras, pero en el fondo sentía el peso de lo que estaba por venir. Cuando salió del taxi, respiró profundamente, como si así pudiera quitarse la tensión de los hombros. El aire fresco la golpeó ligeramente, pero no fue suficiente para calmar sus nervios.

Al entrar en la casa, se dio cuenta de que era exactamente como lo había imaginado: majestuosa, fría y distante. Había grandes cuadros en las paredes, muebles antiguos de madera oscura y una atmósfera casi demasiado perfecta. Los pasillos se perdían en interminables corredores y la luz natural se filtraba a través de los ventanales, pero no lograba quitarle esa sensación de frialdad que lo invadía todo.

—Bienvenida, Nevada —dijo una voz suave pero firme, y Nevada levantó la vista. Frente a ella estaba la madre de Rohan, una mujer elegante y serena que la observaba con una mirada tranquila pero distante.

La madre de Rohan no hizo ningún esfuerzo por ocultar su desaprobación o indiferencia. Extendió la mano con una cordialidad que rozaba lo superficial, y Nevada, a pesar de sus nervios, la estrechó con firmeza.

—Es un placer conocerte, Nevada —añadió el padre de Rohan, que estaba sentado en una silla de la sala leyendo un libro de literatura clásica. Sus palabras fueron medidas y no apartó la vista de su libro ni siquiera al dar la bienvenida a su hijo y a su invitada.

Rohan le dedicó una suave sonrisa a Nevada, pero ella advirtió que había algo en su rostro, una ligera tensión, como si estuviera anticipando lo que iba a suceder.

La comida fue un ejercicio de cortesía y silencio. Sentados alrededor de una mesa bien puesta, los platos eran impecables y el vino servía de hilo conductor entre las conversaciones formales. La madre de Rohan, que había sido una reputada psiquiatra, preguntó a Nevada sobre su trabajo y su carrera con una voz mesurada, pero nunca dejó de observarla con esa mirada evaluadora que desbordaba una clara distancia emocional. El padre, por su parte, discutía sobre temas literarios con un entusiasmo que no se reflejaba en la participación de los demás. Cada vez que mencionaban a algún autor o corriente filosófica, el silencio era sepulcral.

Nevada no sabía qué sentir. A pesar de sus intentos por mostrarse educada y abierta, tenía la sensación de que cada palabra que pronunciaba caía en un vacío. Cada vez que intentaba conectar con ellos, un silencio gélido la envolvía, como si no existiera un espacio entre sus mundos. Al principio, se sintió como una intrusa, una figura extraña que no encajaba en ese ambiente tan calculado, tan frío y tan cerrado.

Rohan, sentado a su lado, parecía darse cuenta de la incomodidad que la rodeaba, pero, a pesar de sus intentos por aliviar el momento con una mirada cálida o un gesto amable, no podía hacer mucho más. Era como si hubiera estado tan acostumbrado a este entorno distante que ni siquiera se daba cuenta de lo que significaría para otro cuando para él era lo normal.

Nevada lo miró de reojo y se dio cuenta de lo que le ocurría: Rohan había crecido en un ambiente de frialdad e interacción superficial, donde los gestos eran mínimos y las sonrisas, una mera cortesía. Su mundo valoraba el control, el orden y la distancia, y Nevada sentía que ella no encajaba en él, al menos no de la forma en que él esperaba.

Él había querido que ella estuviera allí, sí, pero también había algo en su mirada que delataba el miedo de que, después de ese día, ella no quisiera seguir a su lado. Él la había visto aportar algo nuevo a su vida: la espontaneidad, la alegría, una frescura que antes le era ajena. Pero estaba claro que su mundo, el mundo de su familia, no podía ofrecerle eso. Y aunque lo deseaba con todo su ser, sabía que ella no podría ser feliz en un lugar donde las emociones estaban contenidas y todo el mundo hacía lo que se esperaba de él.

Cuando terminaron de comer, Nevada se levantó rápidamente buscando excusas para salir de la sala. No podía seguir allí, no podía soportar esa atmósfera sofocante. Rohan la acompañó hasta la puerta y, antes de salir, le dio un suave abrazo, como pidiendo disculpas por lo que acababa de ocurrir.

Nevada lo miró a los ojos y, por primera vez, comprendió algo profundamente: él la había invitado a entrar en su vida, a su mundo, sin ser consciente de lo que eso realmente implicaba. Y, a pesar de todo, ella sentía algo por él, algo que no podía ignorar, pero que tampoco sabía si podría soportar en un lugar tan frío.

Mientras Rohan se despedía de su familia, Nevada se quedó en el umbral, mirando hacia afuera, a la luz del atardecer que comenzaba a deslizarse sobre el horizonte. ¿Podría encajar realmente en ese mundo tan diferente al suyo? ¿Sería capaz de soportar ese distanciamiento, esa frialdad, por amor a él?

Por un momento, no estuvo segura de nada.

CAPÍTULO 15

Nevada finalmente se tomó un respiro. Después de todo lo sucedido con Rohan, la presión del trabajo y la confusión que sentía por su distanciamiento, decidió que necesitaba escapar, aunque solo fuera por unos días, para aclarar su mente. No se lo dijo a Rohan. Tras la tensa comida con sus padres, en la que se sintió como una intrusa en su mundo frío y distante, Nevada había tomado la decisión de marcharse y tomarse un tiempo para sí misma. Necesitaba estar en su hogar, con su gente, en su tierra.

Por eso, decidió llevar a Gladys consigo. La mujer había estado a su lado durante meses, cuidándola y apoyándola, y ahora Nevada quería que tuviera la oportunidad de experimentar algo distinto, algo que la hiciera sentir viva y que la alejara de los fríos pasillos de Londres. Y qué mejor que España, su tierra natal, para ello.

Mientras preparaba el viaje a España, Gladys se dedicó en cuerpo y alma a aprender de forma básica el idioma español. Nevada lo ignoraba, pero Gladys llevaba mucho tiempo estudiando todo lo relacionado con España.

Cuando aterrizaron en el aeropuerto de Málaga, la calidez del clima andaluz las envolvió como una manta. El aire, cálido pero fresco, tenía ese toque especial que solo el sur puede ofrecer. Nevada sintió una sensación reconfortante al respirar esa brisa. Mientras caminaban por la terminal, Gladys no dejaba de mirar alrededor con asombro, como si hubiera llegado a un lugar mágico.

—¡Mira, Nevada! —exclamó Gladys, señalando con los ojos muy abiertos—. ¡Qué gente tan simpática! Y qué clima... ¿Es que siempre hace calor aquí?

Nevada sonrió ante la reacción de su amiga, que se mostraba tan encantada con todo lo que veía y tan ajena a los detalles cotidianos que ella ya consideraba parte de su vida. A pesar de las lecciones de español, Gladys seguía pronunciando algunas palabras a su propio estilo y, aunque su acento era divertido, nunca dejaba de sorprenderse con cada interactuación que hacía.

La madre de Nevada las estaba esperando con una cálida sonrisa a la salida del aeropuerto. Era una mujer de unos 60 años, con el cabello corto y canoso, y desbordante vitalidad. Al verla, Nevada se emocionó al punto de que se le hizo un nudo en la garganta. Aquel era el abrazo que más necesitaba en ese momento.

—¡Nevada, hija! ¡Qué alegría verte! —exclamó la madre, dándole un fuerte abrazo antes de fijarse en Gladys—. ¿Y esta señorita tan encantadora?

Nevada la presentó con una sonrisa y Gladys, un tanto cohibida pero encantada por la calidez de la bienvenida, no tardó en decirle en inglés:

—¡Qué mujer tan increíble! Yo pensaba que en España la gente ya no conducía a una edad como la suya... ¡Y tiene un coche tan bonito! No me lo puedo creer.

Nevada sonrió al ver la cara de sorpresa de Gladys, pero no pudo evitar sentirse orgullosa de su madre, quien, además de ser una mujer inteligente y enérgica, siempre había sido independiente y decidida, hasta el punto de ser dueña de su propio coche.

El viaje en coche desde Málaga hasta Granada fue tranquilo, aunque Gladys no dejó de hacer comentarios y preguntas. La carretera serpenteaba entre montañas, rodeada de olivos y paisajes impresionantes que hacían que Gladys no parara de exclamar su asombro.

Cuando finalmente llegaron a la casa de Granada, Nevada se sintió como si hubiera regresado a su lugar de origen. La casa, aunque modesta, tenía ese toque especial que solo

pueden tener los hogares llenos de historia. La entrada, con una cortina de tela que cubría la puerta, le confería un aire rústico y acogedor. El patio interior, con sus plantas bien cuidadas, flores de colores vibrantes y un pequeño banco de hierro forjado, era un lugar tranquilo para sentarse y disfrutar de las vistas. El sol de la tarde se filtraba a través de las hojas, creando sombras que se movían suavemente con la brisa. En el aire se percibía el olor del jazmín y de las hierbas aromáticas que crecían por toda la casa.

Gladys se quedó sin palabras al entrar. Miraba todo a su alrededor con una admiración que le hizo sonreír a Nevada.

—Es como un pequeño paraíso —comentó Gladys, admirando las macetas con plantas y flores que adornaban el patio.

Nevada la observó y se sintió satisfecha al ver que la belleza del lugar la había cautivado. Su madre, al verlas entrar, les ofreció un té de hierbaluisa recién hecho y, mientras se sentaban en la mesa del patio, empezaron a charlar sobre todo lo que había ocurrido desde que Nevada se había marchado a Londres.

La madre de Nevada no tardó en contarle a Gladys la historia de su esposo, el padre de Nevada, un hombre robusto que había sido pescador toda la vida y que había muerto en una terrible tormenta en el mar. Nevada, que había escuchado tantas veces esa historia, notó la tristeza en la voz de su madre, a pesar de los años transcurridos desde su muerte. La familia se había roto, pero su madre se había levantado, siempre con una fuerza admirable.

Gladys la miró con empatía, como si comprendiera el peso de esos recuerdos que Nevada aún llevaba consigo, pero no dijo nada. Ella también sabía lo que significaba perder a alguien.

—Es hermoso, Nevada —dijo Gladys en voz baja, mirando el patio y la calma que se respiraba—. Siento que aquí se puede respirar de otra manera, más lentamente. Como si todo estuviera en su sitio.

Nevada sonrió, agradecida de que Gladys estuviera allí con ella. Sabía que esta experiencia sería algo que ninguna de las dos olvidaría. Un cambio de aires, un respiro, una oportunidad para reencontrarse con lo que realmente importaba.

Mientras respiraba el aire sereno del patio, Nevada miró las plantas que adornaban el lugar y se dio cuenta de lo mucho que le hacía falta esa paz. Estaba rodeada de gente que la quería y de raíces que la conectaban con su origen, y sentía que, por primera vez en mucho tiempo, todo encajaba en su lugar.

***

Nevada decidió que sería una excelente idea llevar a Gladys a recorrer Granada. Había tanto que mostrarle, tanto que admirar en esa ciudad que la había visto crecer, y sabía que, a pesar de sus diferencias de edad y estilo de vida, Gladys podría encontrar allí la paz que necesitaba. Aquel día el sol brillaba radiante y la ciudad parecía resplandecer con una energía única.

Cuando llegaron al centro, Gladys no podía dejar de mirar a su alrededor. La arquitectura de la Alhambra, las estrechas callejuelas del Albaicín, el bullicio alegre de la Plaza Nueva... Todo le parecía un festín para los sentidos. Pero lo que más la sorprendía era la gente. A pesar de ser una ciudad turística, los granadinos no se dejaban llevar por la rutina. Se les veía disfrutar de cada momento, compartir risas, bromas y conversaciones animadas, como si la vida fuera un constante evento social.

—¡Pero, Nevada! —exclamó Gladys mientras caminaban por una de las plazas llenas de terrazas al aire libre—. ¡La gente aquí es un torbellino! ¡Nunca había visto a tanta gente tan feliz! Y todos hablan tan rápido que parece que se estén despidiendo de la vida en cada frase.

Nevada soltó una risa ante la observación de Gladys. La mujer, que no entendía mucho del dialecto granadino, trataba de seguir la conversación de los lugareños, pero lo único que lograba era una mezcla de asombro y desconcierto.

—Es el acento, Gladys. Te va a costar un poco pillarlo, pero verás que en un par de días te habrás hecho una experta.

Gladys se encogió de hombros, dando un toque cómico a su frustración.

—¡Lo juro, parezco una turista loca! —se quejó entre risas, provocando que Nevada la mirara con ternura—. ¡Y esos «hijos» y «mi arma» que dicen todo el tiempo! ¡Nunca había escuchado tanto cariño concentrado en tan pocas palabras!

Nevada divertida, le explicó un poco más sobre el famoso acento granadino y las expresiones más típicas de la ciudad. Pero, en su afán por comprender, Gladys adoptaba una forma de hablar tan peculiar que comenzaba a hacer reír a todos los que la rodeaban. En una tienda, cuando intentaba comprar una botella de aceite de oliva, preguntó con total seriedad:

—¿Me puede dar una botellita de ese oro líquido, mi arma?

El vendedor, un hombre mayor con una amplia sonrisa, no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Aquí tenemos el mejor, señora! ¡Me alegra ver que está aprendiendo rápido el acento!

Al principio, Gladys se ruborizó, sin comprender por qué tanto alboroto, pero luego, al ver la cara de Nevada, que no paraba de reír, se unió a la broma y empezó a imitar la pronunciación de manera más exagerada, haciendo que la situación se volviera aún más cómica.

Cuando llegaron a la Plaza de los Lobos, se sentaron a tomar algo en una terraza. La madre de Nevada, que era una mujer con mucho carisma y vitalidad, comenzó a charlar con Gladys, haciendo que la conversación fuera aún más amena a pesar de que la inglesa se perdía en la mayoría de las palabras. Como era costumbre, la madre de Nevada no tardó en lanzarle un comentario divertido.

—Sabes, Gladys, si sigues haciendo esas preguntas sobre el aceite de oliva, acabarás siendo la reina del Albaicín.

Gladys se echó a reír, sin poder evitarlo.

—¡Reina del Albaicín! ¿A qué hora me coronan? —respondió, haciendo que la madre de Nevada soltara una risa sincera—. The Queen of oil… —terminó Gladys, y la madre de Nevada

soltó una carcajada.

Las dos se miraron con complicidad, como si se conocieran desde hacía años. Nevada observaba la escena y se sentía afortunada. La conexión que Gladys había logrado establecer con su madre era algo que no esperaba, pero que la llenaba de felicidad. Verlas reír juntas la hacía sentir como si todo estuviera en su sitio. La soledad que Gladys había sufrido en los últimos años había sido reemplazada por una calidez que ahora compartía con la mujer a la que más quería en el mundo: su madre. Y cuando ya no se entendían con las palabras, comenzaron a usar la mímica.

Mientras tanto, Gladys no dejaba de comentar los pequeños detalles de la ciudad. En cada rincón encontraba algo que la fascinaba. La arquitectura, los aromas de la comida callejera, las canciones flamencas que flotaban en el aire... Todo parecía tan diferente de Londres. Y, sobre todo, lo que más la impresionaba era la actitud de la gente.

—Nevada, esta ciudad... ¡es como una fiesta constante! —decía emocionada mientras caminaban por el Paseo de los Tristes—. ¡Mira a esas mujeres! ¡Con qué gracia se mueven! Aquí todo el mundo es tan alegre y espontáneo... A veces me siento como si fuera una actriz de cine.

Nevada sonrió al ver el entusiasmo de su amiga. Estaba claro que Granada le había conquistado el corazón, y no era para menos. La ciudad tenía esa magia que atrapaba a todos sus visitantes. Pero lo que Gladys no podía dejar de comentar era cómo su madre, a pesar de haber sido viuda durante tantos años, mantenía siempre esa actitud tan optimista y vivaz.

—Tu madre es increíble, Nevada —comentó Gladys mientras caminaban hacia casa—. Se le nota en la sonrisa, en las bromas que hace… Es como si tuviera un sol dentro que ilumina todo a su alrededor. A veces me parece que me está enseñando más de lo que yo le podría enseñar.

Nevada la miró con una cálida sonrisa, tocada por sus palabras. Sabía que su madre no solo le daba lecciones sobre cómo vivir, sino que también le transmitía la energía positiva que solo se encuentra en las personas que realmente saben valorar la vida.

Gladys, como una niña, no dejó de hacer preguntas sobre la historia de Granada, las costumbres y las leyendas locales. Nevada la dejó hablar sin prisa, mientras ambas caminaban bajo el sol, sabiendo que ese viaje no solo las acercaba más, sino que les daba la oportunidad de compartir momentos inolvidables.

CAPÍTULO 16

Nevada y Gladys llevaban ya cinco días en Granada y Gladys no podía dejar de hablar de todo lo que había visto. La ciudad había superado todas sus expectativas y ella parecía no tener límites. Nevada había planeado cada día con esmero y le había mostrado a su amiga los rincones más emblemáticos de la ciudad, y ella, con su curiosidad y alegría, se había entregado por completo al viaje.

El día anterior, la había llevado a un espectáculo de flamenco en las cuevas del Sacromonte. Las guitarras, el taconeo, las palmas y la pasión del baile dejaron a Gladys tan impresionada que, mientras caminaban por las calles empedradas, aún tarareaba las melodías que había oído. Su rostro irradiaba felicidad y Nevada no podía evitar sentirse satisfecha por haberle mostrado esa parte de su vida que tanto amaba.

Cuando regresaron a casa, el sol ya empezaba a ponerse y el aire fresco de la tarde se colaba a través de la cortina de la puerta de entrada. Gladys comentaba lo increíble que había sido la noche anterior, y sus palabras denotaban emoción. Pero, al llegar a la entrada de la casa, Nevada se fijó en que su madre estaba allí, con una expresión en el rostro que era una mezcla de sorpresa y algo más.

—¡Nevada! —dijo su madre con una sonrisa contenida—. Tienes visita, ¡y qué visita! Cuajá me he quedado cuando me han dicho que era tu novio… anda qué…

Nevada levantó una ceja, confundida, mientras miraba a su madre, que trataba de ocultar la sorpresa tras una actitud cordial.

—¿Qué? —preguntó, sin comprender del todo.

La madre, siempre rápida para captar los detalles, asintió con la cabeza y sonrió de forma cómplice.

—Sí, hija, tu «novio». Está en el salón esperándote, plantado ahí como un ministro. Te está esperando con cara seria, pero creo que ya lo sabes.

Nevada no pudo evitar sentirse nerviosa al oír la palabra «novio». Su corazón dio un brinco y, aunque quería tranquilizarse, no podía evitar el malestar que le provocaba la idea de verlo allí. Sin decir nada más, pasó rápidamente al salón, donde lo vio.

Rohan estaba allí, de pie en el centro del salón, con la chaqueta perfectamente puesta, el rostro serio y la mirada fija en el suelo, como si estuviera esperando algo. Al verlo, Nevada sintió cómo se le retorcía el estómago. Aunque lo conocía bien y sus sentimientos hacia él habían crecido de una manera inesperada, la situación la hacía sentirse incómoda. Había algo en el ambiente que la ponía nerviosa.

—¿Rohan? —dijo finalmente, intentando esconder la incomodidad en su voz mientras cruzaba la puerta.

Él levantó la vista y, al ver la expresión de su rostro, algo pareció suavizarse en su actitud. Se enderezó y le dedicó una pequeña sonrisa, aunque no del todo relajada.

—Hola Nevada —dijo con su voz profunda, aunque con un toque de duda—, no sabía si me recibirías.

A pesar de su tono serio, su presencia era reconfortante y Nevada, aunque seguía sorprendida, no pudo evitar sentir algo de alivio al verlo allí. Lo que más la desconcertaba, sin embargo, era la incomodidad que había sentido al encontrarse con él frente a su madre, como si esa nueva faceta de su relación fuera un territorio desconocido para ambos.

—No me lo esperaba, la verdad. Mi madre me ha dejado un poco desconcertada... —respondió tratando de hacer una broma para aliviar la tensión.

Rohan asintió, pero no comentó nada sobre la reacción de su madre. Era evidente que lo que estaba sucediendo entre ellos no era algo que él hubiera planeado. Había una especie de barrera invisible que lo mantenía tenso y, aunque ambos sabían que su relación había avanzado en los últimos días, el encontrarse en ese contexto más «formal» los hacía sentirse descolocados.

—Mi madre está muy contenta de conocerte, por lo que parece —dijo Nevada, tratando de cambiar de tema.

Rohan, siempre con esa actitud tranquila y serena, no parecía del todo relajado. Su mirada estaba fija en ella, pero en su mente parecían estar pasando mil cosas.

—No es fácil... —murmuró, como si pensara en voz alta—; no esperaba que esto fuera a ser tan complicado.

Nevada, aunque se sorprendió por su comentario, no dijo nada al respecto. La tensión seguía flotando en el aire y ella no sabía cómo romper el hielo.

El silencio entre los dos se alargó unos segundos, hasta que fue la madre de Nevada quien lo rompió al entrar en el salón.

—Bueno, bueno —dijo, con una sonrisa brillante—, ¿qué os parece si nos sentamos y hablamos un poco? Seguro que hay mucho que compartir. He oído tanto de ti, Rohan.

Nevada soltó un suspiro tenso.

—No habla español, mamá —le dijo seria.

La madre hizo un alzamiento de hombros.

—Ya me haré entender con las manos —le respondió—. Gladys me entiende muy bien.

Su madre siempre sabía cómo suavizar las situaciones tensas y, aunque la situación seguía siendo incómoda, parecía que ella tenía el don de hacer que todo fluyera con mayor naturalidad.

Gladys, que había estado observando desde la entrada, se asomó un momento y dijo en tono amistoso:

—Si necesitan que les deje solos, no duden en decírmelo. ¡Mientras tanto me voy a hacer amigas!

El comentario de Gladys provocó una pequeña sonrisa en madre e hija, y con esa simple broma, el ambiente se alivió un poco. Aun así, dentro de Nevada había una sensación extraña. Había algo que no podía evitar. Todo esto se sentía... diferente. Y no sabía si estaba preparada para enfrentarlo.

***

Gladys y la madre de Nevada se retiraron a la cocina, hablando entre ellas de cosas que, evidentemente, solo ellas comprendían. Entre el español básico de Gladys, el inglés incomprensible de su madre, y la mímica con las manos de ambas, las dos mujeres avanzaban y se entendían mutuamente.

Nevada se quedó en el salón, mirando a Rohan, con la sensación de que algo pesado se había instalado entre ellos. Durante unos momentos, no supo qué decir y el silencio se alargó, incómodo, hasta que fue Rohan quien, como siempre, decidió romperlo.

—Te estuve llamando... —dijo, con la voz un poco más suave de lo habitual—. Me preocupé cuando no contestaste.

Nevada lo miró, sorprendida por el hecho de que él se hubiera preocupado. No era algo que esperara oír de él, pero al mismo tiempo, era un recordatorio de lo que ambos compartían. A veces, parecía que su relación estaba llena de esos pequeños detalles que la complicaban aún más.

—Necesitaba tiempo, Rohan —respondió ella, tratando de aligerar la conversación, aunque no pudo evitar que se colara un atisbo de incomodidad en su tono—. Necesito entender qué estoy haciendo. Tu familia es tan... diferente.

Rohan la miró frunciendo levemente el ceño, pero también con un toque de curiosidad.

—¿Diferente de qué manera? —preguntó, sin entenderlo del todo.

Nevada suspiró, algo molesta consigo misma por no poder expresar con claridad lo que sentía.

—Es que tú vienes de un mundo tan estructurado, tan... frío y estructurado. Y yo soy todo lo contrario. No sé cómo encajar ahí.

Rohan la miró en silencio durante unos segundos, como si estuviera procesando sus palabras. Luego, sonrió suavemente, su mirada se suavizó y se acercó un paso más hacia ella.

—Por eso te quiero, Nevada. Porque eres todo lo contrario a mí. —Dijo con una seguridad que, por un momento, hizo que todo lo demás pareciera menos importante—. Mi vida, mi familia... todo eso siempre ha sido tan predecible. Contigo, todo es impredecible. Y eso me gusta. Me desafías.

Nevada lo observó con una mezcla de sorpresa y una pequeña chispa de calidez en el pecho. No se esperaba esa respuesta. No sabía si debía sentirse aliviada o más confundida.

—No te invité a mi casa —dijo ella, cambiando de tema, tratando de quitarse la sensación de vulnerabilidad que había comenzado a invadirla.

Rohan la miró, como si hubiera olvidado ese pequeño detalle, y con una ligera sonrisa en los labios, respondió:

—Claro que no. Y sigues pensando que soy un… un gorrón, ¿verdad?

Nevada sonrió, pero no pudo evitar sentir un pequeño retorcijón en el estómago. Se acordó de la primera vez que había usado esa palabra, en Londres, cuando bromeaban sobre sus diferencias.

—¡No soy un gorrón!

—Noniná —dijo, como si las palabras mismas fueran una especie de defensa, un pequeño juego que habían creado entre los dos.

Rohan, por supuesto, no entendió el significado exacto, pero lo captó en el tono y la expresión de Nevada. Le dedicó una sonrisa aún más amplia.

—No sé qué significa, pero por cómo lo dices, tengo la impresión de que no es algo muy

agradable.

Nevada no pudo evitar reír aún más. Esa era la esencia de su relación, ¿verdad? Esas pequeñas bromas, esas palabras compartidas que no tenían sentido para nadie más, pero que entre ellos dos parecían decirlo todo.

—No es agradable, pero tampoco es tan malo. —Le guiñó un ojo, y sintió una leve calidez en su pecho por primera vez en muchos días. Tal vez ese pequeño momento de diversión podía romper el hielo que había entre ellos.

Rohan la observó fijamente, como si estuviera evaluando todo lo que había dicho y hecho en los últimos minutos. Se acercó a ella con una ligera sonrisa que no desaparecía de su rostro.

—Entonces, ¿qué haces conmigo, si te soy tan incómodo? —preguntó con un tono juguetón, aunque una chispa de sinceridad brillaba en sus ojos.

Nevada lo miró y, aunque aún sentía esa incomodidad que no lograba sacar de su sistema, no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa. La verdad era que, aunque a veces todo le resultara tan extraño, no quería perder lo que compartían.

—No sé —respondió, encogiéndose de hombros—. Creo que porque tú también eres un poco raro. Y me gustas.

Rohan sonrió y, por un momento, todo lo demás desapareció. Solo estaban ellos en ese salón con vistas a la Alhambra, y el mundo exterior parecía un poco más lejano.

Rohan se acercó un paso más, dejando que el silencio entre ellos fuera cómodo por primera vez en mucho tiempo. Nevada, por su parte, respiró profundamente, dándose cuenta de lo natural que se sentía estar en su presencia a pesar de las diferencias que habían marcado su relación desde el principio.

—No te preocupes tanto, Nevada. —Su voz se suavizó y un tono más serio y comprensivo apareció en sus palabras—. Todos tenemos nuestro ritmo. Si necesitas tiempo, lo entenderé. No quiero que sientas que te estoy presionando, solo quiero estar a tu lado.

Nevada lo miró fijamente, sin saber si el sentimiento que sentía en su pecho era alivio o algo más complicado. Algo dentro de ella se despertó, un sentimiento tan fuerte que no sabía cómo clasificarlo: ¿era amor? ¿Era necesidad? ¿Era miedo? Lo que sí sabía era que no quería perder lo que habían construido.

—Te he dicho que necesito tiempo. Pero eso no significa que no quiera estar contigo. —Las palabras salieron de sus labios con más sinceridad de la que se había permitido sentir en las últimas semanas.

Rohan sonrió, esa sonrisa que siempre la hacía sentirse segura y vulnerable a la vez. No dijo nada más, solo asintió, como si aceptara lo que ella le había dicho sin necesidad de palabras adicionales.

El aire entre ellos parecía haber cambiado de repente. El espacio, que antes se sentía cargado de incertidumbre, se llenaba ahora de una quietud tranquila, una calma que ambos necesitaban. Aunque había una parte de ella que seguía temiendo que todo se desmoronara, había algo en el gesto de Rohan que la hacía pensar que él no se marcharía tan fácilmente.

—Voy a ir a la cocina a ayudar a mi madre y a Gladys. —dijo Nevada, rompiendo la pausa que había marcado la conversación, dio un paso atrás, aunque sin apartarse demasiado de él—. ¿Te gustaría quedarte? No quiero que te sientas incómodo.

Rohan sonrió con una ligera inclinación de cabeza.

—No, me quedo contigo, si te parece. No quiero perderme cómo se cocina en tu casa ni la manera en que una española y una inglesa interactúan juntas.

Nevada sonrió suavemente y le hizo un gesto con la mano para que la siguiera.

—Entonces, ven. No te prometo que mi madre sea tan amable como cuando no estás.

—Eso no suena alentador —Rohan la siguió con una sonrisa en los labios, aunque su mirada seguía esa mezcla de complicidad y algo más profundo que se estaba creando entre ellos sin necesidad de forzarlo.

Cuando entraron en la cocina, Gladys estaba sentada junto a la madre de Nevada, gesticulando animadamente. A medida que Nevada se acercaba, Gladys la miró y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Este lugar es un sueño! —exclamó, mirando a la madre de Nevada como si fuera su mejor amiga—. Nunca imaginé que la gente pudiera ser tan cálida y tan llena de vida. Aquí todo es diferente. Te lo dije, Nevada, que España me iba a enamorar.

La madre de Nevada sonrió, un poco sorprendida por el entusiasmo de Gladys aunque sin entender muy bien lo que decía en inglés, pero feliz por la energía que transmitía. Parecía que se llevaban de maravilla.

—¿Qué tal la conversación con…? —preguntó Gladys, mirando a Nevada con complicidad.

Nevada sonrió, pero no tuvo tiempo de responder antes de que Rohan hablara desde el umbral de la puerta.

—Creo que mantienen una conversación interesante. —dijo, mirándolas a las dos con una expresión divertida—: ¿Me permiten unirme?

Gladys y la madre de Nevada lo miraron con una mezcla de sorpresa y curiosidad. Era raro ver a Rohan tan relajado y tan dispuesto a entrar en el mundo de las mujeres de Nevada, un mundo que, hasta ese momento, había sido solo suyo.

—¿Qué dice el señorito inglés? —preguntó la madre de Nevada, aceptando así que, a pesar de las diferencias, todos podían encontrar su lugar en ese pequeño pero encantador espacio familiar.

Rohan se acercó a la mesa y se unió a la conversación aunque no entendía español, mientras Nevada lo observaba desde la distancia. Por primera vez, se sintió realmente en paz. Aunque aún no tenía todas las respuestas, sentía que estaba construyendo algo valioso con Rohan. A veces, el tiempo y el espacio que ella necesitaba tanto no eran más que una forma de encontrar el equilibrio entre lo que había conocido siempre y lo que ahora estaba aprendiendo a aceptar.

Y, mientras Gladys y la madre de Nevada intercambiaban ideas que ni la una ni la otra comprendían del todo, ella se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, todo parecía encajar.

CAPÍTULO 17

El día en Granada había comenzado como cualquier otro, con el sol brillando implacablemente sobre la ciudad, ya cargada de calor a finales de mayo. La plaza estaba llena de gente: turistas y granadinos se mezclaban y el bullicio de las calles era palpable. Para Rohan, que hasta entonces solo conocía el clima suave y fresco de su Inglaterra natal, el calor de la ciudad le resultó insoportable. Caminaba detrás de Nevada, tratando de seguirle el ritmo, sudando profusamente bajo el sol y sin poder evitar la sensación de malestar que tenía en cada paso. Además, como no hablaba español, dependía totalmente de ella para traducir todo lo que oía.

A medida que avanzaban por las estrechas calles, Rohan notó que los granadinos lo miraban con curiosidad. Algunos susurraban entre sí, otros simplemente le sonreían con simpatía, pero un par de niños se le acercaron y, sin ningún reparo, le llamaron «guiri».

Nevada no pudo evitar reírse al ver la cara de desconcierto de Rohan. Había aprendido a aceptar que en Granada era casi inevitable que los turistas, sobre todo los extranjeros, fueran llamados «guiris», ya que se veían diferentes, con su piel más pálida y su ropa menos adaptada al clima local.

—¿Qué han dicho? —preguntó Rohan, mirando a los niños con una mezcla de confusión y diversión.

—Te han llamado «guiri».

Nevada sonrió mientras caminaban por la calle. Rohan frunció el ceño, sin saber si sentirse ofendido o divertido.

—¿Guiri? —repitió, como si intentara comprender el término.

—Es un apodo para los extranjeros. No significa nada malo, solo que eres un visitante.

Nevada le sonrió. Rohan resopló y sacudió la cabeza. Su acento británico sonaba aún más fuerte bajo el sol abrasador de Granada y él se sentía como un pez fuera del agua. El calor lo estaba matando. Nevada se dio cuenta de lo incómodo que estaba, pero decidió divertirse un poco a su costa.

—Vamos a hacer una pequeña ruta por la ciudad —le dijo con una sonrisa traviesa—. Así que prepárate para recorrer las calles del Albaicín.

—¿Albaicín? —Rohan arqueó una ceja—. ¿Qué tipo de lugar es ese?

Nevada no le respondió de inmediato. Sabía que el Albaicín, con sus laberintos de calles empedradas y empinadas, sería un desafío para alguien que no estuviera acostumbrado al calor de la ciudad. Y, por supuesto, sería una excelente forma de mostrarle a Rohan lo diferente y vibrante que podía ser Granada, aunque a veces resultara un desafío para los forasteros.

La caminata por las empinadas y estrechas calles del Albaicín fue peor de lo que Rohan esperaba. Cada paso lo hacía sentir más agotado bajo el calor abrasador y las callejuelas serpenteantes lo alejaban de la comodidad que tanto deseaba. Nevada, por su parte, caminaba con ligereza, disfrutando de la calidez de la ciudad, mientras lanzaba algunas bromas que hacían reír a Rohan, aunque también le sacaban un resoplido de frustración.

—Esto... esto es un laberinto —se quejó Rohan, mirando a su alrededor. Las paredes blancas de las casas reflejaban el calor y las sombras de las estrechas calles no ofrecían alivio.

—¡No te preocupes! En unos minutos llegaremos a una tetería árabe. Te va a encantar. El té aquí es delicioso. —Nevada sonrió con malicia. Sabía que Rohan no estaba disfrutando del paseo tanto como ella, pero lo que no sabía era que su madre y Gladys estaban tramando algo

para que su experiencia en Granada fuera, bueno... «memorable».

Finalmente llegaron a la tetería. Era uno de esos lugares del Albaicín que mantenían la tradición de la cultura árabe: mesas de hierro forjado y cojines de colores brillantes que creaban una atmósfera exótica, perfecta para relajarse y disfrutar de una bebida refrescante. A Rohan le sorprendió el contraste entre la tranquilidad que se respiraba en el lugar y el bullicio de la ciudad, así como la suavidad del té que le sirvieron, pero aun así no podía evitar sentirse incómodo por el calor y por la falta de interacción con los lugareños.

—Esto está muy tranquilo. —dijo, mirando alrededor.

Nevada se sentó a su lado y sonrió, disfrutando de su mal momento.

—Ya te acostumbrarás. Granada es un lugar lleno de contrastes. Pero no te preocupes, que esto es solo el principio. Aún nos queda más camino por recorrer.

En ese momento, aparecieron por la puerta de la tetería la madre de Nevada y Gladys, con sonrisas cómplices y una actitud que Rohan no pudo identificar de inmediato. Nevada notó el brillo en sus ojos y supo que había algo más detrás de la actitud alegre de las dos mujeres.

Gladys, como siempre, estaba emocionada por todo, y su madre no se quedó atrás. Decidieron unirse a la conversación y, sin que Rohan se diera cuenta, empezaron a intercambiar miradas de complicidad.

—¿Cómo va todo, Rohan? ¿Te está gustando Granada? —preguntó la madre de Nevada con una cálida sonrisa.

La hija se lo tradujo. Rohan asintió, pero no pudo evitar notar que su tono de voz era un tanto irónico.

—Sí, claro, me encanta, aunque hace mucho calor. —Rohan intentó sonar positivo, pero era evidente que no le estaba gustando demasiado.

Nevada no pudo evitar reírse, mientras Gladys, sentada junto a su madre, lanzaba un comentario que sorprendió a Rohan.

—Pues si te ha gustado esto, espera a ver lo que tenemos planeado para ti. Granada tiene mucho más que ofrecer, ¿verdad, señora?

La madre de Nevada sonrió de manera astuta y la conversación continuó, pero Rohan ya se dio cuenta de que había caído en un plan más grande del que podía haber imaginado. Aunque estaba agradecido por la hospitalidad de las dos mujeres, no pudo evitar sentirse como si fuera el objetivo de una broma cuidadosamente orquestada por ellas.

—Parece que hay más sorpresas en el horizonte —dijo, entrecerrando los ojos y mirando a Nevada, que trataba de disimular una sonrisa traviesa.

—¡Definitivamente! —respondió Nevada, feliz de ver que el inglés empezaba a relajarse, aunque aún no pudiera escapar del calor abrasador de Granada.

La tarde avanzaba y, después de la tetería, regresaron a la casa. Nevada, Gladys y Rohan se dirigieron al patio, donde la madre de esta había preparado una cena especial al aire libre. El aire fresco de la tarde comenzó a descender, aliviando el calor del día, y donde la cálida luz del sol de poniente se filtraba a través de las plantas que adornaban el patio, creando un ambiente mágico y acogedor.

El patio de la casa, en pleno corazón de Granada, era un pequeño oasis. El suelo de terracota estaba cubierto con alfombras y cojines de colores vivos, y las paredes estaban adornadas con azulejos y plantas en macetas de barro. Nevada y su madre habían cuidado con esmero cada rincón, con geranios y jazmín que llenaban el aire de fragancia. Una cortina de tela ligera colgaba de la puerta que daba al salón, ondeando suavemente con la brisa. La luz de las velas en las mesas de hierro forjado dotaba al lugar de un toque romántico. Todo parecía sacado

de una postal de la Alhambra.

La madre de Nevada había preparado una cena tradicional andaluza con platos que deleitarían incluso a los paladares más exigentes. La mesa estaba repleta de pisto, ensalada de tomate con aceite de oliva, gazpacho fresco y un asado que se veía absolutamente delicioso. Rohan no podía dejar de mirar los platos con asombro, mientras Gladys, fascinada, no paraba de hacer comentarios entusiastas sobre la comida.

Nevada y su madre se movían de un lado a otro sirviendo a todos, mientras las conversaciones fluían con facilidad. Pero, de repente, la madre de Nevada no pudo evitar cambiar de tema.

—Nevada, querida —dijo su madre, mientras se sentaba en una silla cercana—, cuéntame, ¿qué pasa con ese atractivo extranjero que parece beber los vientos por ti? ¡Está claro que está loco por tus huesos!

Nevada, sorprendida por el comentario directo, se sonrojó ligeramente y miró a Rohan, que estaba disfrutando de la comida, y aparentemente sin darse cuenta de la conversación.

—Mamá, no seas tan directa —respondió Nevada, divertida pero un poco incómoda—. No sé, la verdad. Es muy diferente a todo lo que he conocido. Y tal vez no estoy preparada para una relación seria.

La madre de Nevada la miró sin perder la sonrisa pícara.

—¿Preparada? —bromeó, levantando una ceja—. Estás tan preparada como el arroz bien cocido, hija. No te hagas la difícil.

Nevada soltó una risa nerviosa, mientras Rohan, que estaba al tanto de lo que pasaba, levantaba la vista de su plato, intrigado.

—¿Preparada para qué? —preguntó, sin entender del todo el tono de la conversación.

Él se limitaba a repetir algunas palabras. Había hecho un curso intensivo con la aplicación Duolingo en el móvil para no parecer un hombre torpe con los idiomas. La madre de Nevada le sonrió con complicidad antes de responder, mirando a su hija.

—Para la vida, para el amor. Ya sabes, no puedes esconderte para siempre, Nevada.

Nevada se encogió de hombros, un poco avergonzada por la indirecta de su madre, pero también conmovida por la sinceridad de sus palabras. Después de todo, la relación con Rohan le había causado muchas dudas y sentía que aún no había encontrado respuestas. Pero eso no impidió que su madre siguiera con su broma, como si su experiencia como madre le diera la clave de lo que su hija necesitaba.

La cena continuó en un tono más relajado y la comida que había preparado su madre parecía hacer que todo fuera aún más especial. Rohan, que hasta entonces había estado un poco tenso por la conversación anterior, comenzó a relajarse mientras disfrutaba del asado que le pareció el mejor que había probado en su vida. Gladys, con su característico entusiasmo, no paraba de hacer preguntas sobre los ingredientes, y su madre se las respondía con una sonrisa satisfecha.

Las risas y las bromas llenaban el aire mientras el cielo se oscurecía. Las estrellas comenzaron a brillar en el cielo despejado de Granada, y la luz de las velas, suave y cálida, inundó el ambiente del patio.

A Rohan le sorprendió lo diferente que se sentía en aquel lugar. Todo, desde la comida hasta las conversaciones, le parecía auténtico y lleno de vida. Había algo en este entorno que lo hacía sentirse parte de algo, aunque aún no pudiera comprender todo lo que sucedía a su alrededor. Y, a pesar de su torpeza con el idioma y las costumbres, no podía negar que se sentía afortunado por estar allí, rodeado de la calidez de la familia de Nevada.

Al final de la noche, cuando las conversaciones se fueron suavizando y la luna brillaba en el cielo de Granada, Rohan se dio cuenta de algo más: se estaba empezando a enamorar de aquel lugar. Pero, sobre todo, de la mujer que lo había traído hasta allí.

***

La noche en Granada se dejaba llevar por la suavidad de la brisa, las tenues luces de las velas y el lejano sonido de las guitarras que llegaban desde las calles cercanas. Tras la cena, retiraron la mesa en silencio y el patio se sumió en una quietud reconfortante. Rohan, Nevada y Gladys se encontraban ahora en el salón, mientras las últimas sombras de la tarde se desvanecían.

Gladys, con su carácter siempre chispeante, había decidido irse a descansar temprano, dejando a Nevada y a Rohan solos en un ambiente que parecía propicio para una conversación más íntima.

Nevada, que había estado observando el brillo de las estrellas desde la ventana, se volvió hacia Rohan, que la miraba pensativo desde el otro lado de la habitación. Un momento de silencio pesado se instaló entre ellos antes de que él se acercara con paso firme.

—¿Cómo estás? —le preguntó suavemente, tomando su rostro entre sus manos. Había algo en su mirada que la desconcertaba. Su tono no denotaba preocupación, sino esa familiaridad que ya compartían. Algo más profundo que cualquier simple conversación.

Nevada lo miró y notó cómo se le aceleraba el pulso. Los recuerdos de las últimas semanas, su risa, las pequeñas interacciones cotidianas y la forma en que se había sentido cuando él estaba cerca comenzaron a aflorar en su mente. Había estado resistiéndose, pensando que se estaba dejando llevar por una ilusión, una atracción pasajera. Pero esa distancia, esa parte de su corazón que intentaba protegerse, se había ido desvaneciendo.

—Estoy bien —respondió, pero su voz delataba su inseguridad.

Rohan sonrió suavemente, con una mirada que expresaba más de lo que sus palabras podían decir. Poco a poco, se acercó más hasta quedar tan cerca de ella que podía sentir su respiración entrecortada.

—No te creo —susurró, deslizándose más cerca, con una ternura en la voz que le hizo sentir un nudo en el estómago al encontrarse con las manos de ella—. Sé que algo está pasando, Nevada. ¿Por qué te alejas? ¿Por qué te resistes?

La pregunta arrebatada, la vulnerabilidad en su voz, lo hicieron aún más irresistible. Nevada tragó saliva, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Sabía lo que sentía por él, pero temía enfrentarlo, y aún más temía la posibilidad de que sus mundos no pudieran unirse.

—No sé si estoy lista para... —empezó a decir, pero no pudo terminar. Sus palabras se disolvieron cuando él la atrajo hacia sí, sus labios presionando suavemente contra los suyos.

El beso fue suave al principio, casi como si estuvieran midiendo sus propios límites, pero pronto se volvió más urgente y apasionado. Rohan la rodeó con los brazos, acercándola completamente, como si todo lo que había entre ellos se fundiera en ese contacto. Nevada se rindió al calor de su cuerpo, a la fuerza de su presencia, y cerró los ojos, dejándose llevar por la corriente que no podía controlar.

El mundo a su alrededor desapareció mientras sus labios se buscaban y sus cuerpos se encontraban. Por un momento, nada más importaba. Solo existían ellos dos, perdidos el uno en el otro, en el deseo y en la conexión profunda que había surgido entre ellos.

Nevada sabía que ese era el momento. Sentía que, en sus manos, en sus gestos, en el calor de su piel, se rendía finalmente a lo inevitable. Ya no podía ignorarlo. Había luchado contra sus propios sentimientos y contra la decisión que su corazón le pedía tomar, pero ahora no podía más. Su mente le decía que su sueño americano era el objetivo que debía perseguir, pero su alma ya se había entregado a él, a su mundo. Su familia fría, su estilo de vida rígido... Todo parecía

menos importante en comparación con lo que sentía en ese instante.

Cuando finalmente se separaron, Nevada lo miró a los ojos con una mezcla de incertidumbre y determinación.

—No puedo seguir negándolo —susurró, con voz temblorosa pero firme—. Me he enamorado de ti. No sé qué hacer con esto, Rohan, no lo sé.

Rohan la miró, y sus ojos brillaban con una intensidad que le hizo sentir la calidez del sol en pleno invierno.

—Entonces, no lo hagas —respondió, acariciando suavemente su mejilla—. No necesitas hacer nada más, Nevada. Si te quedas conmigo, lo haremos juntos. No te pido que lo entiendas todo ahora, pero quiero que estés aquí conmigo, pase lo que pase.

Nevada cerró los ojos. Su mente se aceleraba. Ella había soñado con algo diferente, con un futuro en Estados Unidos, con una carrera profesional que la había definido durante tanto tiempo. Pero, al mirar a Rohan, al ver su amor por ella y al sentir la conexión genuina que compartían, supo que tal vez su verdadera vida no estaba allí. Estaba aquí, en este lugar, con este hombre que había llegado a su vida en un momento de incertidumbre.

Finalmente, con una sonrisa tímida, se acercó a él y susurró:

—Me quedaré contigo.

Rohan la abrazó con fuerza, como si el peso de todo lo que había estado esperando se aliviara de inmediato. Y aunque la incertidumbre aún habitaba en algún rincón de su mente, Nevada sabía que había tomado la decisión correcta. Había renunciado a su sueño americano, pero en ese momento lo que encontraba en su corazón era algo aún más valioso: un amor verdadero.

Y así, rendida y entregada al destino que parecía haber elegido para ella, Nevada dio el siguiente paso.

CAPITULO 18

El regreso a Londres resultó extraño. La ciudad, que alguna vez había sido el centro de su vida, ahora le resultaba ajena. La rutina diaria la recibió con la misma frialdad de siempre, pero en su interior algo había cambiado. Nevada había tomado una decisión: abandonaría la empresa. No podía seguir trabajando en un entorno donde los ideales que había defendido durante años se desmoronaban ante sus ojos. Con la llegada de la nueva directiva, había comprendido que los objetivos ya no coincidían con los suyos. No buscaban lo mismo y ella no podía quedarse en un lugar donde ya no se sentía a gusto.

Ese día, mientras caminaba hacia la oficina, los recuerdos la inundaban. Recordaba los momentos de tensión, las celebraciones de los logros alcanzados y las risas compartidas con su equipo. Había sido un largo viaje, un esfuerzo constante para construir algo de lo que pudiera sentirse orgullosa, pero sabía que su tiempo allí había llegado a su fin. Era un paso necesario, aunque doloroso.

Se reunió con sus compañeros y subordinados, que la miraron sorprendidos cuando les comunicó su decisión. No hubo gritos ni discusiones, solo miradas de incredulidad y tristeza. Durante años, ella había sido su líder, su guía, la persona que los motivaba a dar lo mejor de sí mismos. Verla marchar significaba mucho más que perder una jefa; era el fin de una era.

Nevada también sintió ese peso, el de dejar atrás todo lo que había construido. La sensación de fracaso le nubló momentáneamente la mente, pero pronto prevaleció la certeza de que estaba tomando la decisión correcta. No podía seguir en un lugar donde ya no encajaba, donde sus principios y su visión no tenían cabida.

Al día siguiente, después de dejar la empresa, se sentó en el sofá de su apartamento y miró el vacío de su salón. Entonces, le contó a Gladys lo que había decidido. La mujer la miró con una mezcla de preocupación y comprensión.

—¿Vas a regresar a España? —preguntó Gladys, con la suavidad que solo ella sabía transmitir.

Nevada asintió, aunque no del todo convencida. Sabía que algo tenía que cambiar, pero no sabía qué. La idea de regresar a España la atraía, pero también le producía inseguridad. ¿Qué haría allí? ¿Volvería a la vida que había dejado atrás o encontraría un nuevo camino?

Gladys la miró fijamente durante un rato, como si estuviera pensando en algo. Luego, con una sonrisa llena de sabiduría, dijo:

—¿Por qué no montas tu propia empresa?

Nevada se quedó sorprendida, casi sin palabras. ¿Cómo podría hacerlo? Siempre había soñado con tener su propio proyecto, pero conocía lo difícil que era. Los costes, las inversiones iniciales, la competencia... No tenía suficiente dinero para empezar.

—No puedo, Gladys. No tengo los recursos necesarios para montar una empresa de la nada, es mucho más complicado de lo que parece, te lo aseguro —respondió Nevada, con voz insegura.

Gladys no parecía sorprendida por la respuesta. En lugar de rendirse, se acercó a ella y le tomó la mano con suavidad.

—Yo tengo ahorros, Nevada. Muchos años de espera, de vivir sola. Mi vida ha sido una espera y ahora veo que he llegado a un punto en el que quiero hacer algo, aunque sea por ti. Si montas tu empresa, seré tu accionista principal. Así, podrás elegir los proyectos que te interesen,

los que te llenen. Yo no tengo nada que perder.

Nevada se quedó en silencio, sin poder creer lo que Gladys le estaba proponiendo. La generosidad de Gladys la dejó sin palabras. Gladys, que nunca había tenido mucho y se había dedicado a esperar, ahora estaba dispuesta a arriesgar lo poco que tenía por ella.

—No sé qué decir... —murmuró Nevada, luchando contra la emoción que la abrumaba—. Es demasiado, Gladys. ¿Por qué lo haces?

Gladys la miró con ternura, como si todo fuera lo más natural del mundo.

—Porque tú me has dado más de lo que jamás imaginé. No he hecho nada en mi vida, Nevada. He estado esperando. Pero cuando llegaste a mi vida, algo cambió. Ya no quiero seguir esperando, quiero formar parte de algo. Quiero ayudarte a hacer tu sueño realidad.

Nevada no sabía cómo reaccionar. No encontraba las palabras para expresar la gratitud que sentía por Gladys, pero también sabía que debía tomarse su tiempo para pensar. Crear una empresa no era algo que pudiera hacer a la ligera. Sin embargo, la idea de poder hacerlo con el apoyo de Gladys, de tener la libertad para tomar las decisiones que quisiera, le insuflaba una nueva esperanza.

—Lo pensaré, te lo prometo —dijo finalmente, con una sonrisa que reflejaba tanto su gratitud como la incertidumbre ante lo que se avecinaba.

Gladys sonrió, y Nevada supo que había tomado la decisión correcta. Aunque aún quedaba un largo camino por recorrer y las dudas seguían rondando su mente, en ese momento se sintió más preparada que nunca para dar el siguiente paso.

Lo que había comenzado como una decisión sencilla de dejar atrás su trabajo en la empresa, ahora se estaba convirtiendo en la oportunidad de reinventarse, de construir algo propio. Y tal vez, solo tal vez, esa era la respuesta a la incertidumbre que había sentido durante tanto tiempo.

***

Esa noche, Nevada se encontraba nuevamente en el frío e impersonal apartamento de Rohan, un lugar que había llegado a conocer más que cualquier otro en Londres, pero al que siempre había mantenido una distancia emocional. Mientras se acomodaba en la mesa, observó la cena que él había preparado con tanto cuidado: una cena de catering que, por mucho que intentara, nunca lograba personalizar, como si el esfuerzo por cocinar estuviera más en la estética que en el alma.

—¿Qué te parece? —le preguntó Rohan, con su expresión de siempre, concentrado en observarla mientras ella probaba un bocado.

Nevada no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa con malicia.

—Pues... está muy soso, ¿no te parece? Tan soso como los platos que preparan —bromeó, sin perder su tono juguetón, aunque, en el fondo, se sintió un poco decepcionada por la falta de espontaneidad en la comida.

Rohan levantó una ceja, mirándola como si la estuviera retando.

—No está soso —respondió, casi a la defensiva.

Nevada la miró fijamente con una sonrisa cómplice y repitió, esta vez con más énfasis:

—Noniná.

Rohan, como siempre, no llegó a entender del todo la palabra, pero percibió la burla amistosa en su tono. Aunque no entendía su significado, se dio cuenta de que, en ese momento, las diferencias entre sus mundos eran más evidentes que nunca. Nevada, con su frescura y su carácter espontáneo, y él, con su rigidez emocional y su enfoque más controlado de la vida.

Tomó un sorbo de vino de la Rioja que le había servido y, al dejar la copa, se decidió a hablar sobre algo que llevaba todo el día rondándole la cabeza.

—Quería hablar contigo de algo —dijo ella, tomando aire y mirándolo fijamente a los ojos —. He decidido aceptar la oferta de Gladys. Va a ser mi socia en el proyecto que quiero emprender.

Rohan se quedó en silencio por un momento, su mirada se endureció y Nevada pudo ver la incomodidad reflejada en su rostro. Como si esas palabras no le hicieran ninguna gracia.

—¿Qué? —preguntó él, sorprendiendo a Nevada con su tono algo frío— ¿Por qué no me lo has pedido a mí? Yo también tengo dinero, Nevada. Si quieres hacerlo, puedo apoyarte. No tienes por qué aceptar el dinero de Gladys.

Nevada levantó las manos, tratando de calmar la situación. Sabía que no le iba a resultar fácil escuchar su respuesta.

—No se trata de eso, Rohan. No es que no confíe en ti, sino que para Gladys es importante participar en algo que le beneficie a ella, pero que también ayude a mejorar las relaciones sociales y a entender mejor a la gente. Para ella, lo más importante es formar parte de algo con un propósito real, algo que pueda cambiar el entorno.

Rohan frunció el ceño y, por un momento, Nevada pensó que no la entendía del todo. Pero ella sabía que tenía mucho trabajo por delante para poder hacerlo. No era fácil lidiar con alguien tan reservado, alguien tan incapaz de expresar lo que sentía. Rohan estaba acostumbrado a resolver todo a través de su propio dinero y control, pero ella había aprendido a valorar algo mucho más profundo: las intenciones detrás de las decisiones.

—Lo siento —dijo él finalmente, con un tono más suave. Le dio un largo trago a su copa de vino antes de continuar: —No entendí lo que realmente significaba para ti. Perdóname por mi reacción.

Nevada sonrió y lo miró con una mezcla de comprensión y ternura.

—Está bien, Rohan. Entiendo lo que significa para ti, pero este proyecto va a ser muy diferente. Me va a llevar mucho trabajo, pero tengo la sensación de que es lo correcto. Y, como te dije, he decidido seguir adelante.

Rohan se quedó pensativo y, tras un momento de silencio, asintió lentamente.

—Entonces, ¿qué necesitas ahora? —preguntó, como si finalmente hubiera aceptado su decisión.

Nevada se reclinó en la silla, cruzando los brazos mientras pensaba en lo siguiente que debía hacer.

—Ahora tengo que buscar un buen lugar para montar la oficina. Necesito encontrar un sitio que se ajuste a lo que quiero crear. También debo pensar en un nombre para la empresa, algo que refleje realmente lo que vamos a hacer.

Rohan asintió, sin decir nada más. Su rostro denotaba que, aunque no lo demostrara de inmediato, comenzaba a entender lo que Nevada quería lograr. Lo que había comenzado como una disputa sobre el dinero y las decisiones financieras, ahora parecía haber tomado un nuevo rumbo.

Nevada se levantó de la mesa y se acercó a la ventana, desde donde pudo observar la ciudad de Londres nocturna. Sabía que su vida había cambiado para siempre. El proyecto que había soñado durante tanto tiempo por fin se estaba haciendo realidad, y aunque el camino estaba lleno de incertidumbres, en ese momento se sentía más segura que nunca de que estaba tomando la decisión correcta.

Rohan se quedó en silencio, observándola desde la mesa. No era un hombre que expresará sus emociones con facilidad, pero en ese instante algo también había cambiado en él. No sabía si encajaría por completo en el mundo de Nevada, pero una parte de él quería intentarlo, quería apoyarla. A pesar de las diferencias, algo en ella le había tocado profundamente y eso lo había hecho reconsiderar muchas de sus ideas.

Nevada no lo miró, pero sabía que, en ese momento, ambos estaban de acuerdo en algo importante. Había tomado la decisión de seguir su propio camino, y aunque los desafíos no desaparecerían, sentía que por fin había encontrado el rumbo que quería seguir.

CAPÍTULO 19

La tenue luz del apartamento de Rohan iluminaba la sala, creando largas sombras en las paredes blancas. La ciudad de Londres estaba tranquila esa noche, las luces de los edificios titilaban como estrellas lejanas, pero dentro del apartamento reinaba el caos. Había algo en el aire, algo eléctrico, que hacía que el espacio entre ellos se sintiera cargado, como si la tensión palpable creada por las palabras y los gestos que habían intercambiado todo el día se mantuviera en el aire.

Nevada se encontraba frente a la ventana, mirando el skyline, pero no estaba pensando en la ciudad. Estaba en él. En cómo la había mirado, en la forma en que había hablado. Las palabras que habían intercambiado, aunque cotidianas, parecían llenas de un significado oculto, como si algo hubiera cambiado entre ellos sin que ninguno de los dos lo hubiera expresado.

Rohan, de pie cerca de la mesa, la observaba moverse por la habitación. Sentía esa chispa familiar en el aire, esa sensación de que, en cualquier momento, algo podía estallar entre ellos. No lo dijo, no lo necesitaba. En lugar de eso, cruzó la distancia que los separaba, sus pasos firmes y decididos.

Nevada lo sintió antes de que llegara: la presión en el aire, el cambio en la atmósfera. Cuando se giró, él estaba frente a ella, más cerca de lo que había estado en días, tal vez semanas. Su respiración, ligeramente entrecortada, comenzó a sincronizarse con la suya. Un silencio lleno de promesas se extendió entre ellos. Era como si el mundo exterior hubiera desaparecido y lo único que quedara fuera la intensidad de ese momento compartido.

—No puedes seguir evadiéndolo, Nevada —dijo Rohan con su voz grave y cargada de algo más que palabras. Sus ojos brillaban con una mezcla de desafío y deseo.

Ella levantó la cabeza y se encontró con su mirada, tan profunda, tan segura. Sabía lo que quería decir, lo que estaba insinuando, pero no estaba preparada para dar el paso. Aun así, no podía negar lo que sentía, ni disimular la atracción que la había ido envolviendo poco a poco.

—¿Y qué es lo que quieres, Rohan? —respondió ella, con voz suave, como si la pregunta fuera una invitación. Había algo en sus palabras, un susurro escondido, que hacía que el espacio entre ellos se acortara, se acercara, se volviera inevitable.

Él dio un paso más, acercándose tanto que casi podían sentir el calor de sus cuerpos, sin que ninguno de los dos se atreviera a romper la distancia. No necesitaba responder. Solo levantó una mano y la acercó suavemente a su mejilla, un toque que hizo que el aire se cargara aún más de electricidad. El roce de sus dedos en su piel la estremeció y, en ese instante, algo se rompió entre ellos, como si las barreras invisibles que ambos habían levantado se desvanecieran al mismo tiempo.

Sin decir nada más, Rohan inclinó la cabeza y se acercó lentamente, como si temiera que ella se apartara. Pero ella no lo hizo. En cambio, ella levantó una mano y la posó en su pecho, sintiendo el latido acelerado de su corazón bajo sus dedos. El contacto fue suficiente para que ambos supieran que ya no habría vuelta atrás.

La boca de Rohan encontró la suya en un beso lento, casi prohibido, cargado de promesas no pronunciadas. Era un beso que decía más que mil palabras, un beso que hablaba de deseos guardados, de tensiones acumuladas, de lo que ambos sabían que estaba por venir. Los labios de Rohan eran firmes y cálidos, y cuando sus lenguas se encontraron, la chispa que había estado esperando el momento adecuado para explotar finalmente lo hizo.

Nevada respondió con la misma intensidad, sin reservas ni miedo. En ese instante, se liberó todo lo que había estado conteniendo y el mundo desapareció a su alrededor. No importaba que estuvieran en su apartamento de Londres, ni que las expectativas, las diferencias ni las preguntas sin respuesta los rodearan. En ese momento, solo existían ellos, solo existía la conexión profunda que compartían, la atracción que no podían ignorar.

Rohan la rodeó con sus brazos, acercándola a su cuerpo, haciendo que el calor entre ellos fuera aún más palpable. Nevada se sintió perdida en él, en su olor, en la suavidad de su piel, en la firmeza de su abrazo. Cuando se separaron brevemente para tomar aire, sus respiraciones estaban entrecortadas, pero sus ojos nunca dejaron de encontrarse. La intensidad entre ellos no había disminuido, sino que había aumentado hasta alcanzar un nivel que ninguno de los dos había anticipado.

—No quiero que esto termine —dijo Rohan, con voz rasposa, como si le costara expresar lo que sentía.

Nevada, con el corazón acelerado, lo miró, consciente de que las palabras no podían expresar lo que estaba sucediendo entre ellos. No necesitaban más explicaciones, ni inseguridades. Solo necesitaban estar juntos, ahora, en ese momento.

—Yo tampoco —respondió ella, su voz más suave que antes, pero con una firmeza que no podía ocultar.

Rohan la besó nuevamente, esta vez con una urgencia que sorprendió a ambos. No había vuelta atrás, no había espacio para dudas. En ese instante, ambos sabían lo que querían y no podían negarlo. Se entregaron el uno al otro sin reservas ni miedo al futuro. Lo único que importaba era ese momento, esa conexión, esa chispa que había encendido algo más grande entre ellos.

La noche avanzaba, pero ni el paso del tiempo ni las horas eran importantes. Todo lo que había sido un tira y afloja, un juego de silencios y palabras no dichas, ahora se desvanecía con cada beso que se daban. Nevada sentía como si el mundo entero se redujera a su presencia, a su calor, al latido compartido de sus corazones. Cada movimiento, cada roce de su piel, era una confirmación de lo evidente que era esa conexión entre ellos desde el principio.

Rohan la tomó de la mano y la guio hacia el salón, donde la luz tenue de las lámparas creaba un ambiente acogedor e intencionado. Sin decir nada, comenzó a deshacer los nudos de sus propios sentimientos y miedos, dejándolos ir con cada caricia. Nevada lo seguía, perdida en la suavidad de sus gestos y en la serenidad de sus acciones.

Él la miró fijamente a los ojos, como si quisiera asegurarse de que ella también estaba presente. Sus dedos acariciaron su mejilla y bajaron suavemente hacia su cuello. Nevada cerró los ojos un momento, disfrutando de la conexión física y de la suavidad con la que él la trataba, como si cada toque fuera una promesa de algo más profundo y verdadero.

—No tengo palabras para describir lo que siento —susurró él, su voz suave y cargada de emoción.

Nevada no respondió al principio. Solo se acercó un poco más, presionando su cuerpo contra el de él. Podía sentir que él también luchaba contra sus propios miedos y dudas, pero a través de cada gesto y cada caricia, se daba cuenta de que no hacía falta ninguna explicación. No había más barreras, no había más reservas.

—Tampoco las necesito —dijo ella, sonriendo ligeramente, y abriendo los ojos para encontrarse con su mirada.

Rohan sonrió también, casi aliviado al oír esas palabras. En lugar de decir algo más, inclinó la cabeza para besarla una vez más. Un beso que se volvió más apasionado y exigente,

como si el deseo que ambos habían contenido durante tanto tiempo necesitara salir de inmediato, como un torrente de emociones desenfrenadas. Nevada correspondió con la misma urgencia; su cuerpo reaccionaba a cada toque suyo, a cada movimiento que los acercaba más el uno al otro.

La ropa desapareció y las inhibiciones se desvanecieron. No había más miedo al futuro ni dudas sobre lo que podría venir después. En ese instante, lo único que importaba era la intensidad de lo que compartían, la libertad de ser ellos mismos y de entregarse sin reservas. El amor que crecía entre ellos no necesitaba palabras ni promesas, solo la pasión que los envolvía por completo.

Cuando finalmente se separaron, ambos estaban sin aliento, con las manos entrelazadas y los cuerpos marcados por la cercanía. Nevada miró a Rohan y vio en sus ojos algo que no podía ignorar: el reconocimiento de que algo había cambiado en su corazón. Se había rendido a lo inevitable, se había entregado a esa conexión que los unía más allá de cualquier obstáculo o diferencia.

Rohan, todavía con una sonrisa, le acarició el cabello, sus dedos enredándose entre los mechones oscuros.

—Ahora sé lo que significa realmente estar contigo —dijo él, su voz suave pero firme, como si acabara de descubrir algo que siempre había estado ahí.

Nevada asintió con una expresión tranquila, pero satisfecha. Había tomado la decisión de estar con él y de aceptar no solo lo que sentía por él, sino también lo que él representaba para ella: un futuro diferente, uno que no necesitaba ser perfecto, solo real. Y, en ese momento, rodeados de la quietud de la noche londinense, supo que el paso que había dado no solo era inevitable, sino también lo más acertado que había hecho en mucho tiempo.

Se abrazaron y, por fin, sin necesidad de palabras, ambos se dieron cuenta de que no necesitaban explicaciones. Solo estaban ahí, juntos, bajo la misma luz, sintiendo cómo, finalmente, todo encajaba en su lugar.

CAPÍTULO 20

Tras semanas de búsqueda, Nevada encontró finalmente el lugar perfecto para establecer la nueva sede de su empresa. La zona elegida era Chelsea, un barrio elegante y vibrante de Londres, conocido por sus boutiques exclusivas, sus galerías de arte y sus restaurantes de alta gama. La ubicación no solo reflejaba la visión de la empresa, sino también su aspiración de conectar con una clientela sofisticada y cosmopolita. El edificio, antiguo pero renovado, tenía grandes ventanales que dejaban entrar la luz natural y una terraza en el último piso con vistas impresionantes a la ciudad, donde Nevada imaginaba que sus futuros clientes y colaboradores podrían relajarse y disfrutar de la tranquilidad del lugar tras una reunión intensa.

La nueva oficina se llamó «Lumen Strategies», un nombre que evocaba la idea de claridad y visión, algo que Nevada había querido reflejar desde el primer día. El nombre no solo representaba sus valores empresariales, sino también la forma en que quería que su equipo trabajara: iluminando caminos, innovando y guiando a las empresas a través de la incertidumbre del mercado.

Esa tarde, la emoción se respiraba en el aire. La inauguración oficial de la oficina de Lumen Strategies se celebraba en un elegante local del centro de Londres, concurrido principalmente por ejecutivos y empresarios. El ambiente era sofisticado, pero no pretencioso, con una combinación de luces suaves y música tranquila que invitaba a la conversación sin opacar el sonido de las voces. El restaurante estaba adornado con flores frescas y una larga mesa de mariscos, canapés, y ofrecían una deliciosa variedad de platos a los invitados.

Nevada estaba rodeada de colegas, amigos y algunos de sus posibles nuevos socios, pero, entre todo eso, lo que más la emocionaba era la mirada de Rohan, que estaba a su lado, observándola con una mezcla de orgullo y cariño. Él sabía cuánto había significado para ella este momento, la culminación de años de esfuerzo, y cómo había dado el paso más importante de su vida profesional al iniciar este nuevo proyecto.

Aunque parecía tranquilo por fuera, no dejaba de sentir un nudo en el estómago. Su felicidad por ella era palpable, pero también guardaba algo más en su interior. Llevaba un anillo en el bolsillo. No era solo un símbolo de su amor, sino también una promesa, una de las muchas que quería cumplir con ella. Había decidido que ese era el momento perfecto para celebrar el éxito de Lumen Strategies y también el de su vida juntos. El anillo, con un delicado diamante en el centro y un diseño minimalista, simbolizaba tanto su relación como su compromiso.

Nevada, sin embargo, no tenía ni idea de los pensamientos de Rohan. Estaba demasiado absorta en el bullicio del evento, atendiendo a los invitados y asegurándose de que todo estuviera en su sitio. A pesar del bullicio que la rodeaba, siempre encontraba tiempo para intercambiar una mirada o una palabra con él, su apoyo constante durante todo el proceso. En cada pequeño gesto, él mostraba lo importante que era para él, no solo como su pareja, sino también como alguien que la acompañaba en sus logros.

El evento transcurrió con fluidez y, cuando la multitud comenzó a relajarse, Nevada se retiró brevemente a un rincón del salón para respirar hondo y disfrutar de la sensación de haber llegado tan lejos. Fue entonces cuando Rohan se acercó a ella. Con una sonrisa suave y segura, le tomó de la mano.

—Estoy muy orgulloso de ti —dijo con voz cálida y firme.

Nevada sonrió, agradecida por su constante apoyo.

—No lo habría logrado sin ti —respondió ella, mirándole con gratitud.

Rohan miró a su alrededor y luego a Nevada, y con una expresión serena se inclinó hacia ella. En ese instante, todo lo demás pareció desvanecerse. Solo quedaban ellos, y en ese rincón tranquilo de bullicio, sacó el anillo de su bolsillo y lo puso delante de ella, como una promesa tangible.

—Tengo algo más que me gustaría compartir contigo —dijo con la misma seriedad que había mostrado en los momentos más importantes de su vida.

Nevada lo miró sorprendida, pero al mismo tiempo, una sensación cálida y profunda comenzó a crecer en su pecho. Sabía lo que estaba pasando, lo que Rohan quería, pero en ese momento solo podía ver el futuro brillante que ambos habían comenzado a construir juntos.

Rohan se agachó ligeramente, tomó su mano y le ofreció el anillo.

—Quiero que sepas que estoy aquí para ti, siempre. Para tus sueños, para este proyecto y para todo lo que está por venir. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, Nevada.

Las palabras, simples pero llenas de significado, flotaron en el aire. Nevada, incapaz de contener la emoción, asintió con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Rohan... —susurró, sin encontrar las palabras para expresar lo que sentía.

En ese preciso instante, mientras la celebración continuaba en el fondo, el futuro parecía no solo posible, sino también prometedor.

***

Esa noche, la celebración continuó en el apartamento de Nevada, donde unas luces tenues y una música tranquila creaban una atmósfera íntima y relajada. Rohan la miraba de una manera que la hacía sentir que todo lo que había hecho hasta ese momento, todo lo que había logrado, no tenía sentido si no estaba con él. Ella también lo notaba; algo había cambiado entre ellos, algo profundo y tangible.

Cuando llegaron al apartamento, él la invitó a tomar una copa más. Ella aceptó con una sonrisa, porque cuando él la miraba de esa manera, con esos ojos llenos de cariño y complicidad, no podía negarle nada. Sirvieron el vino tinto en copas delicadas y, mientras Rohan las llenaba, no podía dejar de mirarla con una mezcla de admiración y amor.

Nevada, sentada en el sillón, se sentía envuelta en una mezcla de emociones. La habitación estaba impregnada de una paz que nunca había experimentado antes. La calma que irradiaba Rohan era el complemento perfecto a su energía y a sus ganas de luchar por lo que amaba.

—¿Sabes, Nevada? —empezó Rohan, su voz suave pero firme—. He pensado mucho en nosotros, en lo que hemos pasado y en lo que tenemos. Y sé que no hay nada que me dé más felicidad en esta vida que compartirla contigo.

Nevada lo miró fijamente, sabiendo que algo importante estaba a punto de suceder, aunque no podía predecir exactamente qué.

—Lo que siento por ti es más grande de lo que alguna vez imaginé que podía ser —continuó Rohan, acercándose a ella mientras sacaba una pequeña caja de su bolsillo—. He llegado a darme cuenta de que mi vida antes de ti era incompleta. Era gris, plana. Tú has traído color y luz a todo. Y no quiero vivir ni un solo día más sin ti a mi lado.

Nevada tragó saliva, sorprendida y emocionada al escuchar esas palabras tan sinceras y profundas. Rohan abrió la caja, mostrando un anillo sencillo pero elegante que brillaba suavemente a la luz tenue del apartamento.

—Nevada —dijo con voz firme, mientras tomaba su mano y la colocaba suavemente sobre la suya—. Te pido que me hagas el honor de ser mi compañera y compartir todo lo que nos depare la vida. Quiero que te cases conmigo.

Las palabras de Rohan flotaron en el aire, suspendidas entre ellos. Nevada lo miraba, con una mezcla de sorpresa y vulnerabilidad, mientras el anillo descansaba en su mano.

Un silencio pesado llenó la habitación durante unos segundos, hasta que Nevada, con una pequeña risa nerviosa, dijo:

—Rohan, tu vida es... tan sosa. Tu familia es tan... sosa. No sé si esto es lo que quiero, lo que necesito.

Rohan la miró fijamente sin apartar la vista y, luego, con una leve sonrisa, le respondió:

—Si mi familia te parece sosa, la tuya me parece... demasiado salada.

Nevada se quedó un momento parada, procesando sus palabras.

—¿Qué dices? Mi familia no es para nada sala…

Rohan la interrumpió.

—Noniná —dijo, con una sonrisa triunfante—. Ahora sé lo que significa gracias a Mercedes, la secretaria de tu anterior empresa.

—¡Vaya! —exclamó ella.

Rohan sonrió de oreja a oreja.

—¿Te he dejado sin palabras? ¿A una española? ¡Imposible! —Nevada terminó sonriendo.

—Rohan, ahora sé que todo lo que está en tu vida, incluso lo que parece soso o gris, tiene

un valor inmenso para mí —le confesó ella.

—Me dejas sin palabras —le dijo él en un tono solemne.

Nevada notó que su corazón comenzaba a latir más rápido. No podía evitarlo. Rohan había logrado penetrar esa coraza que siempre había sido tan difícil de romper, y ahora sentía una conexión tan profunda con él que no podía ocultarlo.

—Te amo, Nevada —dijo, mirándola a los ojos—. Necesito tu luz, tu color en mi vida. Eres lo que siempre había buscado y no sabía que necesitaba.

Nevada no pudo más. Se levantó del sillón y, sin decir una palabra, lo besó con pasión, como si ese fuera el único gesto que podía expresar lo que sentía en ese momento. La cálida suavidad de sus labios sobre los suyos la hizo sentirse completa. Todo en su vida, todo en su ser, parecía encajar por fin. Y cuando se separaron, ambos respiraban entrecortadamente, pero con una sonrisa que lo decía todo.

Nevada y Rohan se miraron durante un instante que pareció eterno, como si el mundo que los rodeaba hubiera desaparecido por completo. La intensidad de la mirada de Rohan, su sinceridad y su amor la envolvieron de una manera que nunca antes había experimentado. No necesitaba palabras ni más explicaciones.

Rohan dio un paso hacia ella, tan cerca que su respiración se mezclaba con la de ella, y su mano, firme pero suave, tocó su rostro. Su piel ardía bajo el contacto y sentía que su corazón latía con tanta fuerza que podría escucharse en todo el apartamento. Con un leve movimiento, Rohan levantó su otra mano y acarició suavemente su mejilla, deslizando su pulgar por la línea de su mandíbula.

Nevada cerró los ojos al sentir el toque de Rohan y el silencio entre ellos fue como un suspiro compartido. Luego, sin mediar palabra, él se inclinó hacia ella y el mundo se desvaneció aún más.

El primer roce de sus labios fue suave y delicado, como una promesa. No había prisa, solo el suave contacto de dos personas que por fin se encontraban después de que la vida les había dado muchas vueltas. Rohan la besó con la misma ternura con la que la miraba, como si no quisiera que nada dañara ese momento.

Nevada, cerrando los ojos con fuerza, respondió al beso con igual intensidad, dejándose llevar por la calidez de sus labios y la suavidad con la que sus cuerpos se acercaban. El beso se intensificó y, de repente, una chispa de electricidad recorrió su columna vertebral, surgiendo un deseo reprimido con fuerza, un deseo que llevaba demasiado tiempo guardado. Sus manos se movieron de manera instintiva, explorando y buscando más cercanía. Nevada dejó que sus dedos se enroscaran en el cabello de Rohan, mientras él la atraía más cerca, casi como si no pudiera separarse de ella, como si la necesitara para respirar.

La lengua de Rohan rozó sus labios, invitándola a un intercambio más profundo. Nevada, con el corazón latiendo a toda velocidad, aceptó el gesto, abriendo ligeramente los labios para recibirlo. El beso se volvió más urgente y apasionado, como si cada caricia y cada roce de piel fuera una declaración de lo que ambos sentían. Todo lo demás desapareció. Ya no importaba nada más: ni la habitación, ni la ciudad, ni el mundo entero.

Rohan se inclinó un poco más, tomándole el rostro entre sus manos, mientras la besaba con una intensidad que desbordaba todo lo que había dicho antes. La pasión creció como una llama que los abrazó, envueltos en el fuego que ambos alimentaban. Nevada, temblando bajo su toque, respondió a cada movimiento, dejándose llevar por la dulzura y el ardor de sus labios.

Por un momento, el tiempo se detuvo. El frío apartamento se convirtió en un lugar cálido, y el amor que sentían el uno por el otro, ahora evidente en cada caricia, en cada suspiro, en cada

beso, era el único lugar al que pertenecían. La suavidad de sus labios, la tensión de sus cuerpos juntos, todo se fundió en un torbellino de emociones.

Cuando finalmente se separaron, ambos estaban respirando entrecortadamente, con los ojos brillantes y las caras sonrosadas, y sonriendo sin poder evitarlo. Rohan la miró fijamente, sin dejar de sonreír, y Nevada, con una sonrisa radiante, le susurró:

—Ahora sé que esto es lo que realmente quiero.

Y en ese instante, supieron que no había vuelta atrás. El amor que sentían el uno por el otro estaba sellado en ese beso, en ese toque, en esa entrega mutua. Ambos habían cruzado el umbral de lo que pensaban que podían ser y, ahora, juntos, estarían listos para lo que el futuro les deparara.

CAPÍTULO 21

La iglesia de St. Martin estaba iluminada con la luz suave de la tarde, el lugar estaba envuelto en una quietud especial. Nevada se encontraba en el vestíbulo, ajustando los últimos detalles de su vestido, un diseño delicado de encaje y seda que brillaba tenuemente bajo las luces. El vestido era sencillo, pero con una elegancia sutil que reflejaba su personalidad, y su largo velo caía hasta el suelo, dando a su presencia un aire casi etéreo.

La ceremonia se celebraría en la misma iglesia donde se habían conocido, en aquel primer encuentro cargado de nervios y sorpresas. Ahora, tiempo después, estaban allí, listos para dar un paso definitivo en su vida en común.

Su madre, con una mezcla de nostalgia y alegría, intentaba disimular su decepción por no haber podido casar a su hija en la catedral de Granada, como había soñado durante años. Aunque había comentado varias veces lo que habría sido «el verdadero destino de una novia española», la mujer había encontrado consuelo en las bromas de Gladys, quien, con su carácter afable y cálido, le aseguraba que este era el destino perfecto para la boda de Nevada, donde realmente se habían forjado sus recuerdos más importantes.

Mientras tanto, la hermana pequeña de Nevada, que había decidido continuar sus estudios de Derecho en Londres, estaba sentada en uno de los bancos de la iglesia, mirando a su hermana con una sonrisa. Estaba muy orgullosa de ella y, aunque todavía no comprendía completamente la magnitud de la unión que se estaba celebrando, sabía que Nevada había encontrado algo único con Rohan. Su presencia, con su actitud alegre habitual, aportaba una chispa de frescura al ambiente.

El altar estaba adornado con flores blancas y lilas, creando un ambiente delicado, y alrededor se encontraban Clara y Andrew, Mercedes con su novio y otros amigos cercanos que habían acompañado a Nevada y Rohan desde el principio hasta el momento presente. Todos parecían disfrutar de la ceremonia, algunos con lágrimas en los ojos y otros con sonrisas cómplices.

Rohan, con un impecable traje y una mirada llena de emoción, estaba al pie del altar esperando a Nevada. Observaba emocionado a su futura esposa caminar hacia él, con el corazón acelerado por la expectación y la felicidad. Cuando ella apareció, parecía una visión que combinaba toda la ternura de los momentos vividos juntos con la promesa de un futuro lleno de amor y complicidad.

La ceremonia fue sencilla, pero llena de significado. El sacerdote, un amigo cercano de la familia de Rohan, comenzó la ceremonia con un tono solemne y, a medida que esta avanzaba, se podía ver la emoción en los rostros de todos. La madre de Nevada, aunque nostálgica, estaba radiante, y Gladys, a su lado, la apretaba la mano con cariño y la animaba en todo momento. Incluso Mercedes, conocida por su personalidad práctica y directa, no pudo evitar sonreír y bromear sobre lo rápido que habían sido al tomar la decisión de casarse, lo que arrancó una risa nerviosa de Rohan.

Cuando llegaron al momento de los votos, Rohan miró a Nevada con una intensidad tan profunda que el tiempo se detuvo. Él le dijo en voz baja pero firme:

—Nevada, desde el momento en que te conocí, supe que eras mi vida, mi futuro y mi familia. Prometo amarte en todos los momentos, sin importar lo que el futuro nos deparé, y hacerte mi prioridad siempre.

Nevada, con los ojos brillando de emoción, respondió:

—Rohan, a pesar de todas las dificultades, siempre me has mostrado quién soy en realidad. Me has dado el amor que nunca creí merecer y te prometo ser fiel a este amor, acompañarte en cada paso que demos juntos y crear un hogar lleno de todo lo que el corazón necesita: paz, risa y cariño.

Cuando el sacerdote les indicó que podían besarse, los presentes aplaudieron cálidamente. El beso fue breve, pero lleno de una emoción palpable, y el público vitoreó entre risas y aplausos.

Después de la ceremonia, la ceremonia continuó en un elegante restaurante cercano con vistas a la ciudad. Entre copas de vino y risas durante el cóctel antes del banquete, los invitados compartieron anécdotas sobre los novios, algunas divertidas y otras entrañables. Clara y Andrew, cómplices siempre, compartieron un chiste sobre la extraña «timidez» de Rohan en sus primeros días de relación, mientras Mercedes y su novio comentaban lo poco «guiri» que Rohan había dejado de ser desde que conoció a Nevada, lo que provocó una risa generalizada.

La fiesta en el restaurante comenzó con una energía desbordante, a medida que los españoles, que habían viajado desde Granada y otras ciudades cercanas, inundaban el ambiente con su cálida presencia y sus risas contagiosas. Desde el momento en que entraron en el salón, quedó claro que la boda de Rohan y Nevada iba a ser una celebración al más puro estilo español: llena de vida, música y una alegría desbordante que no conocía límites. La comida, aunque elegante y refinada, pronto se convirtió en una fiesta gastronómica, con tapas que no paraban de pasar: jamón ibérico, croquetas, empanadillas y unos gambones a la plancha que parecían sacados directamente del Mediterráneo. Los platos se sucedían con una rapidez asombrosa, pero lo que realmente marcó el tono del evento fue la música y el baile.

El ambiente cambió en cuanto sonaron los primeros acordes de una guitarra española. Era el momento de la fiesta, el momento de la boda flamenca, y los españoles no perdieron la oportunidad de disfrutarla. A medida que sonaba la guitarra, se escuchaban gritos de ánimo y exclamaciones de alegría. Los hombres comenzaron a imitar los movimientos de un flamenco improvisado, girando y moviéndose con una gracia que sorprendió a todos los presentes. Rohan, aunque un tanto desconcertado al principio, no pudo evitar sonreír ante la espontaneidad de todo ello. A su lado, Mercedes y Gladys lo animaban a unirse, y aunque le resultaba un poco incómodo, acabó imitando los pasos torpes de un sevillano, lo que hizo reír a todos.

Nevada, feliz y desbordada por la calidez de su gente, se dejó llevar por el ambiente festivo. Cada vez que alguien comenzaba a cantar, ya fuera una canción popular o una sevillana, el resto no dudaba en unirse a los coros. La madre de Nevada, radiante, se levantó y comenzó a bailar con una energía que su hija jamás había visto en ella: sacudió los hombros con gracia y provocó risas nerviosas entre los invitados ingleses, que no sabían muy bien qué pensar.

Rohan la miraba fascinado. A pesar de las diferencias culturales que había encontrado en las semanas previas, algo tan espontáneo y lleno de vida como el baile flamenco le hizo sentir que todo encajaba, que finalmente entendía por qué Nevada y su familia se sentían tan plenos en esos momentos. Mientras sonaba la música, algunos de los amigos españoles de la familia de Nevada sacaron las chaquetas y se lanzaron a bailar un tango improvisado. Las risas y los aplausos llenaban el salón y Rohan terminó contagiado por el fervor de la celebración.

Las risas se dispararon cuando llegó el momento de la sorpresa: ¡la tradicional «pedida de baile» de la novia! Un grupo de amigos de la madre de Nevada se levantó y se acercó a ella, que estaba de pie en el centro del salón. En una mezcla de bromas y entusiasmo, le ofrecieron un ramo de flores como parte de un juego en el que, si lo aceptaba, la novia debía bailar con cada

uno de los invitados. La primera en levantar el ramo fue la propia madre de Nevada, quien se dispuso a bailar con un entusiasmo digno de una verdadera rumbera, y después le tocó el turno a los amigos y familiares más cercanos.

Rohan, por supuesto, no se quedó atrás. A pesar de sus reservas iniciales, terminó envuelto en el ambiente, con los brazos levantados y el ritmo de la rumba corriéndole por las venas, aunque un tanto torpe. La escena era tan alegre que hasta los más reservados en la boda no pudieron resistirse, y en menos de una hora, todo el salón se inundó de risas y pasos de baile improvisados. Incluso los invitados ingleses comenzaron a relajarse, dejando de lado su rigidez y animándose a dar algunos pasos de flamenco, aunque más bien de manera cómica.

La fiesta alcanzó su punto culminante cuando los músicos comenzaron a tocar un famoso vals, y fue entonces cuando el tío paterno de Nevada, llegado desde Argentina, que en ese momento había dejado de lado su faceta más reservada, se unió al baile. Su paso firme y seguro, acompañado de una sonrisa cómplice hacia su sobrina, hizo que todos estallaran en aplausos. La noche transcurrió entre charlas, abrazos, risas y más baile.

En medio del bullicio, Rohan y Nevada se miraron con una complicidad que no necesitaba palabras. En ese instante, él comprendió que nada en su vida podría igualar el calor de esa familia, la pasión de su cultura y la alegría infinita que le daban esos momentos compartidos. Aunque sus mundos eran muy diferentes, esa noche, en ese salón lleno de risas y movimiento, Rohan se sintió como en casa.

La boda, más que una formalidad, se había convertido en una celebración de la vida, del amor y de las tradiciones que Nevada había traído consigo. Era un recordatorio de que el verdadero significado del amor no solo estaba en los votos que se intercambiaban, sino en la forma de compartir las alegrías más simples, como bailar desinhibidos hasta el amanecer, rodeados de risas y música.

***

En el apartamento de Rohan, la luz tenue reflejaba la paz que los envolvió tras la emoción de la boda y la fiesta. El aire fresco de la noche se filtraba por la ventana abierta, pero Nevada, sentada cerca de él, no podía evitar pensar en el futuro. Le rondaba algo por la cabeza, algo más que el amor que sentía por él y la alegría que le producía este nuevo capítulo en su vida.

—Rohan —dijo con una sonrisa suave, mirando por la ventana, como si el brillo de las luces de la ciudad pudiera inspirar sus palabras—. Creo que necesitamos algo diferente. Este apartamento está muy bien, pero no es suficiente para lo que quiero.

Él la miró, confundido pero atento, alzando una ceja con interés.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, pasando una mano por su cabello, aunque ya intuía que sus pensamientos se dirigían hacia algo más grande.

—Necesito más luz. —Nevada se giró hacia él con una mirada decidida—. Quiero un lugar más soleado, más alegre, más... divertido, ¿sabes? Un lugar que me inspire todos los días. Este sitio está bien para lo que hemos vivido hasta ahora, pero quiero algo que refleje lo que somos.

Rohan la miró un momento, pensativo. Sus ojos se suavizaron y asintió lentamente.

—Tienes razón —dijo con voz tranquila, como si ya hubiera estado pensando lo mismo. A veces, aunque no lo pareciera, él la entendía más de lo que ella creía. Creo que también necesitamos algo más grande—. Y he estado mirando. He encontrado una casa fuera de Londres, en una zona exclusiva.

—¿En serio? —Nevada se inclinó un poco hacia él, curiosa. El brillo de su mirada reflejaba una mezcla de emoción y sorpresa—. ¿Es grande?

Rohan sonrió, dándose cuenta de que había captado su atención. Su mirada se volvió algo más juguetona.

—Suficiente como para alojar a tu madre y a tu hermana. —Y en su tono había algo de diversión, como si estuviera anticipando una broma.

—¿Por qué te ríes?

Nevada soltó una carcajada y luego lo miró con chispa en los ojos.

—Es que no solo te has casado conmigo, Rohan —dijo en tono juguetón, levantando las cejas—. Te has casado con toda la ciudad de Granada. Ahora mi madre rondará por aquí más a menudo de lo que te gustaría, ahora que le ha perdido el miedo al avión y ha encontrado en Gladys a una hermana, Londres será como su segunda casa. También tendrás a mi hermana y a sus amigos. ¡Y el ruido! Nunca tendremos paz.

Rohan se echó hacia atrás en su silla y sonrió, sabiendo que tenía razón. Aunque su familia podía ser un tanto bulliciosa y dominante, también lo hacían todo con cariño y desbordante entusiasmo.

—Bueno —dijo, sin dejar de sonreír—, ya me voy acostumbrando a vivir rodeado de alegría y ruido. Además, el lugar tiene espacio suficiente. Y, claro, podrás decorarlo a tu gusto, darle ese toque cálido y luminoso que necesitas.

Nevada sonrió, satisfecha. La idea de un nuevo hogar donde todo fuera posible y donde pudiera construir su futuro con él la emocionaba. El sol de la mañana se colaba por la ventana e iluminaba los rincones del apartamento de una forma que hacía que todo pareciera lleno de promesas.

—Gracias —dijo finalmente, tomando su mano y apretándola con ternura—. Me hace muy feliz tener a alguien que me entienda y me apoye. Esto es... perfecto.

Rohan la miró profundamente, sintiendo la misma emoción que ella. Toda la vida que había imaginado, todo lo que había querido para su futuro, estaba frente a él. No importaba que fuera una ciudad bulliciosa o que su futuro estuviera lleno de incertidumbres, lo que realmente le importaba era compartirlo con ella. Con la mujer que había iluminado su vida y que lo hacía reír como nunca antes.

—Lo será, Nevada. Lo será, porque lo haremos juntos.

Y en ese momento se dieron cuenta de que lo más importante no eran el lugar ni las circunstancias. Era el amor y la complicidad que compartían lo que les daba la fuerza para afrontar todo lo que se les venía por delante con la luz y la alegría de su propia vida. Nevada, al mirarlo a los ojos, podía sentir la energía que se generaba entre ellos, un magnetismo que parecía ir más allá de las palabras. La casa, que antes había parecido fría y distante, se llenaba ahora de una calidez palpable, como si la promesa de un futuro juntos comenzara a tomar forma.

Rohan dio un paso hacia ella y el aire se volvió denso. Sus ojos, que hasta ese momento habían compartido risas y palabras suaves, ahora reflejaban una pasión silenciosa y profunda. Ella se mordió el labio inferior al reconocer ese brillo en sus ojos, el deseo de tenerla más cerca, de no dejarla marchar.

—Me miras así y me pones a cien —le dijo él, y ella soltó una carcajada al escucharlo. Estaba claro que Rohan se esforzaba por utilizar palabras con un significado especial en español —. Vaya, ¿no lo he dicho bien? —preguntó él con tono grave y cargado de emoción, mientras sus dedos se deslizaban suavemente por su mejilla, trazando un lento camino hacia su cuello.

Nevada se acercó más a él sin poder resistirse, sintiendo el calor de su cuerpo. En ese momento, las palabras parecían innecesarias. Solo había un deseo, una necesidad mutua de rendirse a lo inevitable.

—Tú también me vuelves loca —respondió con un susurro, antes de atraerlo hacia ella sin darle tiempo a responder.

El beso que se dieron al principio fue suave, pero pronto se transformó en algo mucho más urgente. Sus labios se encontraron con una fuerza inesperada, como si se liberara todo lo que habían estado guardando el uno del otro en ese contacto. Rohan la abrazó con fuerza, como si temiera que se esfumara en el aire, y ella respondió del mismo modo, con la misma intensidad, sus manos recorriendo su espalda y tirando de él hacia ella.

El calor de sus cuerpos se entrelazó y cada caricia parecía un acto de rendición y entrega total. Rohan la levantó sin esfuerzo y la llevó hacia el dormitorio con movimientos decididos. Nevada, con el corazón acelerado, se aferró a él, deseando sentir más y ansiosa por no perderse ni un segundo de esa conexión tan intensa.

Los besos se hicieron más profundos y urgentes. Las ropas comenzaron a caer lentamente, como si el tiempo se detuviera, dejando solo a ellos dos en ese espacio lleno de pasión. El roce de su piel contra la de él provocaba chispas y Nevada pudo sentir cómo se encendía todo su ser bajo su toque.

Rohan la miró un momento, con el rostro lleno de deseo y ternura, como si la quisiera de una forma que iba más allá de lo físico.

—Te quiero, Nevada —dijo, su voz casi quebrada por la intensidad de lo que sentía—. No hay nada en este mundo que desee más que estar contigo.

Ella le sonrió con una mezcla de amor y deseo, antes de responder, y sus manos volvieron a buscar el contacto.

—Yo también te quiero —respondió, antes de atraerlo hacia ella una vez más y cerrar la distancia entre sus cuerpos.

El resto de la noche fue una danza de pasión y cariño, un juego de caricias, susurros y besos que parecían marcar el ritmo de sus corazones. En ese momento, en ese espacio lleno de emociones y deseos, solo existían ellos dos, y el mundo exterior ya no importaba.

Cuando finalmente se quedaron abrazados, respirando profundamente, los dos sabían que habían alcanzado algo más allá de lo físico. Habían compartido algo profundo, algo que los unía en un nivel que ni siquiera ellos podían explicar del todo. Y, mientras el sol comenzaba a asomar por el horizonte, ambos comprendieron que estaban listos para lo que fuera juntos.

Copyright ©2025 Arlette Geneve
©Diseño portada/Pixabay
Sello: Independently published
Derechos exclusivos de ediciones en español

para todo el mundo. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.